

JOSÉ E. ZÁRATE

Volver el tiempo

QUIZÁS NO SEA DEMASIADO TARDE



Volver el tiempo

QUIZÁS NO SEA DEMASIADO TARDE

Jamás había tenido ganas de regresar al pasado. Vivía el presente tal cual se me presentaba y lo disfrutaba como podía. No sentía remordimientos por las cosas que había dejado pasar. Pero a partir de aquella tarde noche, lluviosa y fría, todo cambió para mi vida. Ya nada fue igual. No volví a ser el mismo. Aquella situación vivida me llevó a plantearme todo mi ser, encerrado en este cuerpo de doce años de edad (en noviembre cumplía los trece). Allí comencé a revivir sucesos de mi pasado reciente de los cuales me sentía avergonzado. Recordé una vez que me invitaron a jugar al fútbol en la canchita del barrio. Mi mamá me lo había prohibido porque acababa de bañarme. Ella me había preparado la ropa más blanca que tenía y hacía una hora había dejado de llover torrencialmente. El sol ahora se había hecho lugar en el cielo y golpeaba con toda su potencia, y mis amigos habían disparado con la pelota. Entre ellos estaba Gerardo, un gordito porteño, el más grande, quien siempre buscaba burlarse de mí.

Le dije a mi mamá que solo iba a mirar cómo jugaban. Pero estando allí, la tentación fue más fuerte y mi ingenuidad me traicionó. Gerardo me había prometido que no me embarrarían. Mis amigos se habían agolpado en un solo arco y jugaban al “25”. El área era una laguna de barro. Sencillamente fue ir a patear la pelota y sentir el empujón de Gerardo. Terminé llorando de la vergüenza, aunque las lágrimas apenas si eran perceptibles en mi rostro sucio de barro, con las ropas marrones y las zapatillas mojadas. Cuando pude calmarme de la burla y la bronca, me fui a casa en donde volví a llorar, esta vez debido a la paliza que me propinó mi mamá.

Pero esas cosas al rato se me iban de la cabeza. Era un niño y rápidamente me olvidaba. Con Gerardo no fuimos lo que se dice “amigos”, pero nos tratábamos bien, salvo en esas ocasiones en que no tenía a quién molestar y me agarraba de punto.

Pero aquella tarde noche resultó ser distinta. Fue el inicio de un camino intentando retroceder lo más que podía. Un camino imposible de concretar por cierto, pero cuando uno tiene doce años la fantasía suele mezclarse con la realidad.

Ese día nos juntamos con mis compañeros de la primaria. Iba a ser la última juntada antes de irnos de viaje a Carlos Paz. Habíamos hecho un lindo grupo, a pesar de que el año anterior nos tuvieran que separar por la cantidad de chicos nuevos que habían ingresado. Mi colegio era mixto y yo concurría allí desde el jardín de infantes. Cuando llegamos al sexto grado, vino la maestra Gloria a decirnos que el “A” se dividía. Fue un bajón. Nadie quería separarse. La división no fue democrática, sino más bien “dedocrática”. Los que fueron a parar “a la B” tendrían como maestra a Milagros, una seño que había llegado a cubrir un reemplazo. La seño Milagros pronto se hizo querer con todos, y fue ella quien había organizado la juntada en casa de la abuela de Lola, una de mis compañeras.

Gracias a la seño, los dos séptimo siguieron siendo uno solo y así continuamos tan amigos como siempre.

En cuanto a mí, gozaba de cierta popularidad en todo el grado. Era uno de los que se sacaban mejores notas. Pero no era popular por la cantidad de 10 que figuraban en mi libreta, sino porque no tenía inconvenientes en ayudar a cualquiera que me lo pidiera. De esa manera, quienes al principio se acercaban por interés, terminaban haciéndose amigos míos.

Era feliz. Sentía que era muy querido en el cole. En mi casa, como el menor de la familia, me cuidaban todo el tiempo. Mis hermanos mayores me llevaban muchos años de diferencia, así que prácticamente era como hijo único. Yo sacaba ventaja de eso, pero no me abusaba. Siempre tenía

presente la voz bien potente de mi papá que me ubicaba rápidamente.

Pero volvamos a esa tarde noche. ¿Por qué fue especial? Porque en aquella reunión descubrí a alguien. A alguien que había tenido cerca desde cuarto grado. Su nombre: Lourdes. Su edad: un año mayor que yo porque había repetido, por eso se había cambiado a mi colegio. Sus ojos: verdes, inmensos. Su voz: mágica. Sus manos: frías pero suaves.

Antes de la separación (ella fue a parar “a la B”), solíamos juntarnos en los grupos. Nos sentábamos al lado, a veces charlábamos en los recreos. En cuarto grado ni siquiera se me pasaba por la cabeza mirar cómo jugaba con sus cabellos, envolviéndolo entre uno de sus dedos, dejando ese mechón ondulado. Tampoco en séptimo la tenía en cuenta. Pero en los recreos no dejaba de buscarla para saludarla aunque sea. No me percataba de lo llamativo que eran sus ojos, su mirada risueña. Ni tampoco percibía lo bien que me hacía escucharla. Y sobre todo, lo contento que me ponía cuando escuchaba de ella decir: “Y..., Joaquín, ¿qué tal tu finde?”, “Joaquín, ¿cómo te fue en la prueba de lengua?”, “Joaquín, ¿me acompañas a comprar en el quiosco?”. Joaquín de aquí, Joaquín de allá, eso me ponía feliz también, aunque no sabía bien por qué.

En casa de la abuela de Lola los chicos organizaron el clásico juego de “verdad-consecuencia”, aunque mucho más tranqui de lo que algunos decían que era. La seño Milagros había impuesto algunas reglas y había suprimido otras, a pesar de que algunos se quejaron (los más zarpados).

Todo transcurrió con la más absoluta calma y alegría aquel día. Nos habíamos juntado a festejar la llegada de la primavera. Pasamos todo el día en el fondo de la casa de la abuela de Lola, hasta que se nubló, empezó a correr viento y lo que había sido una mañana soleada, pronto se convirtió en una tarde un tanto apagada, fría y con amenaza de lluvia. Jugamos a varios juegos, nos divertimos mucho, hasta que a alguien se le ocurrió ese juego. Ese juego en donde descubrí a Lourdes. Y fue a partir de ese juego en donde, con el correr de los días, empecé a desear que el tiempo regresara.

Con Lourdes nos llevábamos muy bien. Una vez por semana, ella llegaba hasta mi casa para que la ayudara con la tarea. En nuestra amistad, teníamos roles bien definidos. Ella aportaba la picardía, la chispa, el humor. Yo hacía que ella se sacara mejores notas, cosa que no volviera a repetir.

Pero de golpe, un día, no sé por qué, me fijé en sus ojos. ¡Qué lindos eran! Ella se rió un montón cuando observé qué color tenían.

—Ay Joaquín, ¿recién te das cuenta que tengo ojos verdes?

—Recién los miro. Se me hacía que tenías marrones, como los míos.

—¡Qué tonto!

Ese día también me quedó resonando su voz. ¡Qué dulce sonaba! Incluso que me dijera tonto me producía cierto cosquilleo. Bah, suponía que se trataba de algún cosquilleo, por eso mi sonrisa quedaba estampada entre mis cachetes, que por alguna razón los sentía un tanto calientes.

...

Aquel 21 de septiembre, en nuestra última juntada previa al viaje de egresados, me tocó el turno de jugar. Lola era quien hacía las preguntas. Con ella también teníamos una excelente relación. Como yo, formaba parte del grupo de los buenos alumnos. Pero además, Lourdes era su mejor amiga. Siempre andaban juntas. Seguramente se contaban sus secretos, aunque ignoraba de qué cosas podían hablar las chicas. Y vaya que hablaban. Al menos con Lourdes, yo solo charlaba de matemática y lengua, las materias en donde ella más necesitaba ayuda. Después bromeábamos casi todo el tiempo. Nos poníamos apodos, aunque yo nunca fui bueno en el asunto, pero a veces me burlaba de su boca tan pequeña, mucho más cuando la fruncía. Entonces ella se enojaba, a veces se lo tomaba demasiado en serio. De esa manera se iniciaba el juego de hacer que ella deje de estar enojada. A mí me encantaba hacerla enojar para luego hacer que se le pase. Y cuando llegaba a ese punto, ella no aguantaba retener por mucho tiempo la sonrisa. En ese momento descubría por qué ese juego me gustaba: Lourdes me regalaba una sonrisa especial. No era solo su sonrisa. En sus ojos, los cuales ya no dejaba de mirarlos, quedaba como un brillo. Así como cuando se te llenan de lágrimas pero no llorás. Tampoco sabría explicar ese brillo. Quizás siempre había sido así. Quizás cuando uno ríe, en los ojos se produce esa acuosidad como algo natural. Pero ver en sus ojos esa luminosidad, a mí me provocaba un revoltijo en la panza. ¡Qué extraña aquella sensación!

De todos modos, había descubierto su punto débil. Sabía como hacerla enojar. Lo bueno era que también sabía como hacer desaparecer ese enojo. De a poco, tratándola, sabía cómo hacer para arrancarle una sonrisa.

El asunto era que después ella se desquitaba. Lourdes también había aprendido cuál era mi punto débil: las cosquillas. Casi siempre me agarraba desprevenido, ya cuando caía bajo sus manos huidizas. Era una tortura. No paraba hasta que me veía con lágrimas en los ojos. Pero en todo ese juego, yo podía sentir sus manos frías danzando por toda mi humanidad. Pero más que sus manos. De a ratos, para evitar que yo me escapara, ella interponía todo su cuerpo. Allí podía oler su fragancia tan femenina. Un olor que no era de un perfume, sino el aroma de ella. Debe ser que

todos tenemos nuestro propio olor. El olor de Lourdes a mí me agradaba, como así también me gustaba sentirla tan cerca, aunque el motivo de su cercanía fuera aplicarme la tortura de las cosquillas. Antes “luchábamos”, yo sosteniendo sus manos para que no llegase hasta mí. Y ella acercándose lo más que podía. A veces un mechón de su cabello pasaba muy cerquita de mis narices. De a ratos, todo su rostro se aproximaba a centímetros de mí, aunque para eso ella tuviera que ponerse de puntas de pie. Incluso había momentos en que su aliento rosaba mis mejillas, con la sola intención de liberar sus manos y así poder disfrutar con mi sufrimiento.

El juego de las cosquillas casi siempre terminaba con los dos tumbados en mi cama. Hacíamos la tarea en mi habitación porque era el lugar más tranquilo. Además allí mis padres habían puesto todo para mis estudios: un escritorio enorme, una biblioteca en donde ponía todos mis útiles. También estaba la consola de juego, por supuesto.

Tumbados en mi cama, yo podía observarla, aún con lágrimas en mis ojos, como ella me regalaba esa sonrisa. También podía escuchar su carcajada, luego de haberme hecho todas las cosquillas que quería. De esa manera, sus ojos verdes se iban quedando en mi mente por más tiempo, así como su voz, y sus manos, y su piel, y su olor.

Todos los miércoles nos encontrábamos para estudiar. Era el día fijo y el mejor de todos de la semana. Al principio lo veía así porque ese día podía repasar lo que venía haciendo en el colegio; o bien porque luego de terminar de estudiar, mi mamá nos llevaba la chocolatada al cuarto y conversábamos un poco de lo que pasaba en cada grado. En fin, la compañía de ella era lo que cambiaba la rutina de todos los días y eso hacía la diferencia. Y todo lo que era diferente, era agradable. Bah, por lo menos así lo veía yo. Sin embargo, no me detenía a pensar la verdadera razón de mi alegría.

...

Cuando Lola me dio a elegir, yo respondí: “Verdad”. Primero, porque la otra opción me llevaría a hacer algo que quizás no deseara. Segundo, porque creía que en ese momento no tenía nada para ocultar, por lo tanto, no podría verme comprometido en nada, ya que la sinceridad era algo de lo cual me sentía orgulloso de poseer, sin ser alardoso.

Sin embargo, nunca me imaginé que me harían “esa” pregunta. Tampoco había caído en la cuenta de que todo el mundo, los dos grados, estaban expectantes a mi respuesta. Aquella tarde noche no me arrepentí de lo que contesté. Pero con el tiempo, llegué hasta soñar con ese momento, en donde mi respuesta cambiaba.

El último año de la primaria tuvo muchas cosas novedosas. Una de ellas fue la llegada de varios compañeros, sobre todo de un par en particular: Adrián y Mariana. Ella en mi grado, Adrián en el otro. La llegada de ambos revolucionó a todo el mundo. Tal vez deba decir que la llegada de los nuevos compañeros levantó un velo que ocultaba algo que venía haciendo ruido hacía un tiempo seguramente. Mariana era rubia, ojos celestes, con una voz tan dulce que nos atrapaba a todos. Su sonrisa se desparramaba por todos lados. Tenía movimientos muy delicados. Era amable y gentil con todos, en especial con los varones, a quienes compró de inmediato con su encanto. Nuestras viejas compañeras sintieron el impacto y reaccionaron como pudieron: celos, histeria, en fin... cosas de chicas. Nosotros también sentimos el impacto: empezamos a ver a las chicas de otro modo. Comenzamos a compararlas, cosa que nunca se nos había pasado por la cabeza. En los recreos, la pelota cada vez rodaba menos entre nuestros pies. Ahora nos quedábamos hablando de lo linda que era Mariana, y de paso, qué tal eran las otras, las de todos los días, las que siempre habíamos tenido al lado de nosotros pero a quienes ignorábamos, al menos desde ese punto de vista.

El asunto fue que Mariana, tan dada, tan rubia, tan encantadora, coincidió conmigo en el signo del zodiaco. Los dos éramos Escorpio. Nos llevábamos una semana exacta. Yo había nacido el 7 de noviembre, ella el 14. Para mí fue un descubrimiento inusual. Para ella al parecer también, porque desde ese día tuvimos cosas para charlar. No mucho, pero a veces nos quedábamos en el patio y conversábamos un poco.

Mis amigos, los más cercanos, porque uno en el colegio siempre tiene sus amigos entre los compañeros, me decían que yo estaba “enamorado” de Mariana. Yo solo me reía. Ni sabía lo que era estar enamorado. Me sentía a gusto con ella, me parecía muy bonita, quizás mucho más que el resto de nuestras compañeras, no sabría decirlo. Sin dudas ella nos atraía a todos, pero en ese instante no sabía definir lo que sentía por ella, si es que en realidad sentía algo.

De todos modos, el rumor de que algo pasaba entre ella y yo se desparramó por todos lados, hasta llegar al séptimo B. El rumor, sin embargo, no pasó a mayores, por lo menos entre los varones. A pesar de lo revolucionado que estábamos, nuestra atención estaba centrada en otras cosas: el campeonato escolar, las notas, si Boca o River ganaban, si San Martín o Atlético se cruzarían algún día en primera división, en las gastadas de los lunes después de saber el resultado, aunque ya nos habíamos pasado quinientos memes durante el fin de semana por los grupos. Estábamos más atentos a cómo cuernos podíamos avanzar en los juegos de la consola, y todo el asunto de las chicas se terminaba diluyendo en cosas que a nosotros nos parecían más importantes. Y en los recreos, la pelota de a poco fue recuperando el lugar que nunca debió haber perdido.

Del otro lado, era un mundo totalmente distinto. Yo pude apreciarlo durante unos días. Las chicas también habían estado alborotadas por la llegada de Adrián. Para nosotros, era uno más en el equipo de los recreos. Jugaba bastante bien. Para las chicas, era un bombón, como me confesara Lola mientras hacíamos un trabajo en grupo.

—No sabés, las chicas del B se lo quieren comer —me dijo mi compañera.

—¿Para tanto che? — le pregunté riendo.

—Y... tiene lo suyo, creo que estás perdiendo terreno ahí Joaquín —me respondió.

Me quedé sorprendido por lo que me dijo.

—¿Terreno? ¿Qué querés decir? No entiendo.

Ella puso una cara rara y un gesto que tampoco entendí, para luego responderme:

—Hombres, no se dan cuenta de nada.

Yo solo me reí. No le di importancia al asunto, aunque confieso que me quedé pensando por algunos días en lo que ella me había dicho.

La cuestión era que Adrián había provocado entre las chicas lo mismo que Mariana en el bando masculino. Primero había comenzado en el B pero el asunto se dispersó mucho más rápido que con el A. No solo más rápido, sino que era un “tema” que quedó instalado en forma definitiva. De pronto, nuestras compañeras del A pasaban más tiempo en el grado del B, se reunían más seguido, se las veía de lejos cómo hablaban más en secreto. Nosotros a veces nos dábamos cuenta de que algo había cambiado en ellas, pero no sabíamos precisar qué cosa notábamos de distinto. Hasta que Maxi, el más grandote de todos nosotros, que además había repetido un año, nos advirtió del cambio.

—Y ahora vienen más arregladas, se pintan la boca, se ponen perfume, se hacen las lindas. Pero la señorita les pega una puteada y las manda al baño a sacarse la pintura. ¡Qué taradas!

Y sí, ese era el cambio que notábamos sin darnos cuenta. Lo de “hacerse las lindas” consistía en presumir, como hacen las chicas. Al principio, era lógico, todas estaban enloquecidas presumiéndole a Adrián, pero con el paso del tiempo, el muchacho fichó a una, cosa que el resto se dio cuenta. Entonces las otras dejaron de buscarlo, pero siguieron en el tren de pintarse y todo eso.

Las cosas habrían de apaciguarse con las primeras trimestrales. Allí la calma retornó por un momento. Sin embargo el tema de las chicas entre los chicos, y los chicos entre las chicas, había llegado para instalarse definitivamente. Para siempre.

—¿Es verdad que te gusta Lourdes? —me preguntó Lola.

No la vi venir. No esperé que me preguntara semejante estupidez. ¿Por qué lo había hecho? Ella era mi amiga, no solo mi compañera. Ella sabía la respuesta. Además, Lourdes estaba allí. ¿Por qué lo hacía? Era absurdo, hasta cómico. Tan cómico que antes de contestar me reí.

Yo sabía qué contestar. Tenía en mi mente la respuesta justa, precisa y exacta. Pero sobre todo, tenía la respuesta correcta, verdadera. No podía fallar. Me sentía tranquilo porque sabía que esa pregunta no me comprometía en lo absoluto.

Sin embargo...

—Estás idiota, ¿te pasa algo? —le pregunté a Lourdes el primer miércoles que ella retornó a mi casa, para que hiciéramos la tarea juntos, como habíamos empezado a hacerlo desde el año anterior. Realmente había echado de menos tomar la chocolatada con ella, los juegos, las bromas, hasta las cosquillas.

—Nada, estoy bien —me respondió. Y yo le creí. Seguimos haciendo la tarea un rato más, hasta que mi mamá nos llevó la merienda.

—Che Joaquín, ¿y que onda con la nueva?

—¿Qué onda qué?

—Nada, qué tal es... digo, dicen que es muy linda.

—Ah... sí, es bonita, rubia —le dije, y seguí inventando algunos ejercicios para que Lourdes los resolviera. Ella se quedó un momento en silencio, observándome. Podía verla de reojo cómo comenzaba a enredar su mechón entre sus dedos. También podía ver cómo el lápiz caía en su boca.

—Ay... es rubia... es bonita... ¿te gusta? —se despachó. Yo solo atiné a reírme.

—¿Qué decís? Nada que ver.

—Mmmm, no te gusta pero es bonita.

—Sí, ¿qué tiene que diga que sea linda?

—Nada, quiere decir que te gusta.

—No me gusta.

—Bueno... pero no te pongas serio —me dijo agravando la voz de manera tan graciosa que no aguanté reírme-Te pusiste colorado... te gusta, decime la verdad. Somos amigos, ¿no?

—Bahhh, en serio, no me gusta.

Lourdes permaneció nuevamente en silencio. Yo seguí con lo mío, aunque bastante disperso. Nuevamente pude presentir cómo sus ojos verdes tan lindos se clavaban sobre mí. No me quedó otra que levantar la vista. Allí la contemplé. Se sonreía suspicazmente, achinando su mirada. El lápiz en su boca jugueteaba incisivamente.

—¿Qué? ¿Y ahora qué pasa? —le pregunté.

—Si te gustara alguien, ¿me contarías?

—Seguro, ¿por qué no?

Lourdes estaba esperando esa respuesta de mi parte.

—¿Y quién te gusta? ¡Contame! —exclamó al tiempo que inclinaba su cabeza y apoyaba sus dos manos blancas y frías sobre el escritorio.

—Nadie —le dije —No me gusta nadie —Ella se quedó mirándome con cara de “no te creo nada”. -En serio —insistí, como si hubiera escuchado el “no te creo nada” de su propia boca.

—¿Nadie? ¿En serio? ¿Ni un poquito? ¿Nadie? Alguien que te parezca bonita aunque sea —terminó riéndose.

—Bueno, hay varias chicas que son lindas en el grado.

—A ver, decime una.

—Uy, qué pesada sos.

—Dale —insistió, pero cuando estuve a punto de abrir la boca, ella me interrumpió —Mejor no quiero saber.

—Bueno —respondí yo.

Parecía haber terminado el interrogatorio y que el interés de parte de Lourdes por saber si me gustaba alguna chica se había esfumado repentinamente. En fin, ¿quién entendía a las mujeres? De todos modos, la conversación provocó una incomodidad, al menos en mí, y como nunca, esperé ansioso escuchar el timbre de entrada, y luego a mi mamá entrar al cuarto anunciando que el padre de Lourdes había llegado a buscarla.

El miércoles siguiente me sorprendió un mensaje de Lourdes diciendo que no iba a ir. Durante la mañana habíamos hablado un poco. Le ayudé a comprar una gaseosa. A pesar que ella era mayor en edad, yo le llevaba una cabeza más o menos, y mi altura me permitía meterme en la maraña de chicos que se agolpaban en el kiosco del colegio. Lourdes no quería terminar con las piernas llenas de moretones debido a las patadas que se propinaban por intentar pedir primero.

Luego de terminar nuestra bebida, quedamos en vernos como todos los miércoles en mi casa. Pero después de almorzar, recibí su mensaje.

—Me duele la cabeza —se excusó luego.

—Tomate algo y vení. La semana que viene tenemos la trimestral.

—Ya tengo tarea para hacer.

—Bueno, pero ¿no necesitas ayuda?

—No.

—Ok.

Y ahí terminé la conversación por el Chat. Pero al minuto, el celular vibró otra vez.

—Quizás estés ocupado ahora, por eso no te quiero molestar más —me escribió.

—No, si todos los miércoles te espero.

—¿En serio me esperas? —realmente estaba confundido. ¿Por qué me preguntaba algo tan obvio? Hacía más de un año que nos reuníamos para hacer la tarea.

—Claro, ¿por qué me preguntas?

Me quedé esperando su respuesta. Pasaron varios minutos hasta que ella volvió a escribir.

—Bueno, en un rato me llevo —me dijo, concluyendo la conversación.

Lourdes llegó más temprano de lo habitual. Sus padres no podían dejarla en el horario de costumbre. Apenas abrí la puerta, me encaró agresivamente.

—Sos un mentiroso. Estoy enojada con vos —sentenció, pasando como una tromba empujándome, dirigiéndose velozmente hacia mi cuarto. Tan rápido pasó que se me movió el flequillo. Me dejó boquiabierto y con el “hola” en la punta de la lengua. Que me llamara mentiroso tocaba mi orgullo, yo que me jactaba de ser sincero y decir siempre la verdad, aunque me perjudicara en ocasiones.

—¿Mentiroso? ¿Por qué decís?

—Me mentiste. Sí te gusta Mariana.

Yo me reí. Siempre hacía lo mismo cuando la sorpresa era lo bastante grande como para intentar decir algo.

—¿De dónde sacas eso?

—Me enteré hoy. En el B todos dicen que ella está muerta con vos y que vos también. Con razón ya no venís ni siquiera a saludarme a veces. Claro, ocupadito el señorcito.

No aguanté y mandé una carcajada.

—¿De qué te reís tarado? Me lo hubieras dicho al menos. Creí que éramos amigos.

Me quedé estupefacto, apoyado en el umbral de la entrada de mi habitación. Ella ya se había acomodado, y el insulto llegó mientras colocaba sus útiles en el escritorio. Intentaba reflexionar sobre la escena que estaba viviendo, pero me era difícil. Fue ella la que volvió a hablar.

—¿Qué hacés ahí parado? ¿No vas a entrar? ¿No vas a decirme nada? Quiero que me cuentes.

Me acerqué lentamente, dudando un poco. Me senté al frente de ella, en silencio, mirándola. El rostro de ella era de un rojo intenso, y su boca estaba más fruncida que nunca. En ese instante noté que sus labios estaban pintados y recordé lo que nos había dicho Maxi. Me pregunté si siempre se los pintaba. No recordaba haberlos visto pintados durante el colegio, como tampoco me acordaba si anteriormente la había visto así. Del mismo modo, un aroma nuevo percibía. Ya lo había percibido cuando pasó echándome viento. Era su perfume. Era la primera vez que lo notaba, pero no sabía decir con exactitud si era la primera vez que ella lo usaba. Quizás sí, pero...

—Y te me quedás mirando, como un tonto-. Al decir esto, Lourdes puso una cara tan graciosa, al menos para mí era graciosa, una mezcla entre enojo y berrinche, que comencé a sonreírme. —Míralo, encima se me ríe —se enojó, al tiempo que estiraba su mano izquierda para agarrar la cartuchera de tela y tirármela.

—¡Pará nena, pará! ¡No te enojés! —le dije entre risas.

—¡Es que me hacés enojar, Joaquín! Encima no me decís nada. Es verdad entonces.

—Claro que no. ¿No hablamos la semana pasada de esto? Te dije que no me gusta la nueva.

—Ay, ahora le decís la nueva —me dijo, haciendo las comillas con los dedos en el aire.

—Bue... si me vas a pelear, ¿para qué querés que hable?

Lourdes cruzó los brazos en actitud incrédula, dispuesta a interrogarme hasta arrancarme alguna confesión de mi parte.

—¿Y como es eso que todo el grado anda hablando?

—No sé, la verdad, yo no escuché nada.

—Hacete el tonto, ¿ves? Por eso me enojo, porque te hacés el tonto.

—No me hago nada, ya te dije que no me gusta. No sé cómo querés que te lo diga.

—Pero ella está muerta por vos, ¿me vas a decir que no te diste cuenta?

La verdad que Mariana era una chica muy dada, extrovertida, pero no solo conmigo. Era cierto que durante algunas semanas me había quedado a charlar más con ella en los recreos, pero nada raro en su actitud me había demostrado que ella gustara de mí, o que “estuviera muerta”, como sostenía Lourdes.

—No, no me di cuenta, ni idea la verdad.

—Bueno sabelo, ella esta loquita por vos, así que podés ir tranquilo a largártele —me increpó, más enojada que de costumbre.

A estas alturas no entendía realmente la verdadera razón de su enojo. ¿Estaba así porque según ella, le había mentido? ¿O porque no le había contado? ¿O porque no sabía que, según ella, Mariana gustaba de mí? ¿O porque me hacía el tonto? No entendía nada. Lo que sí me había quedado claro, era que no podía volver a quedarme callado para no ligar otro cartucherazo.

—Esperá, esperá. A mí por empezar no me gusta nadie, ¿está claro? Segundo, no sé lo que dicen en el B, pero yo no sabía nada. Y tercero, no me importa si es verdad lo que decís, yo no voy a hacer nada.

—Yo no miento, y no creo que toooodo el grado esté mintiendo.

—Bueno, pero yo no voy a hacer nada.

Lourdes seguía con los brazos cruzados, notablemente ofuscada todavía. Con bronca, para que se entienda, y con ganas de matarme, según podía observar. Lo único que deseaba en ese instante era que ella dejara de estar así. Era obvio que con alguno de mis juegos terminaría embarrando todo, de modo que no era ese el camino que debía elegir. De pronto me acordé lo que hacen los adultos cuando alguien tiene un ataque de nervios. Me levanté y me fui a la cocina sin decir nada, sin responderle tampoco a la pregunta que ella había hecho (“Joaquín, ¿adónde vas ahora?”). Llegué hasta la cocina, serví un poco de agua en un vaso, mezclé dos cucharaditas de azúcar y regresé.

—Tomá —le acerqué el vaso.

Ella me miró como se mira a un bicho raro, para después pegarme una sobrada monumental.

—¿Qué me das? ¿No ves que sos un tarado?

Decidí no contestarle, simplemente le ofrecí nuevamente el vaso.

—Dale, tomá un poco, así te calmás.

Lourdes tomó el vaso con cierta desconfianza. Habrá creído que era simplemente agua, por la cara que puso luego de tomar.

—¡Ay Joaquín! ¿Por qué le pusiste azúcar?

—Es que te veía nerviosa —le dije serio.

Mi mirada, mi tono y mi cara fueron motivo para que ella se riera por primera vez desde que había llegado a mi casa.

—¡Sos tan tonto! —me dijo sonriendo.

Al final había conseguido calmarla un poco, que se distendiera. Empezamos a hacer la tarea y nos quedamos en silencio un buen tiempo. Sin embargo me resultaba difícil poder concentrarme. Todo un embrollo que no lograba entender, pero no quería preguntarle nada, por si se volvía a enojar. De vez en cuando la miraba de reojo. Ella parecía más tranquila, pero a cada momento se mordía los labios, haciendo que el lápiz labial fuera esfumándose de a poco.

—Te quedaba lindo.

—¿Cómo?

—La pintura en la boca. Te quedaba lindo.

—Gracias —me dijo sonriendo.

Ahora parecía más calmada.

—¿En serio no te gusta Mariana? —volvió a preguntarme, aunque esta vez sonaba distinta.

—Si me gustara, vos serías la primera en saberlo.

—Bueno, te creo. ¿Me perdonás?

En ese instante descubrí algo nuevo en ella: su dulzura. Aunque en ese momento no habría podido dar un nombre a mi descubrimiento, sentí como un subibaja en mi panza.

—Te perdono —le respondí, aunque no sabía con exactitud qué cosa tenía que perdonarle.

—No.

Un “no” rotundo, certero, que debió haber retumbado en los oídos de todos mis compañeros, incluso de la seño Milagros. Un “no” tan seguro, que a todos no les quedara duda alguna.

Lourdes era mi amiga y nada más. Y nada eso, a mí no me gustaba nadie.

—¡Dale Joaquín, tenés que decir la verdad! —me dijo Lola, y yo no entendía por qué no me creía.

—Sí, Joaquín, el juego es “verdad-consecuencia”, no podés mentir. Igual ya sabemos todos —dijo Maxi.

—Dale loco, no te hagás el tonto —salió a decirme el Flaco Dani.

Yo no salía de mi asombro. ¿De qué estaban hablando estos? ¿Qué cosa es lo que sabían? Si yo no había hecho nada. ¿De qué cuernos hablaban?

De todos modos, mi sorpresa fue mayor cuando escuché a la última persona, la que menos hubiera esperado.

—Che Joaquín, dale, no tengas vergüenza, sabemos que te gusta —me dijo con tanta seguridad la misma seño Milagros, y yo quería desaparecer.

No era vergüenza lo que sentía, sino una confusión enorme, porque no llegaba a entender que no me creyeran. Y para peor de todo, Lourdes, mi amiga, estaba allí.

Me sentía enojado con todos, pero aun así guardé la calma, como pude.

—En serio, no me gusta —volví a responder, ya con la voz entrecortada.

Quizás mi seño vio lo nervioso que me estaba poniendo, porque inmediatamente habló ella.

—Bueno, bueno, chicos, déjenlo, sigamos jugando.

Todo había pasado... al menos yo creí eso. No sabía que estaba por venir lo peor.

Después de la conversación que habíamos tenido con Lourdes, algo había cambiado entre nosotros. No sé decir qué, pero la primera cosa que noté es que tenía más ganas de verla que antes. Apenas comenzaba el recreo, yo me cruzaba al otro grado a buscarla, con algún pretexto: preguntarle qué habían hecho en la hora de lengua, si quería que le comprara algo en el kiosco, contarle lo que habíamos hecho en matemáticas... cualquier cosa servía para estar con ella. Eso hacía que hablara más de lo común. Y así ella se animó a hablar más conmigo, y sobre todo, a hablar de temas que antes no tocábamos. De esa manera me enteré adónde había ido de vacaciones en verano, por ejemplo.

La segunda cosa que noté es que a cada rato hablaba de ella con mis compañeros. No es que lo haya notado por mi cuenta. Fue Dani quien lo advirtió al toque.

—Como te tiene la Lourdes, ¿eh?

—¿Por qué lo decís?

—¿Qué viven juntos? Todo el tiempo hablás de ella.

—Nada que ver, pero es que como viene todos los miércoles a mi casa... yo la ayudo con la tarea.

—Ahhh —dijo Maxi, cacheteándolo al Flaco con el revés de la mano en el brazo —ahora entiendo todo.

—Claro, es el maestro particular de la flaquita.

—¿Y cuántos diez le pusiste la semana pasada? ¡Picarón! —se burló Maxi, agarrándome los cachetes.

—Soltá chango, ¿qué les pasa a ustedes? Lourdes es mi amiga.

—¡Ahh sí, amiga! —exclamó Dani con la boca llena de un bocado enorme de sándwich.

—Está buena la flaquita Lourdes: pelito lacio, ojitos verdes, las piernitas son dos palitos pero está linda, ¿qué opinas vos Flaco?

—Yo opino que está pa' charlarla —los dos rieron, y así me tuvieron hasta que tocó el timbre.

Yo insistía en que exageraban en todo lo que decían. No me afectaba que creyeran que me gustaba. Sabía que no era así, aunque en realidad, no me detenía a pensar lo que realmente sentía por ella. Estaba seguro que sentía algo, pero ese algo era una amistad muy linda. Nada más que amistad. Porque a los amigos uno los tenía presente todo el tiempo, ¿o no?

Lo tercero, y esto sí comencé a notarlo con mayor detenimiento, era que pensaba demasiado en ella. Demasiado como para que continuara diciendo que era solo mi amiga. El hecho de tenerla presente más tiempo era porque de a poco nuestras charlas de matemática y lengua habían dado paso a otros temas más personales. Los miércoles se habían convertido en especiales para mí. Lo que había empezado el año pasado como una visita semanal, en donde primero reinó la vergüenza y la timidez, hoy eran horas y horas charlando. A veces ni tomábamos la chocolatada de tanto conversar, jugar, reírnos.

Lourdes se había enfermado durante una semana, antes de las vacaciones de invierno, y creo que yo también me enfermé de tanto extrañarla. Durante esos días en el colegio todo me resultaba molesto, estaba intolerante, como distraído, callado. Sabía que la extrañaba y no veía la hora de llegar a mi casa, cazar el celular y chatear con ella. Me pasé todas las tardes con ella a través de

la pantallita, haciéndole compañía. Ella todos los días me agradeció por eso.

Pero no era necesario que se enfermara para mantenernos en contacto. De a poco Lourdes fue restando tiempo con mis amigos. De a poco, para mí se convirtió en alguien sumamente importante. Sin embargo, yo sostenía hasta el cansancio, que lo que sentía por ella era una profunda amistad.

Esa confusión mía, o quizás no tanta confusión, determinó que al menos de mi parte, no intentara ocultar la relación que teníamos. Mis amigos decían que yo estaba enamorado. Yo lo negaba mil veces. ¿Qué sabía yo del amor? Tenía doce años recién. A mí hablame de San Martín, del GTA, del FIFA o de ir al campeonato del colegio. De chicas no quiero saber nada todavía, ni mucho menos de besos y tomadas de mano. Serán muy lindas, todo lo que quieras, pero no tengo tiempo. No voy a dejar de hacer mis cosas por estar de enamorado, con chicas y a los besos.

La cuestión era que a mis amigos podía aclararles el asunto, aunque no necesitara hacerlo. La cosa era el resto: todo séptimo A y séptimo B veían lo que todo el mundo veía. Hasta la señorita Milagros, tan compinche con nosotros, observaba lo que yo intentaba negar: que a mí me gustaba Lourdes. Seguramente en los dos grados hablaran de eso. Quizás también dijeran que a Lourdes le pasaba algo conmigo, sobre todo porque sabían que ella iba a mi casa, o bien porque nos encontraban charlando en toodos los recreos, o porque cada vez que me veían en el kiosco yo salía con dos gaseosas. En fin, seguramente también hablaban de ella. Y no digo que lo sé, solo que lo supongo, porque yo ignoraba todo aquello.

La juntada aquel 21 de septiembre me hizo caer en la cuenta que mis suposiciones eran verdad y que alrededor de mí se presumía algo de lo que yo no tenía idea.

Lola había activado una bomba de tiempo en mis manos. Yo solo había detenido un poco el momento para la detonación, aunque ya había quedado mal parado.

El juego continuó un rato más, no sabría precisar cuánto. De a ratos observaba a Lourdes, tan risueña y divertida como siempre. A veces nuestras miradas se chocaban y ella me dedicaba una tenue sonrisa. Había ido muy linda, fresca, blanca como nunca antes, su boca pintada, aunque a esa hora de la tarde ya no que le quedara ni un rastro de pintura. Algo en sus ojos hacía que el verde le resaltara más que otros días. Estaba más hermosa que nunca.

Un día antes que comenzaran las vacaciones de invierno, el día del acto por el 9 de julio, me enteré que Adrián gustaba de Lourdes y que andaba detrás de ella intentando que ella le diera bolilla. Aparentemente la había invitado a salir, justo un miércoles, justo ese miércoles que ella no había ido a mi casa porque tenía que comprarle ropa para su mamá.

Ahora, ¿cómo me enteré lo de Adrián? Porque él nos había ido a contar al grupo del campeonato. Adrián, además de fachero, jugaba bastante bien al fútbol y de entrada lo metimos en el equipo. El resto del grupo comenzó a preguntarle.

—¿Te la chapaste?

—No, la flaquita es dura, no afloja.

—Pero, ¿te tiró onda o no?

—‘Ta complicado el asunto, se me hace que no quiere saber nada.

Yo simplemente escuchaba y aportaba con alguna risa, cuando el relato se tornaba divertido. Bah, divertido para el resto, porque estaba bastante enojado con mi amiga. Ella, que había ido a hacerme una semejante escena a principios de año porque supuestamente le había mentido, resultaba ser ahora la mentirosa entre los dos.

De todos modos, no le dije nada. Pero durante las vacaciones decidí no mandarles mensajes y sacármela de la cabeza. Quería dedicarme a dormir y jugar con la consola todo el día, la mayor cantidad de horas que me era posible. El frío del invierno colaboró para que pasara más tiempo en la cama, pero eso me llevó a tenerla en mi cabeza, aunque no quería.

Ella seguía mandándome mensajes, mensajes que yo, al final, terminaba contestando. Tampoco era cuestión de cortar la relación así porque sí. Después de todo, ¿qué tenía de malo que no me quisiera contar que le gustaba un chico? Yo no le había pedido que me contara, así que ella no estaba obligada a hacerlo. Quizás en estas cuestiones deseaba ser reservada y estaba bien, según yo.

El frío de julio enfrió además la calentura que me había agarrado por lo de Adrián. Fue Lola, de todos modos, la que me volvió a subir la temperatura, cuando regresamos a clases.

—Joaquín, vos ya sabés que Adrián anda detrás de Lourdes, ¿verdad?

—Sí, él me contó.

—¿¡Te contó él!? ¿¡A vos!? —se sorprendió.

—Sí. Bueno, en realidad lo contó en el grupo.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó intrigada.

—Y nada, ¿qué querés que haga?

—¿No vas a hacer nada? Pensé que te gustaba.

—¿Vos también con esa historia?

—Bueno, pensé que... no importa. La cosa es que Adrián me pidió que le hiciera “pata”.

—¿Ah, sí?

—Sí. Le dije que no, porque bueno, yo creía que vos... pero si no te pasa nada con ella quizás...

Y ahí terminó la cosa. La cosa, gran cosa, es que mi temperatura se elevó por las nubes y no sabía por qué. ¿Qué es lo que me molestaba en realidad? ¿Que todos pensarán que a mí me gustaba Lourdes? ¿O que Adrián andaba detrás de mi amiga? Bueno, ella era muy linda, y a mí no tendría que molestarme. A lo mejor, por una cuestión de amistad, hubiera deseado que ella se animara a contarme, aunque sea que su compañero la había invitado a salir. Seguramente era eso. Seguramente ahí estaba el origen de mi malestar, porque, siendo sincero, no estaba enojado. Es más, cuando más pensaba en ella, menos enojado me sentía.

—¿Por qué te reís? ¿Qué? ¿Tengo algo? —le pregunté a Mariana, mientras me tocaba la cara buscándome algún resto de comida, o algún rayón hecho sin querer por la lapicera.

—No, es que me encanta cuando te acomodás el flequillo —me respondió mientras imitaba el movimiento que hacía con la mano cada vez que yo agarraba ese mechón de pelo rebelde que siempre bajaba hasta taparme la visión. Se podría decir que había quedado como un tic nervioso o algo así, pero sin dudas formaba parte de mi personalidad, por así decirlo.

Mariana se había acercado para regalarme una tarjetita con el signo del zodiaco. De un lado, un escorpión majestuoso. A mí me hizo recordar al personaje de Los Caballeros del Zodíaco que jugaba en el videojuego. Del otro lado, algunas palabras: “apasionado”, “profundo”, “curioso”, “sociable”, “sensual” y otras más.

—¿Qué opinás? ¿Sos así? —me preguntó acercándose a mi banco, durante el recreo. Nos habíamos quedado charlando después de haber estado en el mismo grupo.

Me agradaba bastante mi compañera, tan simpática, aunque con un carácter bastante particular. Recordaba una vez que estábamos en el grado. Teníamos hora libre y andábamos de banco en banco, deambulando sin control. De pronto me encontré con Mariana y su espalda. Mi vista se clavó en su figura. De inmediato llegó Maxi y me dijo al oído:

—¿Vos qué decís? ¿Usa corpiño?

Me mordí los labios para no reírme. Me encogí de hombros y le contesté a mi amigo.

—¿Querés que le pregunte?

—Sos boludo —me contestó agarrándose la cabeza —Dame la mano y poné el dedo así —me dijo, haciendo que apuntara con el índice. Luego me sostuvo la mano y sin que yo pudiera advertir lo que iba a hacer, hizo que pasara mi dedo por toda la espalda de Mariana. Apenas mi dedo terminó su recorrido, Maxi me soltó la mano.

Mariana, obviamente, giró. Al primero que vio fue a Maxi, aunque él ya había tenido la precaución de estar lo suficientemente lejos como para que lo culpara.

—¿Quién me tocó? —dijo con un tono que parecía que se venía una tormenta. Pero al verme, su rostro cambió de aspecto, dedicándome una sonrisa. Luego se volteó nuevamente, para seguir conversando.

—¿Y? ¿Usa o no? —se acercó Maxi para preguntarme luego.

—No usa.

—Gracias campeón, la tenés muerta —me dijo palmeándome el pecho.

Aunque no había descubierto su carácter, pude percibirlo perfectamente.

—No sé —le contesté a Mariana, después de leer las palabras que estaban en la tarjetita que me acababa de ofrecer. Trataba de repasar el significado de ellas, pero sinceramente no sabía muy bien qué quería decir “sensible” o “apasionado”. “Curioso” me sonaba a chismoso, y eso seguro que no era. Quizás ella pudiera sentirse identificada, porque las chicas siempre estaban preguntando todo. Me había pasado con Lourdes.

“Profundo” me sonaba a una cualidad de algún pozo, pero no entendía cómo es que una persona pudiera ser “profunda”. Con la única que al menos me cuadraba, o que entendía en todo

caso, era “sociable”. Y sí, me gustaba andar haciendo amigos, aunque éstos resultaran selectos. No tenía muchos, pero todo el grado, incluso el B, charlaba conmigo.

—Creo que sociable puede ser...-le dije, y ella volvió a sonreír.

—¡Tenés razón, yo también soy así! Nos parecemos bastante.

—Bueno, en eso quizás sí —le dije yo dudando, que al escuchar la palabra “parecemos”, la asocié con lo físico.

—Qué, ¿vos decís que no?

—No, no, es que cuando dijiste que en eso nos parecemos, yo pensé: “seguro, porque en lo demás, yo soy morocho y vos rubia, yo tengo ojos marrones y vos celestes”.

Me costó hacer que pare de reír. Le salían lágrimas y por ratos sonaba como ahogada. Con cada inicio de risa, balanceaba su cabeza y su pelo me llegaba hasta los ojos, lo mismo que su perfume hasta mi nariz. ¡Qué rico olía! Sus manos pequeñas y cálidas se apoyaban todo el tiempo en mis hombros, y su cabeza quedaba reposaba en uno de mis brazos, haciendo minúscula la distancia entre ambos.

El timbre hizo que las carcajadas de Mariana llegaran a su fin. Me divertía mucho esa chica. Pero si tenía que comparar, y en ese instante, cuando empezaban a regresar mis compañeros al grado, lo hice, prefería más la compañía de Lourdes.

Había llegado el momento de irnos de la casa de la abuela de Lola. La tarde de a poco se apagaba, y nuestros padres llegaban a retirarnos. Los últimos instantes de la juntada lo habíamos compartido con la nona Teresa, como llamaba Lola a su abuela. Una mujer llena de vida, alegre, divertida. Se puso a contarnos cuentos de gallegos, siendo ella española. No sé si antes me había reído tanto (quizás solo cuando Lourdes me hacía cosquillas).

En lo que esperábamos para marcharnos, mientras seguíamos bromeando y la algarabía que teníamos adentro no nos permitía irnos, se acercó, entre risas, Lourdes.

—Bueno, Joaquín, no contestaste todavía la pregunta que te hicieron.

—Claro que la contesté —le dije a mi vez, pensando que se aproximaba solamente para seguir bromeando.

—Vení —y me tomó la mano alejándonos del resto. Entonces percibí como un mareo leve e inmediatamente los latidos del corazón comenzaron su aceleración.

Cuando estuvimos lo suficientemente apartados, ella me preguntó. Deseé en ese instante no estar allí, que Lourdes nunca se hubiera animado a preguntarme eso.

—Dale, Joaquín, decime, ¿te gusto?

¿Era un juego? Aunque hacía un tiempo que no bromeábamos como antes. Hacía un tiempo que nuestras charlas eran distintas, no tantos juegos, no tanto portarnos como niños. Hacía tiempo que Lourdes llegaba más arreglada, más pintada, los labios, las uñas, hasta los ojos, que no necesitaban maquillarse porque eran fabulosos. Hacía un tiempo que, pensándolo bien, ella se comportaba de una manera rara, extraña.

¿Por qué me preguntaba en realidad? ¿Quería saber si yo sentía algo especial? ¿Algo distinto?

—¡Qué callada estás! —le dije, porque no iba a seguir así, en ese silencio tan incómodo. Yo tenía ganas de decirle que me había enterado de su salida con Adrián, pero no me animaba. La notaba súper extraña. No solo estaba callada, sino que parecía como enojada. Y no quería toparme otra vez con esa faceta tan irritante de ella.

Ella solo me devolvió una sonrisa forzada, y siguió con la tarea. A decir verdad, Lourdes ya no necesitaba de mi ayuda. Nos juntábamos por costumbre. A mí me venía bien, me agradaba su compañía. No quería en realidad que dejara de compartir cada miércoles. Es más, cuando alguna prueba se acercaba, ella agregaba un día más de visita.

—Me enteré que saliste con Adrián —me animé a decirle.

—Sí, salimos un miércoles... no me acuerdo, antes de las vacaciones —respondió, sin levantar la mirada, sin dejar de escribir, sin inmutarse en lo más mínimo.

—Qué bien —dije a mi vez, esperando que ella agregara algo más. Su respuesta no era la que esperaba, sino alguna reacción que me permitiera reprocharle el hecho de no haberme contado. No solo eso, sino de haberme mentido.

—Pensé que habías ido a comprar algo con tu mamá. Eso me habías dicho.

—Sí, fui al centro a comprarle un regalo para su cumpleaños. Adrián me llamó cuando estaba saliendo.

—¡Ahhh! —exclamé, pero me quedé mirándola. Al parecer no había mentido, pero no me había contado.

Lourdes habrá sentido cómo la miraba, pero no levantaba la mirada. En cambio, comenzaba a morderse los labios. Como hiciera ella antes conmigo, crucé los brazos, me recliné en el asiento, y esperé a que me mirara. Pero mi amiga era obstinada y no quería dar el brazo a torcer. Se dio por vencida más tarde, sin embargo, cuando ya no aguantó reírse.

—¿Te debo algo que me mirás así? —dijo, aún con la vista en su carpeta.

—Estoy esperando que me expliques.

—¿Explicarte qué? Vos sos el inteligente del grado, ¿yo te tengo que explicar? A ver, pasame la carpeta —dijo estirando el brazo, con la sonrisa estampada en todo el rostro.

—¡Qué graciosa se volvió la señorita!

—¿Qué? Te quiero ayudar.

—Vos sabés de lo que hablo. ¿Por qué no me contaste que habías salido con Adrián?

—Ahh —dijo con un no disimulado desgano —No hay nada para contar. Nos encontramos en la peatonal. Me invitó un helado con el frío que hacía. Después volví a mi casa.

—Mirá vos... ¿y cuándo me ibas a contar?

—¿Para qué? Ya te contaron, ¿no? Seguro habrá sido él mismo.

—Sí, ¿cómo sabés?

—Es un estúpido, a todo el mundo le contó. ¿Y qué te dijo? ¿Por qué te fue a contar a vos?

—Nos contó en el grupo del equipo.

—¿Y qué dijo? No se andará alabando.

—¿Alabando?

—Sí, escuché que anda diciendo que yo gusto de él.

—Ahhh. Bueno, no dijo eso. Dijo que te invitó a salir, nada más. Después no escuché nada de eso que gustás de él.

—¿Seguro? ¿No me mentís?

—No, no soy mentiroso —le retruqué. Ella acusó el reclamo.

—Ay bueno, no te ofendas.

—¿Y a vos te gusta?

—Nada que ver. Es un presumido —escuchar esa respuesta me tranquilizó bastante. Pero aproveché para averiguar algo más.

—¿Y te gusta alguien?

—¿Qué curioso! —respondió ella, y me acordé de la tarjetita de Mariana.

—Bueno, quería saber nada más.

—No me gusta nadie, ¿y a vos?

—Creo que yo ya te respondí esa pregunta.

—Cierto, es que te vi ayer muy a las risitas con Mariana, la “rubia bonita”.

—Otra vez lo mismo...

—Bueno, bueno, tenés razón, perdón, no fue mi intención. Pero te vi.

—Sí, estábamos hablando nada más.

—Ajam —me dijo con el lápiz en la boca. De pronto su sonrisa se había esfumado.

—Te ponés seria cuando hablamos de Mariana, ¿por qué?

A Lourdes se le transformó el rostro. Sabía que se venía un nuevo huracán. Sin embargo, ella dijo:

—Son un tarado, ¿sabés? ¡Qué tonto sos!

La última oración terminó casi inmediatamente que sonó el timbre de casa. Lourdes se levantó.

—Es mi papá —me dijo más seria todavía, mientras guardaba sus útiles. Yo me quedé observándola, un tanto preocupado pero sin saber qué decir —¿Me acompañás?

Caminamos hasta la puerta. La sentía rara, como triste. Cuando llegamos a la puerta, se volteó para saludarme con un beso. Allí vi un brillo distinto en sus ojos.

—Chau —me dijo con una voz un tanto apagada.

Mis ojos se fueron con su figura, mientras ella llegaba al auto de su papá y se subía en él. ¿Qué había pasado? Era evidente que se había molestado. ¡Qué complicada se estaba volviendo Lourdes! Lo peor de todo es que a veces ella se enojaba con cosas que yo hacía o decía, pero ella no me decía cuáles eran esas cosas. O a veces disimulaba bastante bien.

La cuestión es que ella no se había ido bien y eso me dejó preocupado. Esperaría hasta el día siguiente para preguntarle en el colegio.

—No —le dije, sintiendo un calor extraño, incómodo y sofocante en mi rostro. Apenas dos letras de esa palabra pero me salieron entrecortadas, como ahogado. Intenté reírme, pero lo más seguro era que había puesto la cara más ridícula y tonta del mundo.

Lourdes hizo lo que tenía que hacer. Sonrió y se fue. Rápidamente se perdió otra vez entre el bullicio de los que quedábamos. Yo me quedé solo, desconcertado, y con una penosa sensación de arrepentimiento. Pero, ¿qué más podía decirle? Si era la verdad. No me gustaba, en absoluto. No necesitaba convencerme a mí mismo, qué absurdo. Y sin embargo...

Las cargadas de mis compañeros comenzaron después de las vacaciones de invierno. Todos creían que a mí me gustaba Lourdes. De mi parte, no le llevaba el apunte al asunto. De parte de Lourdes, no tanto.

Después de ese miércoles en que se fue de mi casa un tanto triste (al menos eso era lo que había percibido), la encaré en el primer recreo para preguntarle qué le había pasado. Ella me contestó que nada. Viéndola, parecía que no había pasado nada, y le creí. Era la misma, la misma simpatía, la misma chispa tan característica en ella. Le pagué la gaseosa porque ella no había llevado dinero, aunque siempre se lo pagaba a pesar que hiciera alguna que otra escena reclamándome que le recibiera el dinero. Pero esa vez yo la invité. Al día siguiente mis compañeros, que antes se mostraban un poco reservados a la idea de cargarme con alguien, ya no tuvieron reparos en hacerlo.

Cuando estábamos juntos y algún descubiado nos decía algo, Lourdes simplemente reía. Antes le dedicaba un “¡Morite, tarado!” demasiado sutil para ser tenido en cuenta como un insulto.

Otras veces, ella me encaraba pidiéndome que interviniera de alguna manera para que mis compañeros no nos dijeran nada.

—Decile a tus amigos que no me molesten —me reprochaba, pero siempre con una sonrisa, siempre con ese brillo de picardía en sus ojos que yo tan bien conocía, como si en realidad le agradara toda aquella situación.

De todos modos, ella insistía en que no gustaba de nadie. Esa situación y otras cosas más que me pasaban por la mente y los sentimientos, cosas que no podía explicar en ese momento, hicieron que la curiosidad y la intriga se me instalaran, llevándome a hablar con Lola, nuestra amiga en común.

—¿Qué es lo que querés saber vos concretamente? —me interrogó.

—Si gusta de alguien —le dije, pero no sabía si era eso.

—Ya sé, pero, a ver Joaquín, ¿te puedo preguntar algo?

—Sí.

—¿A vos te pasa algo con ella?

—¿A qué te referís? No entiendo. ¿Vos decís si pasa algo... como qué, alguna pelea? ¿Ella te contó algo?

Lola puso aquella cara conocida que no hacía falta de traducción. Entendí que esa cara quería decir: “¡Hombres! ¡No entienden nada!”.

Lo que dijo con su cara no tuvo necesidad de decirlo con la boca. Yo me reí apenas puso esa cara, y ella supo que yo había entendido su mensaje. Entonces fue más directa:

—¿A vos te gusta Lourdes?

Al principio mi idea era dar una respuesta contundente, como siempre lo hacía. Sí o no, simple. Pero me detuve por una fracción de segundos a pensar.

—La verdad no estoy seguro, ¿sabés? No me puse a pensar en eso.

—Ay Joaquín, es que vos pensás demasiado se me hace.

—¿Vos decís? La cosa es que no sé si me gusta porque nadie me gustó antes.

Lola se rió dulcemente, casi como con lástima, para después palmearme.

—Te agarró el bichito del amor, lo siento por vos —y se fue directo al grado, aprovechando que había tocado el timbre.

Faltaban solo cuatro días para que viajáramos a Carlos Paz. Teníamos la cabeza metida en nuestro viaje. Lo habíamos planeado durante dos años aproximadamente. Reuniones de aquí y de allá, comparar ofertas, más reuniones, visitas, charlas, más reuniones. Aunque de la mayoría de las cosas que había que hacer se encargaban los padres, nosotros metíamos las narices cada vez que podíamos. Al fin de cuentas, éramos nosotros los que viajábamos. Nuestros papás nos retrucaban que eran ellos los que pagaban el viaje, y además eran los adultos, y que eran los responsables, y diez mil argumentos nos daban que al final uno sentía como que un pájaro carpintero nos taladrara la sien.

La última semana de clases prácticamente no tuvimos tareas. Las maestras habían planificado todo para que las pruebas se dieran con tiempo, de tal manera que ya teníamos las notas de casi todas las materias de ese segundo trimestre. Ese fue el motivo, en principio, de que Lourdes no fuera ese miércoles a mi casa. El miércoles anterior a la fiesta tampoco había ido, diciéndome que estaba enferma. En realidad, no había ido al colegio tampoco. De todos modos, eso no era lo raro. Lo raro era que yo sentía que estábamos un poco distanciados. No había caído en la cuenta de ello hasta que un día fui a buscarla al grado para preguntarle sobre unos apuntes que habíamos hecho en mi casa. Me costó llegar a ella, muy distraída hablando con Adrián. Me ignoró completamente. Solo se dirigió a mí para responder con un escueto “No sé, no tengo nada”, girando levemente y ofreciéndome una mirada fría, como nunca lo había hecho, para luego seguir su charla. Fue la mirada fría la que me dijo que ella estaba rara, como enojada.

Y fue esa mirada fría la que me hizo desear no haber respondido como lo había hecho en casa de la abuela de Lola.

“Vos pensás demasiado”, me había dicho mi amiga. Lo que había ocurrido ese domingo en la juntada me había dejado pensando, a decir verdad. No sabía si tenía que ir con Lourdes y disculparme. Pero, ¿por qué? ¿Por haber sido sincero? ¿Disculparme porque no gustaba de ella? No podía disculparme por no sentir algo. Y de todos modos, intuía que la había lastimado.

Durante toda la semana previa al viaje ni nos hablamos. Lo más llamativo en mí era que, aunque yo sostenía que no me gustaba, me sentí triste por no estar con ella. Esta vez sabía que mi tristeza se debía a su falta de compañía. ¿Y si ese sentimiento era prueba de que ella me gustaba? ¿Así uno descubría que le gustaba una chica?

En mi casa repasaba una y otra vez la misma escena. Lourdes parada enfrente de mí preguntándome si gustaba de ella. Y yo como un ridículo contestándole, incluso con una sonrisa, que no. Cada vez que ese instante se situaba en mis pensamientos, el arrepentimiento iba aumentando. ¿No podría haberle dicho otra cosa? Sí, ¿pero qué? Quizás, nada. Quizás apartarla un momento y decirle, qué sé yo... “lo charlamos después, ¿quieres?”. Sí, esa hubiera sido una respuesta apropiada. De esa manera habría ganado tiempo al menos, como para saber qué me pasaba con ella.

La cuestión es que después de lo que había pasado, recién en ese instante, me puse a pensar si me pasaba algo con Lourdes.

Porque si le decía “sí”, ¿qué habría pasado? ¿Qué hubiese dicho ella? ¿Por qué me había preguntado eso? Y esa pregunta me llevó a retroceder más en el tiempo y ver cómo habíamos cambiado en nuestra relación de amistad. Cómo los juegos tontos, las corridas escapando de sus manos para evitar las cosquillas y mis burlas se habían ido para dar lugar a charlas, conociendo cada vez más un poco del otro.

Todo aquello lo único que me confirmaba era que el sentimiento que había nacido en mí por ella era distinto, había cambiado. De a poco comenzaba a entender la verdadera razón de mi tristeza cada vez que no la veía, o cuando faltaba algún miércoles. Empezaba a darme cuenta que el sentimiento me llevaba a estar pendiente de ella, de lo que decía o hacía o con quién estaba.

Y allí me di cuenta de que nuestras peleas tenían un motivo que yo no había sabido ver: celos, tanto míos como de ella, pero más de ella, porque quizás ella también sentía lo mismo que yo, pero había podido darse cuenta mucho antes.

Entonces, si había celos, algo pasaba. Algo le pasaba a ella y yo no había sido capaz de verlo. Con razón Lola se enojaba conmigo y me decía “¡Hombres, no entienden nada!”.

Una cosa sí me dejaba tranquilo: saber que Lourdes me gustaba. Bueno, eso de “tranquilo” no era tan así, porque saberlo me llevaba a pensar mucho más en ella. Más todavía, porque mi torpeza me había llevado a lastimarla, y eso me hacía desear acercarme y pedirle perdón, pero ella había puesto una barrera bastante complicada. Esa barrera consistía, ni más ni menos, en haberme dejado de hablar. Ni los mensajes contestaba. Es más, al parecer me había bloqueado porque nunca aparecían las dos tildes, y su foto ya no se me aparecía en el perfil.

Además, a esa barrera ella le había agregado la compañía cada vez más cercana de Adrián. Eso me ponía los pelos de punta. Verlos riéndose tan compinches me provocaba una furia que no disimulaba. Por eso El Flaco pudo decirme lo que me dijo:

—Che Joaquín, lo vas a hacer cagar con la mirada al pobre chango ese.

—Y bueno, si el puto este la dejó en banda a la piba —aportó Maxi. Yo lo sobré luego de haber hecho un trago a mi gaseosa.

—¿Sos puto vos? —me preguntó con sarcasmo Dani.

—Seguro, si la minita se le tiró en las patas y la hizo rebotar como pelota de goma —contestó por mí Maxi, riendo los dos.

—Y bueno... no sabía que eras puto. Tan machito que parecías..., mirá que en el liceo no te van a recibir así-

—Son boludos... los dos, al cuadrado —dije, costándome un poco las palabras. Me quedé pensando un segundo y agregué —Aunque es mejor que diga boludos al cubo, pero yo el más de todos.

Seguimos hablando. No podía dejar de mirar a Lourdes como reía con Adrián, mientras él aprovechaba para sostenerle la mano, o bien agarrarla por la cintura. Ella parecía disfrutar de las anécdotas del otro, ya que se retorció frente a él. Seguramente Adrián gozaba de cada movimiento que ella le dedicaba, tan femenina ella, tan linda, tan con sus ojos verdes, su sonrisa dulce y su voz también dulce. Tan dulce que me dolió en ese instante. Menos mal que sonó el timbre. Era el último de la semana. Al día siguiente, sábado por la noche, nos encontraríamos en la terminal de ómnibus para partir rumbo a Carlos Paz.

El año había llegado a su fin. La primaria había terminado. Cuántas sensaciones, momentos. Reímos, lloramos, nos abrazamos. Particularmente para mí fue más que especial. La mayoría de mis compañeros continuarían en el mismo colegio. Yo ya tenía decidido, desde hacía un tiempo, que mi vocación me llevaba a querer ser un soldado. Un soldado de la patria, como decía cuando tenía solo ocho años.

Había rendido y aprobado. Era uno de los diez mejores que habían pasado los exámenes para ingresar al Liceo Militar. Ya en febrero del año siguiente debía comenzar.

Por un lado me sentía feliz de poder concretar mi sueño. Aunque sabía que el Liceo era duro, creía que esa era la carrera que a mí me apasionaba. Por otro lado, dejar de compartir con mis compañeros de toda la infancia, me provocaba cierta melancolía.

Lo más melancólico del asunto fue, sin dudas, mi relación con Lourdes. O será mejor que diga, mi “no relación” con ella. Desde aquel día en nuestra juntada, todo cambió para nosotros. No sé si ella habrá tenido algo luego con Adrián. No sé si habrá pasado algo en el viaje a Carlos Paz, o después al regresar. Lo cierto es que Lourdes nunca más regresó a casa. No sé cómo habrá hecho para convencer a sus padres de que ya no necesitaba mi ayuda (de todos modos era cierto, hacía un tiempo que ella no precisaba de mi colaboración).

Nos dejamos de encontrar en los recreos, nos veíamos esporádicamente en alguna reunión que hacíamos, o en algunas actividades que se realizaban entre los dos séptimos, pero no nos dirigíamos la palabra.

A ella se la veía feliz siempre, sonriente, alegre, vivaz. Menos conmigo. Me dolía lo que pasaba, pero jamás me animé a hablar con ella. Ni a expresarle lo que creía que había empezado a sentir. Suponía además que era demasiado tarde. Más tarde se hizo cuando caí en la cuenta que las clases habían terminado y que ya no volvería a verla.

En los primeros meses del año siguiente, traté de contactarme con ella pero fue inútil. Lola me dijo que no quería hablar conmigo.

—Mirá, me dijo que está todo bien, que no pasa nada, pero que no quiere ser más tu amiga. Que es mejor así.

—¿Pero no me va a dejar que hable con ella aunque sea?

—Y parece que no Joaquín.

—¿Y si voy a verla?

—Mirá, ella se mudó hace un tiempo. Pero me prohibió que te dijera.

Esa fue una de las últimas charlas que tuve con Lola durante ese año. La última semana de febrero ingresé al Liceo y allí permanecí el primer mes completo. Fue durísimo, pero mientras más trabajo, más esfuerzo, más inconvenientes y privaciones recibía, más seguro me sentía de lo que había elegido.

Viví el primer trimestre más intenso de mi vida hasta ese momento. Los viernes nos largaban a la casa. Algunos que pertenecían a otras provincias se quedaban internados. El domingo a las 8 de la noche ya teníamos que estar presentándonos, así que no me quedaba tiempo para nada.

Con el correr de los meses, mi cabeza se fue para otro lugar: los estudios, mi nueva vida

acuartelada, entrenamiento militar y muchos libros para leer, resumir y estudiar.

Dejé de pensar un poco en el pasado, pero cuando me juntaba a estudiar con mis nuevos compañeros en la sala de estudio, mi mente siempre me traía los miércoles con Lourdes y cómo solíamos pasarla tan bien.

De golpe sentía que había crecido bastante. Aquellos juegos que teníamos con mi antigua amiga (o ex amiga), me parecían tan ridículos, tan inocentes. Pero eran recuerdos que me hacían sentir alegre cuando mi mente los rescataba.

El 25 de mayo tuve mi primer franco. Salimos del Liceo luego del acto, y como era día de semana, lo natural habría sido que volviéramos a nuestro cuartel. Sin embargo, nos dejaron marchar con nuestros padres. Allí pudimos disfrutar de almorzar en un restaurante, cosa que no hacíamos desde hacía bastante tiempo. También se encontraba el resto de la familia, mis hermanos, todos mayores, la mayor ya casada y los otros dos de novio, cada uno con sus vidas, sus proyectos y sus sueños.

Yo me sentía más feliz que nunca. Disfruté ese almuerzo con locro y empanadas, especial en ese día tan frío. Sentía el orgullo de mis hermanos hacia mí por verme con uniforme militar. No pasaba desapercibido a decir verdad. El uniforme era llamativo en el lugar en donde nos encontrábamos.

—¿¡Joaquín, sos vos? —escuché una voz gruesa, como de gallo acogotado, que gritaba desde la otra punta del salón en donde nos hallábamos.

Me di la vuelta y pude ver a Maxi, que ya se había levantado dirigiéndose a mí. Fue una alegría inmensa verlo, más grandote y ya con una pequeña barba.

Lo invité a pasar el resto del día en mi casa. Parecía que hacía años que no lo veía. Hablamos de todo, pero más que nada de mis ex compañeros. Fue inevitable preguntar por Lourdes.

—Ahí anda la flaquita, loca y divertida como siempre —me anotició Maxi —Está echa una luz. Parece que tus clases particulares la convirtieron en nerd —dijo soltando una carcajada.

La charla amena con Maxi se fue perdiendo en mi mente. Casi no lo escuchaba, aunque sus anécdotas siempre me habían parecido interesantes. Sin querer, mi pensamiento se había quedado con una sola palabra, un nombre, un rostro, una mujer: Lourdes.

—Che Joaquín, ¿y si venís el sábado al acto?

Hubiera parecido extraño un acto un día sábado, pero mi ex colegio solía celebrar la fiesta de la familia el sábado siguiente al 25 de mayo. Había un gran acto y luego el tradicional locro, con folclore y esas cosas. Ese día el colegio se llenaba de gente.

La propuesta de Maxi me sacó de mis pensamientos abstractos para dirigirlos a algo más concreto, pero que en definitiva apuntaba a la misma persona.

—Ehh, sí, podría ser. Pero iría después del almuerzo. Vos sabés que los fines de semana me encuentro con la familia. Ellos preparan todo para que podamos compartir, ¿sabés?

—Tranquilo, entiendo. Podés llegarte después del locro, igual vos sabés que termina tarde la joda.

—Dale, meta. Me dieron ganas de ver a los chicos.

La primera que se me lanzó al cuello fue Lola.

—¡Joaquín! ¡Qué lindo estás! —fue lo único que pude entender de todo lo que dijo. Las voces se interponían. Mariana también llegó para apretujarme. Otras más se sumaron y yo quedé en el medio de ellas, medio con vergüenza.

—¡Mirá como te cortaron el pelo!

—¡Ya tenés músculos!

—¡Ay mi soldadito hermoso!

—¿Por qué no viniste con el uniforme?

Eran muchas cosas. Yo simplemente sonreía sin poder decir nada. En eso escucho al loco Dani.

—¡Amigo! ¡Qué ganador que sos! ¡Las seguís teniendo muertas a estas!

Todas dejaron de abrazarme para retar a Dani.

—¡Pero decí algo che! —me increpó Lola.

—¿Me van a dejar hablar por fin? —dije yo.

El grito posterior de Mariana me asustó.

—¡Ay, ya cambiaste la voz! ¡Te amo amigo! —me dijo largándose nuevamente sobre mi cuello.

Todo el alboroto se había suscitado en la entrada del colegio. Le había pedido a Maxi que saliera a recibirme para poder pasar, pero él puso en sobre aviso al resto, y salieron todos a esperarme. Fue fabuloso el recibimiento. No habían ido tantos a la fiesta, aunque de todos modos llegaron como quince a recibirme. Pasé la tarde reencontrándome con mis antiguos profesores, con la seño Milagros, que estaba más linda que antes. Sin embargo, Lourdes no aparecía por ningún lado. No me animé a preguntar nada, sobre todo porque en el grupo también estaba Adrián, y a lo mejor había pasado algo entre ellos. No sabía.

Respondí no sé cuántas preguntas, algunas un poco tontas, pero pasé una tarde genial. Pronto llegó el momento de dar por finalizada la fiesta. El primer año tenía la tarea de recoger las sillas y colocarlas en la entrada del patio de ingreso, para que más tarde pasaran a buscarlas. Cuando terminamos, con Maxi nos quedamos hablando un poco más. Habíamos decidido ir a la casa de Lola, que se había convertido ese año en el lugar de reuniones de todo el curso. Mientras esperábamos al resto que terminara de desocuparse, apareció Lourdes, que venía con un delantal de cocina. Había estado limpiando (era uno de los servicios que se le pedía a los voluntarios) y por eso no la había visto antes. Verla sencillamente me provocó un mareo exquisito, y mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que me quedé sin aliento, dejando de hablar. Mi amigo ya se había dado cuenta que la interrupción de mi charla se debía a ella. Lourdes venía caminando en dirección a nosotros, pero a una distancia considerable. Podía asegurar que ella nos había visto, pero cambió disimuladamente su mirada cuando estuvo cerca. De todos modos, ya cuando pasó por frente de nosotros, volvió sus ojos verdes hacia donde estábamos.

—Chau Maxi.

—Chau Flaquita, ¿no vas a lo de Lola?

Pero Lourdes ya estaba como a diez metros de nosotros. Me quedé mirándola hasta que desapareció por el portón de entrada.

—Quizás no te reconoció amigo —trató de consolarme Maxi. Pero yo sabía, lo mismo que él, que Lourdes sabía perfectamente quien era.

—¿Puede ser que se haya enojado tanto?

—Mirá, nunca te lo dije, pero siendo sinceros, aquella vez la cagaste mal.

—No sabés las veces que quise volver el tiempo a esa tarde...

El frío de la tarde que ya se hacía sentir, el viento que de a poco tomaba protagonismo levantando la basura que había quedado en el patio, el cielo gris y algunas cosas más, provocaron una extraña melancolía. Quizás en mi rostro se notó más que en cualquier otro sitio.

—Bueno campeón, no le llevés el apunte a la flaquita. Algún día se le va a pasar, y sino, mandala a cagar. ¿No viste como las tenés a las minas de aquí? ¿Sabés lo que tengo que hacer yo para que la Mariana me salude con un beso? Y vos venís y te abraza, te besa por todas partes, por poco te da un “jetazo” y encima te dice “¡te amo amigo!”. A mí se me burla por mi voz de gallo, ¿podés creer?

Maxi logró quitarme la tristeza provocándome una risa que me llenó los ojos de lágrimas.

Volví a casa cerca de las nueve la noche. Reencontrarme con mis antiguos compañeros me había traído lindos recuerdos. No hicimos otra cosa que charlar del pasado. Sin embargo, ese recuerdo lastimaba un poco, haciendo que a cada instante sintiera el vacío de su ausencia. Aunque sabía que no estaba y que tampoco iría, igualmente la esperé hasta que me mi papá me fue a buscar.

Esa noche me costó llegar al sueño. Miraba el techo, en donde mi imaginación rememoraba una y otra vez el momento en que Lourdes apareció con su delantal lleno de comida, más linda todavía, a pesar de sus cabellos un tanto revueltos por la tarea, recorriendo el patio. Trataba de retener hasta el cansancio su rostro, aquella mirada esquiva. En un instante sé que se topó con mis ojos. ¡Qué linda era! ¡Y qué tonto había sido aquella vez! No tener una nueva oportunidad era lo que me carcomía la cabeza. Algo tenía que hacer.

Durante el mes de junio nuestro liceo preparaba una batería de actividades que solían ser extremadamente duras, sobre todo para los cadetes que nos iniciábamos. Era como una especie de prueba de resistencia. Durante la primera quincena saldríamos de campamento. En realidad era todo en el predio de no sé cuántas hectáreas que tenía el Ejército. Era una selva, monte, o como se llamara aquello. A mí me fascinaba ese mundo, me hacía revivir películas de guerra que había visto en el cine.

Para encarar todo aquello había que estar mentalmente preparado. Por eso todo comenzaba previo a darnos un receso que duraba menos que las vacaciones de invierno que acostumbrábamos. Para nosotros un día era ya mucho. Así que yo me encontraba “concentrado” en mi casa, en mi habitación, que mi mamá tan bien seguía conservando, aunque a decir verdad, también yo empezaba a entender eso de la limpieza y el orden. De todos modos, mi “concentración” no estaba fija en lo que se vendría dentro de unos días, sino en la pantalla de mi celular. “Hola Lourdes, soy Joaquín Qué tal? Tanto tiempo!!! Cómo estás?” rezaba el mensaje que había sido mandado hacía dos horas aproximadamente, al lado de dos tildes azules. Debajo del mensaje no había nada más. Arriba tampoco. La conversación se iniciaba con mi texto, y aún no llegaba a ser más que un monólogo.

Maxi me había dado el número de Lourdes después que nos despedimos de la juntada en casa de Lola, pero esperé dos días hasta que me animé.

Ahora mis ojos se detienen en esas dos tildes azules y la desilusión me está ganando. ¿Por qué habrá quedado tan enojada? Porque al final de cuentas, podía entender su enojo por la situación que le había hecho pasar, pero había sido hacía tanto tiempo... además no me daba ni siquiera la oportunidad de hablar con ella. ¿Acaso no contaba la amistad que habíamos tenido? ¿Podía ser posible que se sintiera tan humillada por mí? Y de ser así, ¿acaso no iba a darme la posibilidad de pedirle perdón?

Me habré dormido hasta las cinco de la tarde con el teléfono en la mano. Seguramente me despertó la vibración del aparato. Del sobresalto el móvil voló por los aires y por poco se hace trizas en el suelo. Menos mal que no le pasó nada. Corrí a ver quién se había comunicado. Eran los chicos del grupo del liceo, nada interesante. Habían comenzado con una broma y así siguieron durante una hora.

La tarde comenzaba a irse y me agarró hambre y tristeza a la vez. Me levanté y salí para la cocina. Mis padres mateaban y me uní con ellos. Aunque feliz por estar en casa y poder compartir más tiempo con ellos, además de no estar mirando el reloj a cada rato, la melancolía me estaba ganando.

—Joaquín, hoy cenamos en lo de tu hermana Caro, ¿te acordás? — me preguntó mi mamá.

—Sí —le dije. Ella como se quedó un tanto extrañada de mi seca respuesta.

—Digo... no sé, quizás te olvidaste y armaste alguna salida con tus compañeros...

—No no, me acordé que hoy cenamos en lo de Caro. ¿Guada y Mauricio van también?

—No sé. Mauricio creo que lo invitaron a cenar también en lo de la novia. Y Guada anda armando su viaje con las amigas a Europa. Pero creo que va.

—Buenísimo. ¡Qué macana Mauricio!

—Bueno —intervino papá —ya vamos a tener oportunidad de hacer algo con él. Acordate que

este jueves juega el “Santo” por la Copa Argentina. Ya tenemos comprados los pasajes y la entrada.

—¡Sí! ¡No veo la hora!

La charla amena y siempre entretenida de mis viejos, y posteriormente la cena en casa de mi hermana, me quitó de la cabeza el visto que me había clavado mi ex amiga, al menos hasta el día siguiente.

Con el paso de los días y las actividades que siempre tan meticulosamente organizaba toda mi familia, Lourdes pasó a un segundo plano, aunque siempre expectante de mi parte, de vez en cuando volviendo al mensaje. El celular no me mostraba su estado ni su foto ya, indicando que me había bloqueado. No tenía sentido que la llamara, cosa que se me había cruzado por la cabeza hacer. A estas alturas parecía demasiado tarde.

La última semana, a pesar de la tristeza por lo de Lourdes, fue espectacular. Cenas de aquí y de allá, viajar con el viejo y Mauri, volver chochos con el triunfo del “Santo” cantando las canciones en el avión hasta que nos retaron, pero felices igual, habiendo compartido momentos lindos y emocionantes.

Lo último que compartimos ese sábado antes que yo regresara fue el cumple de Mauri, caía justo el día que me iba, pero al menos pudimos festejar con un almuerzo. Sin dudas lo mejor que podía pasarme en la vida era tener la familia que tenía. Me llenaban de alegría, aunque de chico los hubiera tenido a mal traer con mis caprichos de hijo único. Por supuesto, no era hijo único pero parecía. Yo había venido a la familia cuando mis hermanos eran todos grandes. Mauricio, el menor de los otros tres, me llevaba diez años de diferencia, así que no era difícil imaginarme como el rey supremo de toda la casa, siendo consentido por el hermano de turno y en última instancia, por mis papás.

Carolina, mi hermana mayor, era la que había sabido cuidarme durante los primeros meses de mi existencia. A ella le encargaron mi cuidado mientras mis papás tenían que trabajar, y yo me deleitaba, según dicen, viéndola bailar a cada momento. Ahora ella ya tenía su familia propia y aquellos cuidados que me había brindado supieron ser un buen ensayo, ahora que tenía que criar a su propio hijo.

Guadalupe, la segunda, se había recibido conforme al plan que venía organizando desde la secundaria. Era abogada, tenía un buen trabajo y se dedicaba a armar viajes con sus locas amigas del colegio. Mi hermana del medio era como una segunda mamá para mí. Recurría a ella constantemente para cualquier cosa que no podía obtener de mis padres.

Con Mauricio nos llevábamos mejor con el paso del tiempo. Compartíamos el fanatismo por el fútbol y los videojuegos. Solíamos desvelarnos en la consola y me divertía mucho con él.

Como fuera, allí estaba yo, ahora en una familia que se iba agrandando de a poco, a punto de regresar a las trincheras y seguir mi vocación.

Luego del almuerzo y sobremesa, me retiré a mi cuarto a preparar el uniforme, las valijas y el baño. Tenía que esperar a uno de mis compañeros que iba a pasar con su papá y ellos me llevarían al cuartel. Me agarró como cierta melancolía aquella tarde, luego de haber pasado una semana completa nuevamente con mi familia, pero creo que así debía ser, hasta que uno se acostumbrara. Lo bueno es que después vendrían las vacaciones de invierno y podría pasar más tiempo con mi familia.

Ya en el auto, camino al liceo, se me ocurrió ver el celular. La imagen del contacto de Lourdes seguía gris, mostrando una silueta. En todo caso, ¿para qué seguir con una historia que no había empezado nunca y que desde el otro lado no había intención de iniciar? Era un tonto ponerme así por alguien a quien había dejado de importarle en lo más mínimo. Era un tonto si seguía esperando. Pero, tonto o no, Lourdes no se iba de mi cabeza y eso me enojaba una banda, me ponía idiota porque no dejaba de recordar aquella tarde del año pasado, cuando se me acercó a preguntarme esa pregunta tan tonta...

—Joaquín, ¿sabés quién me habló?

—No, ¿quién?

—Luis, el papá de Lourdes, tu compañerita de la primaria, ¿te acordás?

Un bocado de turrón me quedó atorado en la garganta y tuve que recurrir al vaso de agua que tenía enfrente para ayudarme a hacerlo pasar. ¿Habría pasado algo con Lourdes? ¿Acaso le había contado a su papá que yo me quise comunicar con ella? Ahora su papá le había contado al mío. Y quizás le había dicho que ella seguía enojada conmigo. Y fue eso lo que le contó a su papá, y ahora él también estaba enojado... y mi papá ahora lo sabía, y...

—¿Te acordás o no?

—¿Qué? —le dije yo todavía aturdido con mis propios pensamientos.

—De Lourdes, la chiquita que venía a estudiar con vos.

Yo seguía en silencio, lo que motivó a la insistencia de mi papá.

—Bah Joaquín, ¿cómo puede ser que no te acuerdes?

—Sí, sí, claro que me acuerdo... perdoná, no te estaba prestando atención. Luis, el padre de Lourdes, te llamó... ¿y qué es lo que quiere?

—Bueno, parece que tu compañera está volviendo a sacarse malas notas en matemáticas y quiere que la ayudes.

—¿En serio? Pero me habían dicho que venía bastante bien.

—No sé, el año pasado parece que anduvo bien pero este año como que volvió a bajar sus notas.

—¿Y ella qué dice?

—¿Qué dice de qué?

—De venir aquí.

—No sé, no hablé con ella. Supongo que no va a tener problemas.

Había pasado todo un año y medio desde la última vez que había visto o sabido algo de Lourdes. Cuando regresé del primer campamento, durísimo por cierto, borré su contacto gris y me dediqué a pensar en otra cosa. Me pasó volando el primer año en el liceo y en diciembre ya estaba desocupado. Volvimos en marzo a full, todo el trajín, vacaciones de invierno, campamento otra vez, y prepararse para la segunda parte del año. En diciembre me encontré otra vez con una buena libreta y mi pase a tercer año.

Después de regresar de vacaciones con mis papás, pasé todo enero entre salidas y juntadas que organizaban mis compañeros. Las pocas mujeres que había en mi curso se enganchaban en casi todas, pero ninguna me llamaba la atención. Inconscientemente las comparaba con quien yo creía era el prototipo de mujer ideal: Lourdes. La cuestión era que las juntadas, con el correr del tiempo, comenzaban a descontrolarse. Trataban de buscar lugares en donde el alcohol estuviera permitido e invitaban a chicas de otros colegios, amigas de amigas, y así uno llegaba a una fiesta y conocía a la mitad nada más.

A mí todavía no me había agarrado la curiosidad por el alcohol ni por el cigarro, pero otros sí. Las chicas que se invitaban se inclinaban por esas cosas y rara vez uno encontraba a alguien

dispuesta a charlar que no tuviera aquel aliento agrio de la cerveza o el fernet.

Pero como contaba, de a poco la cosa se iba poniendo más grossa. Las juntadas comenzaban más temprano y terminaban más tarde. En mi caso, no siempre obtenía el permiso de mis papás y cuando me ponía cargoso, recibía el sermón de todos. A veces trataba de sacarle permiso cuando alguno de mis hermanos estaba presente y solo así me dejaban. Tenía que armar todo bien para que ellos no pusieran excusa alguna. Entonces, si el problema era llevarme y traerme, aparecía Mauricio o Carolina. Si faltaba plata, Guadalupe sacaba su billetera y asunto arreglado. No funcionaba siempre, pero sí lo suficiente como para tener bastantes permisos.

Mi agenda se completaba con la visita de mis familiares, una que otra vez nos pegábamos una escapada con mis papás a algún lado, aprovechando el verano para estar juntos.

Pero ahora se agregaba este asunto. Otra vez Lourdes en mi casa. Ya cuando había conseguido ocupar mi cabeza en otras cosas, incluso en esas juntadas había estado conociendo a alguien, aparecía ella nuevamente. ¿Qué le había pasado? ¿Se le había pasado el enojo? ¡Qué raro todo!

—Entonces —me interrumpió papá otra vez en mis ideas —¿Qué vas a hacer? Yo le dije que no había problemas, solo tenías que organizarte un poco... pero si vos crees que no vas a tener tiempo.

—No... -dije yo a mi vez, absorbo en la confusión que me traía la noticia.

—Ok, ya hablo con Luis para que vea de buscar a otra persona. La verdad es que no me di cuenta, disculpa hijo, vos tenés poco tiempo los fines de semana y cargarte con esta responsabilidad...

Caí en la cuenta que el “no” que había dicho, fue interpretado de otra forma por mi padre.

—No, no, quiero decir, no tengo problemas, podría venir los sábados temprano, un par de horas, seguro será suficiente.

—Bueno, dale, mejor, no sabía cómo iba a hacer...

Y ahí quedó todo. Se había arreglado que Lourdes empezaría las clases particulares. Durante las primeras semanas, antes de comenzar mis clases, seguramente podríamos agregar un día más, pero todo dependería de Lourdes, su enojo, su vida... había pasado bastante tiempo, al menos para mí.

“-¿Y quién te gusta? ¡Contame!”

Sábado a las seis de la mañana, ya con la luz matutina dejándose entrever, yo estaba despierto. La noche anterior me fue imposible dormir. Seguramente había dado mil vueltas en la cama. Desde aquella conversación con mi papá y a medida que el día del reencuentro se acercaba, mi ansiedad iba en aumento.

Aquella mañana mi mente había traído una de las tantas conversaciones de cuando solíamos estudiar juntos. Repasaba una y otra vez su pregunta, como queriendo reemplazar mi respuesta.

“Vos, me gustás vos. ¿Acaso no te diste cuenta lo bien que me hacés? ¿Acaso crees que soy así con todo el mundo? No, solo con vos. Vos me hacés sentir alegre, contento. Vos aparecés a cada momento en mi mente. Vos...”

¡Cómo me hubiese encantado animarme a responderle así! Pero en esa ocasión quizás ni sabía qué era lo que sentía. Si ella hubiera esperado un poco más, si hubiera esperado a que yo me diera cuenta todo lo que me hacía sentir...

El timbre sonó puntual a las ocho, como habían convenido ambos padres. Había esperado ese instante durante días y ahora que sucedía, el corazón se me quería salir. Ni siquiera había podido desayunar de los nervios. Salté del asiento y fui a recibirla.

—Hola —me dijo apenas abrí la puerta, regalándome aquella sonrisa que tanto había extrañado. ¡Qué cantidad de cosas me pasaban por el cuerpo! Estaba hermosa y volvía a contemplarla, después de tanto tiempo. Sentía que el corazón me golpeaba en la garganta y no había forma de detener la agitación. Los nervios iniciales se dispararon y en ese instante que ya se me había hecho eterno empecé a sentir calor. Ni idea del tiempo que había pasado, pero la voz dulce de Lourdes me trajo al piso otra vez.

—Hola, Lourdes llamando a Joaquín; Joaquín, aterrice, en tierra llueve —de hecho, había comenzado a llover diez minutos antes y ella se había bajado del auto de su papá y no tenía paraguas.

Me reí como un tonto, casi como ahogándome, y la hice pasar.

—Perdón, pasá por favor.

—Qué, ¿ya no te acordás de mí? —volvió a hablarme sonriendo más que nunca. A cada gesto suyo, yo me volvía como un tonto, recordando las veces que ella me decía exactamente eso: “Sos un tonto”.

¿Qué había que hacer ahora? Me sentía totalmente descolocado por la situación, por su actitud tan natural de “aquí no ha pasado nada”.

Los nervios dieron paso a la torpeza porque me llevé puesta una silla del living.

—Ehh, claro, como no me voy a acordar — le dije temblando, sin poder controlar los nervios. Necesitaba irme lejos, al otro lado del planeta, y volver al año siguiente.

Lourdes se sentó sin esperar a que la invitara (de otro modo habría que tenido que quedarse parada hasta que regresara su papá a buscarla) y comenzó a sacar sus útiles.

Tenía que decir algo. Después de todo, no era una persona desconocida. Podía hacer de cuenta, como ella, que no había pasado nada, ni siquiera el tiempo, y reanudar la relación desde el momento en que se había detenido. Pero en mi mente pasaba todo el discurso que me había fabricado durante la madrugada, en donde le pedía perdón por mi actitud. Sin embargo, mirándola y viendo su comportamiento, las palabras que había escogido con sumo cuidado me sonaban absurdas.

—Tanto tiempo, Lourdes, qué lindo verte —pude al fin articular una oración sin titubear, aunque sintiendo mi corazón todavía latiendo fuerte.

Ella dejó de sacar sus útiles y me miró, sonriendo nuevamente.

—Sí, es verdad, mucho tiempo. Gracias por darte un lugar.

“¿Qué pasó aquel día en la fiesta del colegio? ¿Por qué no me saludaste?”

—No es nada.

—Sí es, porque vos tenés poco tiempo y seguro la pasas con tu familia. Así que gracias, en serio.

“¿No estás enojada? Porque, no sé si te acordás, me bloqueaste hace un par de años en el celular”.

—Bueno, por nada.

—Dale, no te quiero hacer perder el tiempo así que yo ya estoy lista —me dijo, y en ese instante noté que su sonrisa era un tanto forzada. ¿Por qué fingiría? Estaba seguro que antes no lo había hecho.

—Ok, empecemos.

La mañana se fue yendo entre teoremas y ejercicios, bastante fáciles. De a ratos me preguntaba cómo era posible que Lourdes no entendiera aquellos temas.

“¿Te acordás la pregunta que me hiciste en lo de la abuela de Lola?”

—Bueno, las reglas de los signos vos ya las sabés, solo hay que tener cuidado cuando pasas los términos. A ver, fijate si podés resolver estos ejercicios.

Le pasé una hoja para que resolviera. En ese instante recordé aquellos miércoles en donde llegada la hora, mi mamá entraba al cuarto con la chocolatada. Allí me di cuenta de que no lo había invitado absolutamente nada.

—Disculpá, no te invité nada. ¿Qué querés tomar?

—Está bien Joaquín, ya desayuné en casa, no te preocupes.

A medida que pasaban los minutos, mis nervios se fueron pero llegó la incomodidad. Lourdes parecía la misma, pero claramente no lo era. Incluso ya no era la misma que me había saludado al principio, aunque yo insistiera que la sonrisa y picardía inicial había sido algo natural en ella.

“Seguís enojada conmigo seguramente. ¿O quizás esperabas que sacara el tema?”. Uff, empezaba a dudar de lo que tenía que decir o hacer a cada instante. Por eso la incomodidad fue en aumento.

—Ok —dije y me quedé mirándola, como hacía antes.

Ella parecía no inmutarse. Seguía concentrada en los ejercicios. “Mirame, mirame, mirame”, decía yo en mi cabeza. Pensar en lo que decía mentalmente me causó gracia, sonriendo con un resoplido.

—¿Qué? ¿Pasa algo? —me dijo Lourdes tratando de ser indiferente.

—Y no sé... decime vos.

—¿Yo? A mí no me pasa nada —respondió con la mirada en los ejercicios.

Lourdes comenzó a enrollarse su mechón de pelo en el dedo, mientras el lápiz caía entre los labios. Allí comprobé que era la misma, que seguía enojada, y que posiblemente estaba esperando a que yo sacara el tema. ¿Qué más daba en todo caso si no era así?

Cuando ella se disponía a escribir en el papel (aunque en realidad hacía unos minutos que solo garabateaba), la frené rodeando su mano con la mía.

—Pará, escuchá, te quiero decir algo, ¿puede ser?

Ella solo asintió con la cabeza, sorprendida seguramente por mi reacción.

—Mirá Lourdes, yo... este... la verdad me quedé despierto toda la noche repasando lo que quería decirte y se me borró todo —le dije apenas sonriendo, muerto de los nervios, temblando la voz otra vez, pero tenía que armar coraje. El silencio que se produjo me jugó una mala pasada.

—Dejá Joaquín, no importa, sigamos estudiando, ¿querés? —me dijo quitando su mano debajo de la mía.

—No, no, dejame que te diga esto, por favor. Mirá, fui un tonto, un tonto muy tonto. Aquel día en la casa de la abuela de Lola...

—Dejá Joaquín, en serio, ya pasó, no importa.

—¿En verdad? Porque desde ese día te alejaste, me dejaste de hablar, cuando quise comunicarme con vos me bloqueaste el celu...

—Está bien, pero me porté como una tarada, no tenía porqué enojarme con vos.

—Sí, vos tuviste razón, yo fui muy tonto, ¿no te digo? Esa tarde tendría que haberte dicho otra cosa.

—No tendría que haberte preguntado nada, fui una chiquilina, nada más quería saber qué decías, que te pongas nervioso, la culpa fue mía.

Esa confesión me confundió un poco y por un instante dudé en continuar. Pero, ¿y si no era cierto? En ese instante me resonó la frase de Lola “Hombres, no entienden nada”. También en ese segundo quise ir a buscar a mi amiga para que me diera un curso intensivo de cómo comprender a las mujeres.

—Como sea, yo no podía saber por qué me preguntabas. Y lo que importa es que vos te enojaste mucho, tanto como para dejarme de hablar hasta el día de hoy.

—Mirá, lo que pasó ya está en el pasado, no veo la razón para que te disculpes, si ya pasó.

—Fuimos muy amigos, ¿te acordás?

—Claro.

—Bueno, esa es la razón por la que te quiero pedir perdón. Lo que pasó esa tarde te enojó mucho. Perdoname.

Lourdes se quedó en silencio, frunciendo sus labios pequeños, mirándome con sus ojos grandes y verdes acuosos. Sus ojos querían decirme algo, más que decirme, intuí que esperaba que yo dijera algo más, o bien alguna pregunta que ella no se animaba a hacer.

Lamentablemente fuimos interrumpidos por el celular de Lourdes que empezó a vibrar.

—Bueno pá, ya salgo. Mi papá ya llegó, ¿nos vemos la próxima semana?

—Sí, a la misma hora —le dije mientras nos levantábamos. Me acerqué para darle un beso y abrirle la puerta. Afuera seguía lloviendo.

—Bueno, chau —me dijo ella. En ese momento le dije lo que ella seguramente estaba esperando.

—¿Sabés? Cada vez que vuelvo a esa tarde, me muero de ganas por cambiar mi respuesta.

“-Bueno, hay varias chicas lindas en el grado.”

“-A ver, decime una.”

Aquel domingo me desperté recordando aquella conversación. ¿Por qué Lourdes, después de preguntarme, no dejó que contestara? Quizás había tenido temor a que yo dijera su nombre... o quizás enterarse que la chica que me gustaba no era ella. Porque las mujeres son rápidas para sacar conclusiones. Ella misma me lo había demostrado cuando había sacado el tema de Mariana.

“-Ay...es rubia... es bonita... ¿te gusta?”

-¿Qué decís? Nada que ver.

-Mmmm, no te gusta pero es bonita.

-Sí, ¿qué tiene que diga que sea linda?”

-Nada, quiere decir que te gusta.”

Sólo recordar ese momento se me revolvió la panza, como si estuviera en un subibaja. Lo que podía deducir de eso era que si yo nombraba una chica, ella iba a entender que esa chica era la que me gustaba. Y si no era ella... entonces no quiso saberlo. Y si no quería saberlo, ¿por qué se despachó con esa pregunta en lo de la abuela de Lola?

De todos modos, ese día en casa Lourdes evitó que yo dijera cualquier cosa. Ni siquiera se me había ocurrido nombrar a alguna, quizás a Lola, también muy linda, pero de quien no sentía nada más que una amistad. A decir verdad, en séptimo grado no me pasaba por la cabeza ninguna chica, aunque sí, Lourdes estaba en mi cabeza, pero yo no lo había podido descubrir a tiempo. El problema fue que mi cabeza dura no se había percatado que mi corazón había reconocido el flechazo. Y el corazón había dado señales claras, seguramente percibidas por mi amiga.

Lo bueno es que la había visto después de tanto tiempo y había podido pedirle perdón, aunque ella no hubiera respondido nada al respecto. No importaba, tarde o temprano podríamos retomar la amistad y quizás luego...

Sentía que tenía muchas cosas guardadas, muchas cosas que quería decirle. El haber podido recuperar ese momento de estudio había sido mucho más de lo que me había imaginado. La podía admirar con mayor detenimiento, fijándome en cosas que antes pasaban desapercibidas. Eso hacía que me detuviera en más detalles, provocando en mí una marea de sensaciones nuevas.

De pronto, muchas de las conversaciones que teníamos con mis compañeros del liceo cobraban sentido para mí.

La Lourdes que yo había dejado de ver hacía tres años no era exactamente la misma, y después de un tiempo pude comprobar que aquella nueva Lourdes resultaba mucho más atractiva y despertaba algo, no sabía cómo definirlo en esos instantes, pero de vez en cuando me ponía un poco colorado al pensar en sus piernas, tan delgadas antes y ahora tan... ¿femeninas?

De a ratos, mientras estudiábamos, se me pasaba por la cabeza aquellos juegos de niños que teníamos en mi cuarto y me preguntaba si aquellos juegos podrían volver a repetirse. A veces sentía muchas ganas de tocarla, rozarle la mano, el brazo, alguna parte libre de ropa, y volvía a ponerme colorado.

Como no dejaba de mirarla, ella levantaba la vista, quizás porque se daba cuenta, quizás porque quería preguntarme algo, e inmediatamente sentía la vergüenza caer en mis mejillas en forma de calor intenso. Me ponía nervioso y rápidamente (no tan rápido porque ella se daba cuenta), dejaba de observarla.

Pero había algo que me impedía dejar de verla. De vez en cuando, y a medida que pasaban los sábados y ella se soltaba un poco en la casa, como antes, se levantaba para ir a la cocina, o al baño, y allí podía mirarla de atrás, apreciando una figura que antes desconocía: la figura de una mujer, ya no de una niña, aunque ella tenía apenas un año más, y yo no me sentía un hombre, lo que se dice un hombre, como mi papá o Mauricio. Tampoco un niño, es cierto, pero “hombre” era mucho.

No así para ella. La palabra “mujer” era la adecuada, según mi apreciación.

Como les decía al principio (no sé por qué me fui de tema), sentía que tenía ganas de decirle muchas cosas que habían quedado en el pasado, pero no me animaba. Cuando estaba con ella, esas cosas me sonaban a muy chiquilinas, como recordar cuando tomábamos la chocolatada en mi cuarto. Y recordando aquello que tenía ganas de decir, se me iba el tiempo admirándola de reojo, tratando de que ella no se diera cuenta de que la veía, escondiéndome de sus ojos, de su mirada.

—Bueno, me cansé Joaquín, ¿te parece si descansamos un poco?

—Dale —le dije. Ella sin esperar respuesta de mi parte llegó hasta el living (el living, el comedor y la cocina eran una sola cosa en realidad) y se tiró en el sillón.

—¿Me servís agua por favor?

Llegué hasta la cocina y le serví un poco. A esa hora de la mañana no había nadie más que nosotros en casa. Mis papás aprovechan los sábados para hacer las compras y se demoraban bastante. La única recomendación que me dejaba, sobre todo mi mamá, era: “Joaquín, ya volvemos, pórtate bien, pórtate bien con tu amiga, ¿ok?”. Eso ya me tenía un tanto cansado. Un

tanto porque no eran claros al decirme qué cosa querían decirme con ese “pórtate bien”, y otra porque presentía que en cualquier momento mi papá iba a pedir que tuviéramos una conversación de “hombre a hombre”. Pensar en eso me fastidiaba.

—Tomá —y me senté con ella. Todas las cosas que se me ocurrían que podía charlar con Lourdes, de pronto quedaban en la garganta pero no salían. Su nueva figura era... no sabía cómo definirlo. Pero creo haber dicho que estaba más linda que antes, y eso me ponía un tanto nervioso, o no sé, algo, algo en ella me hacía estar así, de una manera desconocida. Ya me había dado cuenta, por lo menos, que me gustaba una banda, y tenía ganas de decirle que me gustaba, pero..., el “pórtate bien Joaquín” de mis papás me sonaba a cada rato en la cabeza.

—¿¡Qué hacés!? —le grité a Lourdes, entre asustado y sorprendido por lo que ella acababa de hacer: me había tirado agua en la cara.

Lourdes se retorció de la risa, seguramente por mi cara de atolondrado.

—¡Por bobo! ¡Hace rato que te pregunto una cosa y no me das bolilla! ¿En qué estás pensando?

—¿Me habías hablado? No te escuché.

—¡Qué tonto! Te pregunté a qué hora vuelven tus papás —me dijo, todavía riendo.

—Ehh, no sé —dije sin pensar. Todavía mis ideas estaban en el agua que me había arrojado.

—¿No sabés? ¿Y a dónde fueron?

—¡Bah! Sí, vuelven tipo diez, aunque se iban a demorar más de lo acostumbrado. Fueron al súper, siempre van los sábados a esta hora, aprovechando que yo dormía.

—Ya no dormís por mi culpa.

—Es verdad —y me reí.

—¿Me perdonás?

Escuchar esa pregunta me llevó nuevamente a un viaje por mis pensamientos. Aquella pregunta evocaba a la misma que me hiciera tiempo atrás, cuando había llegado a la casa hecha una furia, tratándome de mentiroso. También me recordaba a mi propio pedido de perdón y me recordó que ella no me había dicho si me perdonaba o no.

Todo eso pensaba, no habrán sido ni dos segundos, pero para ella fue suficiente para zamparme otra vez un vaso con agua.

—¡Nena! ¿Qué te pasa?

Lourdes no dejaba de reír.

—¿A vos qué te pasa? Te quedás como un tonto, mirándome, sin decirme nada.

El agua me había mojado la remera.

—Estoy empapado, me voy a cambiar, esperame.

—Bueno —me dijo con restos de risas. Cuando volví, me sorprendió verla en la cocina, preparando algo.

—¿Qué hacés?

—Tenía ganas de tomar chocolatada, como antes.

—Como antes —repetí sin darme cuenta.

—Sí, como antes, cuando éramos amigos, ¿te acordás?

De pronto me di cuenta que me había robado una de mis tantas preguntas.

—Claro.

—Estás raro, ¿sabés? —me dijo.

—¿Raro? ¿Por qué lo decís?

—Y... no sé, te me quedás mirando todo el tiempo sin abrir la boca. Parece que me querés decir algo pero te quedás así, como un bobo —me decía mientras ponía una cara como de espanto, pero por demás graciosa, con la cara abierta, simulando ser la careta de la película *Scream*.

—No estoy raro. Vos estás distinta.

—¿Sí? ¿Distinta cómo?

—Y... no sé, distinta, en algo, en todo. Como más grande.

—Bueno, más grande que hace tres años estoy. Vos también. Además estás musculoso.

—No me refiero a eso.

—¿Y entonces?

Y entonces... entonces en ese momento sonó el timbre que anunciaba la llegada de su papá. No pudimos tomar la chocolatada. Tampoco pude contestarle su última pregunta. De todos modos, no habría sabido qué contestarle.

—¿Cómo vas con tu amiga Lourdes? ¿Aprende o no?

Aquel día glorioso del primer clásico en primera entre “Santos” y “Decanos” habíamos ido con mi papá y Mauricio a ver el partido en un bar. Volvimos súper felices, gritando enloquecidos, tocando bocina. Habíamos pasado un rato por la plaza, llena de gente, enloquecida como nosotros.

Bajamos la adrenalina en casa de Mauri, y luego, cuando se hizo ya muy tarde, decidimos regresar a casa.

—Bien, sí sabe. En realidad no sé por qué necesitaba ayuda.

—¿Sí? ¿Vos crees que no la necesitaba?

—Para mí no. Pero vi las pruebas... puros unos.

—Ah, mirá vos. ¿Qué raro no? ¿Y le preguntaste qué le pasaba?

En un instante efímero me sobresalté con la pregunta de mi papá. Pero era obvio que él no se refería a mi conflicto personal, sino a sus bajas notas.

—No, la verdad no se me ocurrió.

Nos quedamos en silencio esperando el verde del semáforo. Había algo raro en el ambiente.

—Y contame, ¿qué onda con ella?

¿”Onda”? Cuando mi papá se la hacía de canchero tratando de hablar en código adolescente, era porque se venía alguna pregunta que debía incomodarme.

—¿Qué onda con qué?

—Bah, digo... —se aclaró la garganta —¿cómo se llevan ustedes dos?

—Y bien... ¿Cómo más?

—No sé, como hacía mucho que no se veían... yo decía.

Nuevo silencio. A esa altura, no sabía por dónde podía venir la conversación, pero un cosquilleo en el vientre me indicaba que no era algo bueno lo que se venía. El silencio se interrumpió de pronto.

—Mirá Joaco, yo sé que estás creciendo, seguramente alguna chica te gusta. O quizás varias —el dolor en la panza comenzó con un pequeño tirón, agudo, molesto, incómodo —El asunto es que no hay drama con eso, ¿sabés? Con tu mamá nunca tuvimos drama. Tus hermanos siempre la tuvieron clara... el tema es que si te gusta alguien, bueno, no hay problema, pero quiero que sepas que nada de novia, sos chico... o sea —se aclara otra vez la voz que empieza a temblarle al viejo-, chico para noviar y esas cosas. Noviar, chapar, transar, como le digan ahora. Esas cosas pueden esperar y no te vas a morir porque esperes a besar a alguna chica, ¿entendés?... no quiero que lo veas como que te prohibimos... bueno, en realidad sí, pero es por tu bien aunque quizás no lo entiendas...

Dejé de escuchar lo que me estaba diciendo. Desde el primer momento sabía adonde quería llegar y el viejo me impacientaba porque estaba dando demasiadas vueltas.

—Ok, ok, papá, ya entendí. Supongo que también me vas a decir que nada de sexo, de debutar —se la mandé de una. Yo no tenía problemas en hablar de esos temas. En el liceo nos hablaban de eso los profes, aunque ninguno le llevaba el apunte. Alguien había llevado preservativos y los repartía a escondidas. De todos modos el liceo tenía una educación religiosa y apuntaba a no tener sexo en el noviazgo y algunas cosas más.

—Bueno... sí, es así, creo que la tenés clara con eso, ¿verdad? Me la hacés un poco más fácil. Nuevo silencio. Al parecer todo el sermón había acabado.

—El asunto —dijo otra vez, después de un rato, aniquilando mi ilusión de no seguir con el tema —es que está bueno que lo tengas claro. Quizás sea difícil hacer lo que te pido. A mí me pasó cuando iba a la secundaria —esa parte de la charla me la conocía de memoria, porque antes la había escuchado decírsela a otras personas. A mi papá le pasaba algo raro: con extraños el tema de la sexualidad no era inconveniente, no se ponía nervioso, ni tenía que aclararse la garganta a cada rato, pero con alguno de sus hijos era más complicado. En ese momento mi papá contaba cómo había sido pasar la secundaria sin estar con alguna chica, sintiendo la presión por parte de sus compañeros.

—¿Entendés? —me dijo. Yo asentí, aunque no lo había escuchado en aquella ocasión —por ahí tus compañeros viven de otra forma, o sus papás piensan distinto que nosotros. A vos te tocaron estos padres, con estas ideas, que creemos que son las mejores para vos. No hay que seguir la moda, no porque todos lo hagan vos tenés que hacerlo. A veces es mejor esperar, ¿sabés? Por algo para manejar hay una edad, por darte un ejemplo, aunque si yo te enseño ahora seguro que aprendés. El tema es que conducir un auto implica mucho más que saber manejar o conocer las reglas, ¿entendés? Manejar un auto implica responsabilidad, una responsabilidad que por ahora no tenés, precisamente por tu edad. Algo parecido pasa con esto.

Habíamos agarrado la avenida y ya quedaban unas cuadras para llegar a casa. Después de todo, no había sido tan malo como había creído al principio, cuando comenzó la charla. La cosa es que en mi cabeza pasaba la idea de considerar lo que me había dicho mi papá. Al fin y al cabo, era mi vida, podía decidir si hacer caso o no. Mi vida, mi responsabilidad, y en esas cosas nadie podía meterse. Es más, mis propios viejos siempre me lo decían. Además, el ejemplo que ponía no tenía mucho sentido para mí. Yo sabía que si manejaba un auto a mi edad y chocaba a alguien, por mi edad no podía ni siquiera ir preso, incluso si por desgracia se moría alguien. Pero, ¿por estar de novio quién podía morirse?

Al parecer, la charla había llegado a su fin, aunque de nuevo volví a equivocarme. Pareciera que esto de ser padres hace que se le instale algún chip o sensor para detectar posibles rebeliones. La última parte de la charla con mi papá me quedó grabada junto con el sonido del guiño, mientras esperábamos girar una vez que el semáforo cambiara a verde.

—Igual, vos sabés que siempre sos libre de tomar tus propias decisiones. A mí me tocaba decirte lo que pensamos tu mamá y yo. A vos te toca decidir qué vas a hacer. Tu vida, tu responsabilidad. Nosotros creemos que para que seas feliz, este es el modo. Vos sabrás qué hacer. Pero no te olvides que cada acto conlleva su responsabilidad. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí papá, estamos de acuerdo.

—¡Que sos pelotudo!

Maxi me repetía la frase una y otra vez, moviendo la cabeza de un lado para el otro, riéndose cada vez que terminaba de hablar.

—Bueno, bueno, ya está, me vas a torturar todo el día con eso.

Mi amigo no podía creer que haya sido capaz de pedirle permiso a mi mamá para ir a comer con Lourdes el sábado a la noche. Me decía que era un “pelotudo inocente”.

—Es que de dónde sacás que te van a dar permiso, más con lo que te dijo tu viejo el otro día.

Tenía su lógica, pero la opción que me quedaba era no contarles y eso era peor. Peor porque no me gustaba mentir. Peor porque, aunque pudiera mentir, era recontra seguro que mis papás iban a enterarse. Y eso iba a ser peor que peor. Mis hermanos a cada rato me contaban sus experiencias.

—El papá no sé como hace, ni la mamá tampoco, pero ellos siempre se enteran de todo —me vivía repitiendo Mauricio, con quien más conversaba.

—¿Estás seguro?

—Mirá, yo te aconsejo que nunca les mientas, pero bueno... vos verás.

Tampoco había visto nada malo en salir con Lourdes. Después de la charla que había tenido con mi papá, parece que a los viejos se les activaron no sé qué alarmas y ya no nos dejaban solos.

Por otro lado, a mí se me activaron no sé qué cosas pero Lourdes cada vez me gustaba más. Cada sábado venía más arreglada, más linda que la vez anterior. A los sábados se les habían agregado los clásicos miércoles, y eso también hacía más especial el asunto.

Lo que costaba ahora era poder hablar de otras cosas, porque ya no contaba con mi habitación para el estudio. Mi mamá desde un principio me había impuesto esa condición. Yo me había quejado, en vano, por supuesto.

—No Joaquín, antes era otra cosa. Ahora, si los padres de Lourdes se enteran que ustedes se encierran en tu cuarto, no la dejan venir más. Ustedes ya no tienen diez años.

Igual, no había sido tan grave porque ellos nos dejaban solos y era lo mismo que estar en mi habitación. Hasta el día de “la charla”. La bendita charla. Y ahí se pudrió todo.

Entonces, ya no se podía hablar de cualquier cosa, y mi mamá que iba y venía de la cocina al comedor, del comedor al lavadero, pasaba a cada rato por el living y metía la cuchara en la conversación, o sino la acribillaba a preguntas a Lourdes. De esa forma consumía el tiempo muerto que teníamos a veces para hablar de cualquier cosa. Y en los últimos días las charlas eran como más íntimas, por llamarlas de alguna forma.

—Y entonces, ¿cómo puedo hacer para salir con ella?

—Hacemos una juntada con los del curso y te invitamos. Ahí no vas a tener problemas.

—Pero en la juntada van a estar todos.

—Bueno, pero ahí ya la remas vos. Si ella está enganchada, seguro que no va a tener problemas de quedarse sola.

El asunto de encontrarnos se hacía más fácil. De todos modos, ¿cuál era la idea de

encontrarnos? ¿Por qué había querido invitarla? Para estar solos. Esa era la idea. Por más que en la juntada en algún momento pudiera apartarla, no era lo mismo. Porque tampoco iba a intentar quedarme solo para decirle algo. ¿O sí? ¿Y si aprovechaba ese momento para decirle algo? La verdad es que me moría de ganas de decirle que me gustaba. Era tan linda... Y sin embargo, tampoco dejaba de pensar en la charla con mi papá.

“-¿Es verdad que te gusta Lourdes?”

A estas alturas, la pregunta era un sí rotundo. Pero ya no me hacía la cabeza con lo que había dicho aquella ocasión. Es más, pensando un poco mejor, ¿cómo habría manejado la situación en aquella oportunidad? Si decía que sí, ¿después que tendría que haber hecho?

Ahora nomás, no sabía cómo avanzar en la relación que teníamos. Creía que la amistad se había reanudado, aunque no estaba del todo seguro. Me habían dado ganas de invitarla, pero solo porque me agradaba estar con ella. Aunque no, la verdadera razón era una conversación que habíamos tenido, antes de que la “intervención familiar” llegara a nuestras reuniones de estudio.

—Ah, Joaquín, antes que me olvide, Adrián te manda saludos.

—¿Ah, sí? ¿Adrián? Pensé que ya no iba al colegio.

De hecho Maxi me había contado que se había cambiado el año anterior.

—Claro, ya no va al colegio —me dijo y una leve sonrisa se asomó en su boca.

—¿Y en dónde se vieron?

—En ningún lado, estuvimos chateando y le conté que sos mi profe particular —me dijo ya riéndose.

Yo me quedé serio, pensando en qué tipo de relación tenía ella con Adrián, y me acordé de aquella vez en que habían salido a tomar un helado.

—Ah, mirá vos... —le dije.

—Que mire qué cosa.

—Nada, ¿y qué cuenta Adrián?

—Nada, sigue siendo un tarado presumido.

—¿Y chateas seguido con él?

—A veces. Bah, casi nunca. No es la clase de chico con la que me gusta mensajearme.

—¿Y por qué no lo bloqueaste como a mí?

—¿Vas a volver con eso? — me dijo mordiendo el lápiz. En ese instante quise decirle que me encantaba ese gesto.

—No, no, te daba la idea nada más.

Nos quedamos en silencio. Ella haciéndose la que se concentraba en resolver un ejercicio, mientras que yo me había levantado para servirnos algo para tomar.

—Joaquín vení, por favor —escuché que me llamaba.

—Voy. ¿No entendés algún ejercicio?

—Sí, vení.

Me acerqué a su lado para observar la hoja, pero ella se levantó.

—No, vení al sofá un ratito.

—¿Qué pasó ahora? —le dije, ignorando lo que tramaba.

—Mirá Joaquín, esa vez... es cierto, yo estaba muy enojada con vos, pero después vos te hiciste el tonto y me dejaste de hablar.

—Te dejé de hablar porque vos estabas enojada y yo no sabía por qué.

—Por tarada. Para mí era un juego, yo sabía que era un juego para vos también, pero las chicas se empezaron a burlar de mí y a decir un montón de cosas. Y me la agarré con vos. Fue eso.

De alguna manera le creí en ese instante, aunque no me llegaba a explicar nada.

—Ok, está bien.

—Y después pasó el tiempo, me quedó el enojo. Cuando fuiste al colegio ese día pensé que ibas a acercarte a hablar conmigo, pero no fue así. Así que cuando recibí tu mensaje te bloqueé.

—Como que te re enojaste —le dije y me reí. Ella me devolvió mi gesto con una sonrisa, bajando la vista.

—Sí, en verdad esperaba que me dijeras algo. Esperaba que me buscaras en algún momento durante el último año de la primaria.

Ahí caí en la cuenta que aquel año terminamos muy mal, que una cosa había traído a otra. Habíamos sido tan amigos y la cosa se había arruinado. Podríamos haber compartido más durante el viaje de egresados, pero tampoco pudimos. Incluso podíamos haber bailado juntos en la cena de egresados, pero ya la distancia era muy grande. Nos habíamos perdido bastantes cosas.

—Fui muy estúpido, ¿verdad? Es lógico que hayas actuado así, después de todo.

—Bueno, pero aquí estamos. Ya pasó todo, ya somos amigos otra vez, ¿verdad?

Yo no dejaba de pensar en todo lo que había pasado a partir de un simple hecho, y que no había forma de remediarlo. El tiempo perdido ya no se recuperaba, pero en ese instante deseé por lo menos intentarlo.

A partir de aquella charla, tenía ganas de hacer algo para compensar todo el tiempo perdido. Por eso se me había ocurrido que una salida podría ser una buena idea. Un pancho, un helado, lo que fuera. Era simplemente eso. Pero yo sabía que no era eso solamente. Ella me gustaba, quería que pasara algo más. No podía engañarme. Quizás a mis papás podía versearlos, aunque los había subestimado a ellos también.

De a poco la amistad con Lourdes se fue afianzando, casi hasta llegar al mismo nivel en el que habíamos quedado antes de aquella juntada del día del estudiante. No nos veíamos todos los días, pero sí estábamos conectados todo el tiempo.

Febrero llegó con cierta tristeza. Mis padres habían organizado las vacaciones para ese mes y con Lourdes dejamos de vernos. Por el lado del estudio, ella estaba más que bien, y seguro que se sacaba ese par de materias que tenía encima. Nuestros encuentros durante el mes más corto del año se limitaron al chat del teléfono, pero mediante el aparato yo me animaba a decirles cosas que quizás de frente jamás que me hubiera atrevido.

La frase número uno era “te extraño”, y esa daba pie a mil versiones de lo mismo. “Yo te extraño más”, “te extraño un montón”, “extraño verte sería resolviendo ejercicios”, “extraño como te enroscas el pelo en el dedo”.

—¿Por qué te enroscas el pelo todo el tiempo? —aproveché para preguntarle una vez, tipo dos de la mañana.

—No lo hago todo el tiempo, ¿qué decís?

—Bueno, casi todo el tiempo.

—Mentiroso, solo algunas veces.

Cierto, solo algunas veces, pero eran esas veces en que yo no dejaba de observarla. ¿Sería por eso? ¿Porque yo la miraba?

—Ajá, pero por qué entonces lo hacés.

—Yo que sé —escribió después de un tiempo.

—Tardaste mucho en responder. Pensé que te habías dormido.

—No no, es que estaba pensando en una respuesta.

—¡¡Guau!! ¿Tanto tiempo para un “yo que sé”?

—Tonto.

—Mirá vos, hasta eso extraño. De que me digas tonto, ¿podés creer?

Pasaron unos minutos que se me hicieron eternos hasta que ella volvió a escribir algo.

—Me voy a dormir. Mis papás no quieren que chatee hasta tarde. Se me hace que mi papá se levantó para ir al baño.

—Bueno, que no te reten por mi culpa. Chau.

—Chau.

La cuestión era que la distancia había provocado que la tuviera presente más tiempo en mi cabeza, sin darme cuenta, como siempre me pasaba.

—Che, cómo te tiene tu amiga —me dijo una tarde en la playa Mauricio, que había decidido ir con nosotros a pasar unos días con los viejos, ya próximo a casarse.

—Nada que ver, ¿qué decís?

—Boludo, todo el tiempo hablás de ella. ¿No te das cuenta que te gusta?

—No, es una amiga.

—Que tonto, no tiene nada de malo que te guste. ¿Es la que solía ir a estudiar a casa?

—Sí, es la misma.

—¿Y ya te habló el viejo sobre lo de no tener novia?

—Ya —le contesté, y fue como si le hubiera terminado de contar un chiste —Uh, boludo, ¿de qué te reís?

—Por la cara de culo que pusiste. Pero bueno, a todos nos pasó en algún momento.

—¿Vos qué opinás al respecto? ¿No son exagerados? ¿A vos te hicieron la comparación del auto?

—¿Del auto? No, pero tengo que reconocer que el viejo se luce con las comparaciones. ¿Y qué te dijo del auto?

—Nada, no importa. Pero me da bronca porque algunos amigos del liceo ya andan chapando a lo loco y a mí no me dejan ni salir a tomar un helado, ¿podés creer?

—Claro que te creo —me dijo riéndose otra vez.

—Me tienen como el boludo atómico en el curso.

Mauricio se quedó callado en esa oportunidad. Parecía que no había nada más para decir. La tarde se iba cayendo, la playa seguía con gente pero no mucha, y la brisa que nos pegaba en la cara nos refrescaba más que la piel.

—Mirá Joaco —me dijo mi hermano sin dejar de mirar cómo el sol se iba ocultando en el horizonte, haciendo de esa tarde algo espectacular —yo cuando tenía tu edad pensaba igual que vos, pero ahora no dejo de agradecer los papás que nos tocó. Nos quieren, nos cuidan, se preocupan por nosotros. Y no solo nos dicen cosas. Cuando me hice más grande me di cuenta que ellos te enseñan con lo que son, no con lo que te dicen. Por eso, cuando a mí me tocó el turno de “la charla”, elegí creerles, a pesar del embole que es que todo el mundo haga cosas que vos no podés hacer.

En ese momento me miró de frente y me abrazó. Se me vino la melancolía de cuando estábamos todos en la casa, y cuando él me abrazaba protegiéndome, o mientras jugábamos, cuando me alzaba en “turucuto” y me llevaba de un lado al otro de la casa.

—Tenés que tener paciencia, no te des tanta manija con el asunto, tratá de hacerle caso a los viejos.

—Bueno, si vos lo decís...

A Mauricio le creía a muerte. Era mi hermano. Mi ídolo.

Cuando llegaron las clases, la distancia entre Lourdes y yo se hizo más notoria. Ella había aprobado, como era de suponerse, cayendo en la cuenta que los sábados de clases particulares habían llegado a su fin. No podíamos poner como excusa que ella necesitara clases de apoyo como para no tener que llevarse otra vez materias porque el año recién comenzaba y había que esperar.

Lo más sensato para hacer era precisamente eso: esperar, por lo menos un par de meses, las primeras notas, y recién ver si daba como para que ella regresara a las clases particulares.

—Quizás ya no tengas que volver —le escribí una semana antes que empezáramos las clases.

—Sí, seguro.

—Creo que nunca necesitaste ayuda. ¿Por qué te venías sacando notas tan bajas?

—Ehhhh —me escribió, y quedó ahí.

Yo a mi vez le mandé caritas, como no entendiendo.

—Mmmmm —me escribió luego.

—Te hacés la misteriosa ahora. ¿Qué cosa no me querés contar?

—¿Y cómo podría contarte algo que no quiero?

—Bueno, animate a contarme.

—Cuando nos veamos en todo caso.

—Uh, me dejás con la intriga, ¿por qué no me contás ahora?

—Mejor cuando nos veamos.

—¿Y cuándo va a ser eso? Mirá que mi papá no me deja salir solo.

—¿Qué? ¿Tiene miedo que te pierdas? —me escribió llenando el mensaje de emoticones riéndose.

—Naaa, el otro día le pregunté si podía invitarte a comer pero no me dejó —le respondí sin pensar, sin darme cuenta que nunca le había dicho a ella sobre mi plan para salir.

—¿Y por qué nunca me dijiste que querías invitarme a salir?

Quedé con el corazón en la boca. No era mi intención que se enterara de la salida frustrada. No quería que por el momento ella pensara que me pasaban cosas, sobre todo porque si ella se enteraba, ¿qué iba a hacer con la prohibición de tener novia? Lo mejor había sido dejar todo así.

—Ehhhh —le escribí yo a mi vez.

Ella leyó el texto pero pasó un buen rato hasta que respondió.

—Qué lindo que hayas querido invitarme. Gracias.

—Por nada. Pero al final se pinchó la salida.

—Mi papá tampoco me hubiera dejado salir sola con vos. Y eso que te re quiere.

—Mis papás también te re quieren un montón, pero bueno...

—¿Y adónde me ibas a llevar?

—No sé... ¿te gustan los panchos? A mí me encantan.

—Sí, me gusta.

—Pancho y helado.

—Mmmm, que rico. Qué lindo hubiera sido.

Nos quedamos en silencio. Fue Lourdes la que volvió a escribir.

—Quizás más adelante podemos organizar algo con el curso. Así nos dejan salir a los dos.

—Sería buenísimo —le contesté, recordando que con Maxi ya habíamos hablado del tema — lo malo es que yo quería salir solo con vos.

Tardó un minuto más o menos en responder.

—¿Me querés raptar acaso?

—Ja. No tendría adonde llevarte. Si te traigo a casa mis papás te devuelven enseguida. Y me castigan encima.

—Mmmm, ¿y por qué solos?

No sabía qué contestarle. No quería decirle nada por el Chat, no quedaba, pero me moría por decirle que me gustaba mucho, aún con la prohibición de mis papás sonando en la cabeza.

—Te lo digo cuando nos veamos —le respondí igual que ella.

—Malo, contame.

—Vos tampoco me querés contar.

—Bueno, tenés razón, cuando nos veamos nos contamos, ¿ok?

—Ok.

—Me hubiera encantado estar en tus quince.

—Estuvo relindo. Vos te lo perdiste.

—Sí, me lo perdí. Por tonto.

—Bueno, no es que te esté reclamando...

Sábado después de la primera semana de clases y luego del almuerzo familiar, Lourdes llegó a mi casa de sorpresa. La excusa había sido visitarme para darme las gracias, también a mis viejos, por haber aprobado las materias con excelentes notas.

Había llegado mientras hacíamos la sobremesa, toda la familia reunida, mis hermanos y cuñados, una mesa grande. En la panza de Caro estaba mi segunda sobrina. Guadalupe hacía poco que se había casado también, pero según ella, quería esperar un poco para tener hijos. “Todavía me quedan muchos países por conocer”, era lo que decía. Y Mauricio estaba medio enloquecido con su boda. Bah, su novia mejor dicho, que era la que andaba de aquí para allá. Mauricio era mucha logística pero quien se movía era ella.

En medio de planes, viajes, panzas embarazadas y otras cosas, sonó el timbre de casa. Papá hizo pasar a Lourdes.

—¡Qué bueno hija, me alegro por vos!

—Gracias José, gracias a Joaquín que me ayudó un montón.

Estuvimos un rato en la mesa y después nos fuimos a mi cuarto. Lourdes había llevado el álbum de fotos de su cumpleaños.

—¿Adrián seguía yendo al colegio? —dije apenas lo vi en una foto.

—Fue de colado el descarado. Pero bueno, no importaba. Uno de nuestros compañeros no pudo ir así que los chicos me preguntaron si podía ir él. Por mí no había problemas.

—Yo podría haber ido en su lugar, ¿no?

—Podrías... sí.

Seguimos mirando las fotos en silencio. Por ahí se me escapaba una sonrisa al ver las caras de mis compañeros.

—¿Sabés de qué me acabo de acordar? —me dijo de golpe.

—¿Qué cosa?

—Cuando te agarraba a cosquillas —me dijo y no me dio tiempo de zafarme de sus dedos. Luché con ella un tiempo, sin éxito al principio, pero al final logré escaparme.

—¡Maldita! —le dije, aún con lágrimas en los ojos. Ella súper divertida, no dejaba de reírse. En ese momento quedamos muy cerca el uno del otro, tumbados en la cama, mirándonos como solíamos hacerlo. En ese instante la vi más que linda, y su perfume ya se había instalado en todo mi cuarto.

—Bueno, creo que hay algo pendiente entre nosotros —me dijo desvaneciendo el momento. Al toque se levantó de la cama.

—¿Ajá? ¿Qué cosa?

—Lo que teníamos que contarnos cuando nos viéramos. Vos empezás primero.

—Cierto, me había olvidado de eso.

—No te hagas, me tenés que contar.

—¿Qué era?—le pregunté haciéndome el distraído.

—¿Te hacés el tonto? ¿Por qué querés quedarte solo conmigo?

—Uf, así de golpe como que me da un poco de vergüenza.

—Mmmm, ¿un soldadito cobarde? ¿Cómo vas a hacer cuando tengas que ir a disparar a otros soldados?

—Tonta.

—Vos, tonto. Contame.

—Bueno —le dije. Tomé aire, respiré hondo y empecé —Mirá, no sé desde cuando me pasa esto. Quizás desde la primaria, cuando estudiábamos juntos. Quizás ya en ese tiempo me pasaba todo esto.

Lourdes me miraba atenta a lo que decía, mientras yo temblaba por todos lados.

—El tema es que me quedé pensando en vos todo este tiempo que no nos vimos, después de la primaria. Y no sabía por qué, por qué te tenía todo el tiempo en mi cabeza. Por ratos quería dejar de pensar en vos pero no lo lograba. Eso me molestaba un poco, porque encima no podía decirte nada, no te veía, y cuando me quise acercar a vos, bueno... vos, nada.

—Ya hablamos de eso, ¿te acordás?

—Sí, sí. La cosa es que me puse contento cuando apareciste otra vez. Me alegró mucho. Lo lindo es que estabas distinta, eras otra. La misma, pero otra.

—¿Y cómo es eso? —me preguntó sonriendo.

—Cuando dejé de verte eras la compañerita que estudiaba conmigo todos los miércoles mientras tomábamos la chocolatada. Aunque desde séptimo que ya no te veía solamente como mi compañerita, el día que apareciste en medio de la lluvia vi que te habías convertido en una mujer.

La miré cuando terminé de hablar. Ella se sonrió, la vi cómo se ponía roja como un tomate, bajando la vista, mordiéndose el labio.

—Ajá, dale, seguí. Qué más —me insistió.

—Me gustás. No sé desde cuándo. Quizás desde antes que me preguntaste si yo gustaba de vos. Pero no sé por qué en ese momento respondí otra cosa. No sé si fue porque no sabía qué era eso de gustar, no sé si porque soy un tonto.

—Me parece que lo segundo.

—Puede ser, es lo más seguro. Pero hace rato que te quiero decir esto y no sabía cómo. Y cuando me animé, cuando por fin había armado todo en mi cabeza, mi papá me dice que no tengo permiso para salir con vos, que soy chico y toda esa historia de la edad.

Cuando terminé de hablar, Lourdes miraba el piso, sentada a mi lado en la cama. Estaba seria, como nunca. En ese instante caí en la cuenta de la posibilidad de que a ella no le pasara lo mismo que a mí. Me había apresurado como un imbécil. Pensando mejor las cosas, ¿por qué le había dicho todo eso? ¿Acaso no tenía que haber estado más seguro de lo que sentía ella? Porque ahora no solo había metido la pata sino que además había arruinado la amistad que teníamos.

Ella se levantó de mi lado y fue hacia una pequeña biblioteca que había en la parte de atrás de mi dormitorio. Se puso a mirar unos libros. Yo esperaba que ella dijera algo sobre lo que le acababa de contar, pero ella seguía mirando los libros.

—Soy un boludo, ¿no? Mirá, si no me querés decir nada, está todo bien. Al fin y al cabo yo te hice quedar mal aquella vez...

—Mentí.

—¿Cómo?

—Eso, mentí.

—¿Mentiste? ¿En qué?

—Mentí que necesitaba ayuda en las materias —me dijo dejándome más que sorprendido.

—No entiendo —le dije.

—La verdad, me porté como una chiquilina, pero no sabía cómo hacer para acercarme a vos. En un momento había pensado en quitarte el bloqueo y responderte, pero no sabía qué escribirte. Entonces se me ocurrió que la única manera de acercarme es que volviéramos a las clases de apoyo.

—Pero yo vi tus pruebas, eran todos unos.

—Sí, decidí llevarme un par de materias, las más grosas, para que mis papás tuvieran que buscar un profe particular. Al toque a ellos se les ocurrió buscarte. Lo demás ya lo sabés.

—¿Y por qué? ¿Por qué querías verme? —le dije.

—Porque a mí me pasa lo mismo que a vos. Aunque yo sé desde cuándo. Por eso me dolió mucho lo que me hiciste. No fue tu culpa, vos no sabías lo que yo sentía, pero me dolió.

De repente Lourdes se largó a llorar. Jamás la había visto así, tan angustiada.

—Pero te odié, ¿sabés? Porque si bien no tenías por qué saber lo que me pasaba, después no hiciste nada. Nunca más quisiste saber de mí. Entonces pensé que ya no querías ser mi amigo, que tal vez te habías espantado, que pensabas que era una loquita, una cualquiera, qué sé yo. Y peor me puse. Fue horrible pasar el último trimestre en el colegio. A veces me daban ganas de ir a buscarte al curso y pegarte patadas en los tobillos. Me daba tanta bronca verte como si nada.

Lourdes no dejaba de llorar, de espaldas a mí. Era un llanto contenido, casi silencioso. Y yo me sentía la peor basura del mundo. No me explicaba cómo un hecho tan insignificante en el tiempo hubiera podido generar tanto, tantas cosas malas encima. Me pasó otra vez eso de querer volver el tiempo para que no pasara aquello, pero no lograba más que angustiarme. La veía tan frágil, tan dolida, no sabía qué hacer. Ni siquiera daba como para pedirle perdón.

—Me costó mucho, pero las chicas me ayudaron un montón. Después de todo no era grave. En realidad, lo más grave fue que dejamos de ser amigos.

Claro, eso fue lo más grave y lo más importante.

—Pero cuando me enteré que habías preguntado por mí, y cuando Maxi me dijo que te había dado mi número porque vos se lo habías pedido, me puse contenta, como una tonta. A pesar que habían pasado varios meses, todo lo que había pensado antes como que se fue yendo. Y cuando me mandaste el mensaje, también me puse contenta. Pero seguía enojada.

La escuché cómo se tragaba los mocos y veía como con sus manos intentaba secarse las lágrimas. Me acerqué para darle un pañuelo. En el liceo siempre nos hacen portar un pañuelo en el bolsillo.

—Tomá, usalo —y se lo arrimé todavía ella estando de espaldas. Me lo aceptó y se dio vuelta. Y cuando ella se dio vuelta a mí se me dio vuelta el corazón al ver su rostro apagado por el llanto. Sus ojos verdes brillaban pero de otro modo.

—No puedo volver el tiempo, aunque quisiera, con toda el alma. No sé qué puedo hacer para que me perdones.

—Podés pedírmelo.

Su voz húmeda y congestionada a mí me sonó la más dulce de todas las voces que haya escuchado hasta ese instante. Claro, lo obvio era pedirle perdón, pero a mí me parecía demasiado poco, casi nada.

—Antes, ¿puedo abrazarte? —le pregunté.

—Sí.

Cuando la tuve en mis brazos ella apoyó su rostro en mi pecho. Así estuvimos quizás unos diez segundos. Los diez segundos más lindos de toda mi vida.

—¿Me perdonas?

—Sí —volvió a decirme.

—No me entra en la cabeza por qué no me dejan tener novia.

—Y a los viejos no los vas a entender nunca. Son hinchas pelotas de nacimiento.

—¿Por qué justo a mí me vinieron a tocar estos viejos?

—Todos los viejos son iguales, nada más que somos los hijos los que decidimos si les hacemos caso o no.

—¿Vos qué opinas Dani? ¿Podés dejar de comer un poco?

—Pará loco, que me vine sin almorzar.

—Pero estás comiendo desde que llegaste, hace una hora.

—Mirá, no sé si tus viejos son hinchas pelotas, pero hacen unos sanguchitos de miga de la puta madre.

Nos juntamos en mi casa ese día. Maxi, Dani, mis amigos de la primaria, y los nuevos amigos: Exequiel, el Jota (se llamaba Juan José, pero le decíamos así porque se parecía a Morales, mi ídolo de San Martín. Bah, se parecía antes que le cortaron el pelo), y el Rufio. El Rufio era igual que el de la película que una vez nos hizo ver el profe de lengua antes de hacernos leer Peter Pan. El Rufio se llamaba Gabriel.

—Che, ¿y qué tal es la minita? —preguntó el Rufio.

—Es una bomba —respondió Dani.

—¿Tenés alguna foto? —intervino Exequiel.

—Sí, mira la que tiene en el perfil —le dijo Maxi, acercándole el celular.

—¿A ver?—se acercaron todos.

—¡Chiquita! —dijo el Jota.

—¡Loco, preséntamela!

—¡Qué pelotudos que son! —les dije enojado.

Mis amigos se abalanzaron hasta hacer una montaña encima de mí.

Cuando se me quitaron de encima y nos tranquilizamos un poco, seguimos charlando. Dani, por supuesto, era el único que no hablaba por comer.

—¿Y ya te la volteaste? —preguntó el Rufio, que, según él, ya había estado con no sé cuántas chicas.

—¿No escuchaste que sus viejos no lo dejan tener ni novia? —acotó el Jota.

—¿Sos virgen vos todavía? —dijo Exequiel.

—Y sí...

No podría reproducir el resto de la conversación. Entre risas, burlas, subidas de tonos, insultos, algunas veces gritos, pasó esa tarde. Todos quedamos como amigos, obviamente. Pero el asunto es que al final concluimos que nadie había debutado, aunque unos más que otros, según lo que contaban, ya habían estado en situaciones más o menos prohibidas, según los conceptos de mis viejos. Para nosotros era una aventura, algo desconocido, y si resultaba prohibido, mucho mejor.

De todos modos, tanto mis amigos como yo habíamos escuchado no poco problemas que habían tenido algunos varones con los llamados escraches por las redes. La cosa se complicaba

demasiado y muchos tenían miedo de encarar a una chica en algún boliche, incluso en las juntadas.

Según el Jota, había compañeros del curso que ya habían debutado, pero era improbable, algunas historias resultaban hasta difíciles de creer. Nosotros deducíamos que si tenía novia, entonces podría ser cierto. Y lo concreto es que nadie tenía novia en el curso, o por menos en las fiestas que hacíamos siempre aparecían solos.

Maxi también contaba que en su curso la mayoría no había debutado, pero que andaban detrás de las más lindas. Una de esas más lindas era Lourdes, pero ella no le daba bola a ninguno. Se prendía muy poco a las juntadas entre todos. Lola también era bastante requerida, lo mismo que Mariana. Pero solo de esta última se conocía que alguna vez se había besado con uno de quinto año. De ahí, lo demás eran habladurías.

Por mi parte, no era algo que me preocupara todavía. El debut sexual, al menos en ese instante de mi vida, no era prioridad. Lo que ocupaba mi mente era cómo seguía mi relación con Lourdes. Ya le había confesado lo que me pasaba. Ella me había confesado que le pasaban cosas, pero el tema es que había quedado ahí. No habíamos podido avanzar en nada por lo otro que me había contado ella, que en ese momento era más importante que la declaración.

—¿Sabías que los chicos organizaron una juntada en lo de Lola?

—Claro, con Maxi la organizamos.

—Ah, estabas metido vos también.

—Es que tengo ganas de verte, y no sé qué hacer.

—Vos te mandaste de una con tus papás y ahora te tienen controlado. ¿Qué pensarán de mí?

—¿De vos? Nada, de vos piensan lo mejor.

—Seguro que tienen miedo de que le robe un beso a su “chiquito” —me dijo al tiempo que mandaba “caritas”.

—¡Andá! Nada que ver.

—Pero bueno, entiendo porque mis viejos son peores que los tuyos. Eso me molesta porque yo siempre les hago caso, salvo cuando era chiquita, que dicen que era bien rebelde y por eso quedé en tercero.

—¿Y cómo te portabas?

—Ya ni me acuerdo. Lo único que me acuerdo es que no quería ir a la escuela.

Me quedé pensando un rato, mirando la pantalla del celular.

—Y tus papás, ¿tampoco te dejan tener novio?

—No, hasta los dieciocho.

—Igual que los míos. ¿Se habrán puesto de acuerdo?

—No sé. Igual, yo no sé si quiero estar de novia todavía.

Me dejó helado esa respuesta.

—Pensé que sí... por lo que me habías dicho el otro día.

—Bue... una cosa es que me guste un chico. Otra distinta es querer ponerme de novia. Ni ahí.

—Bueno, tenés razón.

—¿Vos te querés poner de novio conmigo? —me preguntó con un montón de caritas graciosas sacando lengua al final del texto.

—¿Me preguntás en serio?

—Sí.

—Me encantaría, pero la verdad es que no sé de qué se trata el asunto de estar de novios.

Ella me respondió con emoticones riéndose con lágrimas. Casi que me llena la pantalla.

—Además no puedo, mis papás no me dejan.

—¿Y vos le hacés caso en todo a tus papás?

—¿Querés que les mienta? ¿Sabés si me pillan en algo que ellos no quieren...?

—Ya sé, te preguntaba nada más. Igual ya te dije, yo de novia no quiero estar todavía.

—¿Y qué es estar de novios? ¿Sabés algo?

—Claro.

—Ah, sos experta, no sabía. ¿Cuántos novios tuviste ya?

—A ver... contando los del curso... más los del barrio... y algunos que se me cruzan en las vacaciones...

—¡Qué graciosa!

—Y vos qué tonto. ¿No te dije que no quiero ponerme de novia todavía?

—Ya sé, pero como me respondiste “Claro”, digo, ¿cómo puede saber tanto de algo que no conoce?

—Bueno, tampoco es una carrera que tenés que estudiar en la universidad, Joaquín.

—¿Ah no? ¿Y cómo es?

—Es estar con alguien, salir a pasear, contarle tus cosas, abrazarse, tomarse de la mano, decirse cosas lindas... qué sé yo...eso. No hay tanto misterio.

—Suenan un buen plan, parece.

—Lo que no me gusta es que a veces se ponen re pesados.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Tengo una prima que dejó de hacer un montón de cosas por culpa de su novio.

—¿En serio?

—Sí. Antes éramos re unidas, y ella con sus amigas se veían siempre. Ahora si no sale con el tipito no sale, y parece que además es re celoso el cosito, no la deja juntarse ni con las mujeres. Imagínate... un boludo de primera.

—¿Y así pasará siempre? Porque siendo así...

—Mirá, no sé. Pero a mí no me vengas con esas cosas.

—Ni que fueras mi novia —le dije agregándole caritas.

—Bueno... pensé que querías ser mi novio, tarado.

—¡Ja! No te enojas.

—No me enojo... bueno, es tarde, ya me voy a dormir.

—Te re enojaste.

—No, en serio, ya me dio sueño y mañana mi mamá me levanta temprano para ir al campo.

—¿Tenés un campo?

—No, tenemos familia en el campo.

—No conozco el campo. Soy un bicho de ciudad cien por ciento.

—¿De verdad? Nosotros casi siempre vamos.

—En serio, no conozco nada, salvo las granjas que nos sabían llevar en el jardín. Pero ya ni me acuerdo.

—No sabés lo que te perdés. En la casa de mi abuelo hay de todo. No te aburrís nunca.

—Me gustaría conocer.

—¿Querés que le pida a mi papá que los invite un finde?

—¡Sería genial!

—¿Tenés que hacer algo el próximo? Digo, algo del liceo.

—No, recién el próximo mes empezamos con los entrenamientos más duros.

—Entonces le voy a decir a papá que hable con el tuyo, como agradecimiento por ayudarme con las materias.

—¡Bárbaro!

—Bueno, ahora sí me voy a dormir. Te mando un beso.

—Chau, te mando otro.

“-¿Es verdad que te gusta Lourdes?”

¿Si era verdad? Ahora podía afirmarlo hasta al cansancio. ¿Por qué no me habrían hecho esa pregunta ahora? ¿Por qué en ese momento? Tanto tiempo perdido, pero al fin y al cabo, no me arrepentía del tiempo. Quizás sí de lo que ella había pasado después de eso. Ahí sí me arrepentía, y me dolía, sobre todo cuando recordaba cómo había llorado cuando me contó.

Estar alejados durante la semana hacía que estuviéramos conectados mucho tiempo en el chat. Eso provocaba que charláramos todos los días, al menos durante unos minutos. En el liceo no nos dejaban usar el teléfono durante la jornada escolar que empezaba a las seis de la mañana y terminaba a las seis de la tarde. Luego ducha, merienda, estudio, y recién como a las ocho de la noche nos dejaban libre. Aunque eso de “libre” era un decir, porque hasta que te mandaban a dormir tenías que preparar tu propio uniforme, plancharlo, revisar los útiles, y un montón de tareas que te demandaban tiempo.

Nosotros, en ese momento cazábamos nuestros teléfonos para comunicarnos con quién quisiéramos. A esa hora me esperaba Lourdes para charlar con ella. Luego a las diez de la noche todas las luces tenían que estar apagadas. Ser descubierto despierto o con el celular era motivo de castigo, el cual consistía en muchas cosas de acuerdo a lo que habías hecho, pero lo más grave era hacerte quedar el fin de semana en el cuartel. No era solamente que te perdías de salir, sino que te hacían lavar pisos, cavar trincheras, hasta lustrar las botas de todo el mundo.

—¿Ya hablaste con tus viejos para ir al campo?

—Sí, me dijo papá que mañana sin falta lo invita al tuyo. ¿No sabés si ellos tienen planes?

—No sé. A Caro le faltan un par de meses para ser mamá. Y Mauri anda todavía con el tema de su casamiento. Ojalá que Guada no tenga nada.

—Bueno, esperemos a ver qué te dicen.

—¿Vos cómo estás?

—Hoy te extrañé. Nos enseñaron un tema re difícil de matemáticas. Me hubiera gustado tenerte sentado a mi lado así me ayudas. Con vos eran siempre más fáciles los temas más complicados.

—Yo siempre te tengo en la cabeza a la hora de juntarnos a estudiar con mis amigos. Aquí es rutina juntarse para eso.

—¡Qué suerte! A veces me hace falta ver algunos temas con alguien. Ahora nos juntamos seguido con Lola y Mariana. Nos hicimos muy amigas con la “rubia bonita”.

—Mirá vos, ¿y antes? No la podías ver...

—Nada que ver, ¿por qué decís eso?

—Se me hizo... por lo de “rubia bonita”.

—Bueno, así la habías mencionado vos una vez, ¿te acordás?

—Sí, me acuerdo. Me acuerdo también que un día llegaste con los ojos de color rojo, llena de furia.

—¿Qué decís?

—¿No te acordás? Hasta me tiraste con la cartuchera porque vos creías que yo te había mentido.

—Mmmm... no me acuerdo.

—Hacete la tonta.

—En serio, no me acuerdo. ¿Y qué cosa me habías mentido?

—Nada, pero según vos ella gustaba de mí y yo de ella.

—¿No era verdad acaso? Porque ella es muy linda y todos andaban loquitos. Vos seguramente también.

—No es cierto.

—Bue... me seguís negando.

—Claro, porque no es verdad.

—Además siempre me cayó re bien. Es re buena mina.

—Es lo que yo siempre dije. Pero de ahí a que me haya gustado...

—Bueno, no hablemos de eso, ¿puede ser?

—Dale. Para qué vamos a hablar de Mariana si estoy chateando con alguien diez mil veces más linda, ¿verdad?

—Te querés mandar la parte ahora.

—Bueno, avísame cuando sepas lo de la salida del finde. Estoy ansioso. Son las diez y ya sonaron la chicharra. En cualquier momento llega el sargento a apagar la luz.

—Bueno, dale, te aviso bien sepa. Un beso.

—Otro.

El campo del que había hablado Lourdes estaba a unos cincuenta kilómetros de la ciudad. Luego de unos treinta minutos, llegamos a un cruce con un camino de tierra. Los padres de Lourdes iban delante de nosotros para indicarnos el camino. El trayecto durante esa carretera se hizo lento. Yo me sentía en una película. Jamás había conocido un lugar tan lindo como ese. El paisaje nos mostraba cañaverales a ambos lados de la calle. Pero de vez en cuando aparecían algunas casas, y podían observarse otros sembrados, como maíz. También podían verse de lejos algunas huertas.

Anduvimos como diez minutos hasta que llegamos al lugar. La casa era enorme, de estilo colonial, como ya no se veían. Yo solo las había podido apreciar en fotos.

Los abuelos de Lourdes nos recibieron como si fuéramos invitados de honor. Nos hicieron pasar para conocer la casa. Además de los abuelos, estaban los tíos de Lourdes, quienes se apresuraron para pedirnos nuestros bolsos (habían resuelto que pasaríamos la noche en la casa y regresaríamos el domingo), e inmediatamente nos hicieron pasar para ubicarnos en las habitaciones. Habían preparado una para mí y otra para mis papás. Parecía que habíamos ido a un hotel por la forma en que nos recibieron.

El olor del campo era nuevo para mí. Una mezcla rara, pero muy agradable. El olor en la casa también era nuevo, y me sonaba acogedor. Y los abuelos de Lourdes tan simpáticos que parecía que yo era un nieto más.

Habíamos llegado a las ocho de la mañana aproximadamente. La mesa de la cocina estaba lista para el desayuno. No podía acaparar con la vista la cantidad de comida que habían preparado. El aroma a mate cocido era exquisito, tal cual lo preparaban en el liceo.

Después de charlar un poco y las clásicas preguntas sobre cómo me iba en el estudio y todo lo demás, el abuelo Martín (la abuela se llamaba Clara), nos llevó a que lo ayudáramos a traer leche.

Para mí era un mundo nuevo. Lourdes se reía todo el tiempo con mis preguntas bobas. Se rió mucho más cuando intenté sacarle leche yo mismo a la vaca.

—Che Lourdes, enseñale y no te rías —dijo divertido Martín.

—Bueno, a ver chiquito de la ciudad, déjame que te muestre cómo se hace —me dijo sacándome de un empujón del banquito.

Lo hacía tan natural que me dio bronca ver cómo ordeñaba a la vaca tan fácilmente.

—Pero si yo lo hacía igual, no entiendo.

—Parece que no. ¿Ya aprendiste?

—Y no sé qué tengo que aprender.

—Intentalo otra vez.

Por más que insistía, la vaca terca no quería soltar ni una gota. Encima, luego de unos minutos de intentar, empezó a pegarme con su cola.

Lourdes no paraba de reír.

—Mirá, te muestro mejor —me dijo rodeándome con su cuerpo. Pasó sus brazos por atrás y llegó con sus manos hasta las mías.

—Poné blandita la mano. Así, ahora mirá, tenés que hacer este movimiento para que salga la leche, sino la vaca se enoja porque le duele. Así, con cuidado. De arriba hacia abajo. ¿Ves?

—¡Increíble!

—Vos solo ahora —insistió ella, que seguía muy pegada a mi espalda. Se apoyó con su brazo, como recostándose, y su rostro quedó muy cerca de mi nunca. Sentí su respiración en mi oreja, y su aroma me envolvió.

—¡Bien Joaquín! —dijo gritando, aplaudiendo y saltando —¡Te salió al fin! —y no paraba de reírse.

Después de la clase de “cómo sacar leche sin que la vaca te pegue con su cola” (logramos sacar un balde lleno), se la llevamos a Clara, que había prometido dulce de leche casero para la merienda.

La misma Clara nos llevó al chiquero luego, a ver los chanchos. Los abuelos de Lourdes tenían todo lo necesario en su casona para no tener que ir a comprar nada al súper.

—Mirá —me dijo Clara —este que ves ahí lo vamos a hacer asado para esta noche, ¿qué opinas?

—Opino que ya me dio hambre.

A eso de las diez de la mañana fuimos a buscar algunas verduras de la huerta para la sopa del almuerzo. Había de todo. Lourdes siempre a mi lado, enseñándome todos los espacios de la huerta y cómo desenterrar las zanahorias y las papas con una pala pequeña.

—Algunas verduras, como el zapallo, están guardadas en la granja, vamos a cortar un pedazo para llevarle a mi abuela.

Me agarró las manos sucias, igual que las suyas, y nos mandamos a la granja. Había de todo en el lugar.

La mañana se pasó volando sin poder terminar de recorrer todo el lugar. A las doce en punto, como si estuviéramos en el cuartel, la comida ya estaba preparada. Clara había matado unos pollos y los mandó al horno de barro. Con Lourdes habíamos ayudado llevando leña a Martín. El padre de Lourdes había llevado al mío a conocer el criadero de chanchos y los viñedos, juntos con los tíos varones. Los abuelos tenían varios emprendimientos, entre ellos una pequeña bodega con vinos pateros.

Las mujeres, por su parte, se quedaron a ayudar a Clara. Pero al tiempo se sumaron los varones también para preparar el almuerzo. Ellos se ocuparon del horno y luego de adobar los pollos que habían desplumado las mujeres. Mientras se cocinaba la comida, las madres con la abuela y las tías hacían la sopa, una especialidad de Clara, y nosotros con Lourdes preparamos la mesa.

Durante la sobremesa charlamos un poco. Los abuelos, más compinches, de vez en cuando hacían comentarios un tanto desubicados sobre Lourdes y yo que nos hacían poner colorados. Yo miraba de reojo a mi papá. Él se mantenía serio. El único que intervenía cuando los abuelos se mandaban alguna era el papá de Lourdes.

De todos modos ese momento no duró demasiado.

—Papá, ¿le puedo mostrar a Joaquín el trigal y el río?

—Sí, vayan con cuidado nomás.

—¿Es seguro? —preguntó mi papá.

—No pasa nada —le respondió el padre de Lourdes —Además el río en este tiempo lleva muy poca agua ya.

—Bueno, se portan bien, ¿ok?

—¡Sí, por supuesto! —contestó Lourdes —¡Vamos Joaquín!

Caminamos no sé cuánto. El día igualmente se prestaba. Estaba nublado y fresco pero no demasiado.

—¡Qué piolas son tus abuelos!

—¿Viste? Por eso siempre quiero venir.

—Ellos son los padres de quién.

—De mi mamá. Ellos son siete hermanos. Por eso la casona es re grande. Hoy ya no vive ninguno aquí pero siempre vienen los fines de semana. Hoy solo llegaron un par, pero otras veces vienen todos a visitarla.

—¡Qué lindo tener una familia grande! ¿No?

—Sí, es lindo. Aunque ser hija única tiene sus beneficios.

—Puede ser...

—Bueno, mirá, ya estamos llegando —me dijo tomando mi mano. ¡Qué lindo se sentía su mano con la mía!

La vista del trigal era mágica. Nos internamos en el campo que parecía de oro.

—Podría quedarme todo el tiempo aquí.

—Yo también-le dije —Y si es con vos mucho mejor.

Ella me miró sonriendo.

—Es lindo estar de la mano, ¿no?

—Sí, y estar juntos, y conversar... como si estuviéramos de novio.

—Ajá, hasta que llegue tu papá y te repute.

—Sos cero romanticismo vos.

—¡Mirá!-me dijo apuntando el cielo. Un avión pasaba muy cerca. Recién caía en la cuenta que estábamos cerca del aeropuerto.

—Con razón a cada rato escuchaba el sonido de aviones.

—No me digas...

—Bueno, estaba tan entretenido con este lugar que mucho el apunte no le había llevado.

—A veces sos tan despistado...

—¿A veces? Te quedas corta creo.

Seguimos caminando un poco más por el campo. Nos habíamos metido por ahí para llegar más rápido al río. Era el camino más corto.

—No sabés lo lindo que se ve la salida del sol desde aquí.

—Bueno, nos podríamos despertar temprano mañana.

—Tiene que ser muy temprano. ¿Te animás?

—Siempre me levanto temprano.

—Podríamos intentarlo mañana, antes que se levanten todos —me dijo en tono de complicidad. Yo me quedé mirándola, y luego dije:

—Qué loco todo esto, ¿no?

—¿Qué cosa?

—A final, nosotros armando juntadas para poder vernos y estar un rato juntos, y nuestros viejos fueron los que planearon la mejor salida.

—Es verdad... muy loco.

Llegamos al final del campo de trigo y cruzamos unos alambrados. Ya se escuchaba el sonido del agua corriendo. El río no estaba muy lejos.

Cuando llegamos, el paisaje también me deslumbró. Todo era como un sueño, algo nunca visto por mí. Había un claro en la ribera que seguro lo usaban para pasar el día. También un pequeño muelle.

—Ese muelle lo hizo mi abuelo. Está desde que mi mamá era chiquita, según me cuentan.

Como dije, era pequeño, de unos cuantos metros nada más, pero muy acogedor. Tenía construido encima un techo que albergaba a los que iban a pescar. Se notaba que se usaba a menudo para eso, por los anzuelos y tarros colocados en las maderas.

—¿Nos sacamos una foto?-me dijo, y sin esperar respuestas me llevó de un tirón hacia el muelle.

Nos sacamos un montón de fotos re divertidas. Luego nos quedamos a ver el río.

—Me muero de ganas de pedirte que seas mi novia. Creo que funcionaría.

—¿Vos crees?

—Sí, ¿vos no?

—No sé, ya te dije que no está en mis planes.

—¿Y besaste alguna vez?

—No —me respondió frunciendo sus labios pequeños —¿Vos?

—Tampoco. Sería genial darte mi primer beso.

—Ajá, pero para eso tendrías que ser mi novio. ¿Sos capaz de esperar hasta que me decida?

—Sí, soy capaz de esperarte.

Otro silencio. Un silencio acogedor, agradable. Un silencio que me daba el tiempo para pensar en Lourdes, en su sonrisa, en su voz, en sus ojos. Un silencio para mirarla cómo observaba el agua del río.

—Abrazame, ¿querés? —me dijo de pronto.

—Bueno.

—Se siente lindo, ¿sabés? Es complicado esto, ¿no? Si somos chicos para estar de novios, ¿por qué tenemos ganas? Es como que no se entiende mucho.

—No se entiende, pero mi papá me dijo algo que me dejó pensando la otra vez.

—¿Qué cosa?

—Bueno, él me dijo que no tenía edad para manejar un auto. O sea, podía enseñarme, yo podía aprender, podía hacerlo bien, pero por mi edad no iban a darme la licencia, el permiso.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que lo mismo pasa con el noviazgo. Quizás tengamos todo para estar de novios, pero no tenemos el permiso. Además, por la edad no nos dan permiso para conducir porque no podemos hacernos cargo si chocamos a alguien, por ejemplo.

—Bueno, mi mamá me tiene prohibido porque tiene miedo que me quede embarazada, ¿podés creer? Tampoco es para tanto, digo yo. Ella dice que si me pongo de novia a la corta o a la larga voy a tener sexo y ahí se pudre todo.

—¿Será que ella cree que una cosa lleva a la otra?

—Ponele. Sería feo quedarse embarazada tan chica. Pero hasta llegar a ese punto tienen que pasar muchas cosas, mucho tiempo, no sé, se me ocurre.

—No sé, quizás haya que hacerle caso a los viejos. Mauricio, mi hermano, me dijo también que les haga caso. Y él ya pasó por esto.

—Al final, creo que se puede esperar. Además, no sé si quiero perderte como amigo. Me gusta que seamos amigos, ¿sabés?

—A mí también, pero también me gustaría darte un beso. Me muero por eso. No sé si te lo dije.

—¿Sabés una cosa?

—¿Qué?

—A mí también.

Nos quedamos un rato en silencio, abrazados, mirando el río.

—Creo que ya es hora de volver.

—Ok.

—¿Me alzas en la espalda?

—Seguro, no debes pesar más que una pluma.

—Veamos.

Se subió como una experta. La llevé caminando un trecho.

—¿Qué pasa? ¿No te animas a ir corriendo? ¿No era que pesaba menos que una pluma? ¿Adónde quedó el soldadito fortachón?

No dejé que terminara de hablar y me alcé a correr por sobre el trigal. Venía muy bien pero terminé enredándome y caímos.

Quedamos despatarrados, riéndonos como loco, en medio de los trigos. Ella quedó encima de mi pecho en un momento. Nos miramos, agitados, con rastros de risa todavía en el rostro.

—¿Sabés que me acuerdo?

—No —me respondió.

—Cuando me escribiste eso de robar un beso. No estaría mal que le robaras un beso al chiquito de mamá.

—¡Qué tonto! ¡Bah, mejor dicho, qué vivo!

La tenía muy cerca de mi boca. Era levantar un poco mi cabeza y mis labios tocaban los suyos. Sin embargo nos sorprendió el ruido de un avión.

—¡Qué lindo! ¡Mirá! —me dijo tumbándose de espaldas sobre el trigal, quedando al lado de mí.

Nos quedamos observando cómo pasaba el avión muy cerca de nosotros. A pesar de que el momento de querer besarla había pasado, aquel instante me pareció tan genial, tan fabuloso, que no me arrepentí que no se haya dado.

Los dos juntos mirando el cielo, tomados de la mano, fue un momento sublime. ¿Sería más sublime que un beso?

—No puede ser que no hayas visto esta serie Joaquín.

—¿En qué tiempo querés que me enganche con eso?

—Bueno, tenés razón, pero nos tenemos que juntar para verla en algún momento.

—Pero vos ya la viste.

—La vi hace rato y tengo ganas de verla otra vez.

—Bueno, igual vamos a necesitar varios sábados para verla.

—¡Genial! Mañana me llego por tu casa con las chicas, ¿querés? Tienen ganas de verte, en especial Lola.

—Dale, las espero. Traigan facturas. Maxi y Dani van a venir con las gaseosas y los jugos que pidieron.

—Ok. Un beso.

—Dos para vos.

El viernes posterior a la salida del campo, habíamos arreglado juntarnos en mi casa. Mis amigos me hacían el aguante, lo mismo que las amigas de Lourdes a ella. Durante esa semana el teléfono se habría de quedar varias veces sin batería, debido a la actividad y al intercambio de mensajes entre Lourdes y yo, y entre mis amigos, por el grupo.

—Decime que te la chapaste Joaquín —me indagaba Maxi.

—No —le respondí.

—¿Pero no te la llevaste a algún rincón del bosque? —aportaba Dani.

—Era el campo zonzulo.

—Da igual, ¿no había un rincón con poca luz ahí para que te la transes?

—No, no pasó nada, pero la pasé genial.

Así había sido. Ese fin de semana había sido extraordinario. Lo único que por ahí me había hecho ruido en un principio, era una frase de ella en el río: “No quiero perderte como amigo. Me gusta que seamos amigos”. A lo mejor ella no tenía los mismos sentimientos que yo. En mi caso tampoco sabía qué era lo que me pasaba con ella. Pero con Lola, por ejemplo, con quien chateábamos seguido también, no sentía nada parecido a lo que sentía por Lourdes.

Sabía que me gustaba, que sentía atracción por ella. Que me pasaban cosas que no te pasan con cualquiera. Además, para algunas personas, era evidente que todo el tiempo pensaba en ella, que la nombraba más de la cuenta. ¿Le pasaría eso a ella? O simplemente era un cariño de amigos. Sin embargo, al mismo tiempo también recordaba lo que en ese mismo río me había confesado: también tenía las mismas ganas de besarme así como yo a ella. Y todo aquello me terminaba confundiendo.

El domingo aquel en el campo, escuché unos pasos por mi habitación bien de madrugada. Por lo general a las cinco de la mañana ya no podía dormir. Me habría levantado a comer algo de todo lo que seguramente había en la cocina, pero me daba un poco de vergüenza estando en una casa que no era la mía.

La cosa es que a esa hora estaba despierto y pude escuchar cómo Lourdes asomaba su cabeza por la puerta.

—¿Estás despierto? —me dijo susurrando.

—Sí, ¿pasó algo?

—Todavía no. Cámbiate y vení al comedor. Rápido. Traé una campera.

Le hice caso sin chistar, mientras me preguntaba qué estaba tramando. Cuando llegué al comedor ella me estaba esperando con un poco de tortilla casera con mermelada. Estaba vestida con un vestido y una campera liviana.

—Comé algo así no te dé hambre. Acompañame, te quiero mostrar algo.

Salimos en silencio de la casa, en dirección al trigal. Ella llevaba una linterna, porque todavía no había amanecido. El aire fresco y puro nos envolvió exquisitamente, mientras caminábamos de la mano.

—¿Pasó algo Lourdes?

—Esperá a que lleguemos y te cuento.

—A veces sos muy misteriosa.

—Callate.

Seguimos caminando un poco más. El trigal estaba cerca. Cuando llegamos, nos internamos en él.

—¿Adónde vamos exactamente?

—Venimos al trigal, adónde más va a ser.

—¿Y qué venimos a hacer?

—Esperá, no seas preguntón. Tené cuidado en no enredarte así no te caes como ayer.

A medida que avanzábamos, el terreno se iba elevando casi de manera imperceptible. La oscuridad también se iba disipando.

—Listo, llegamos —me dijo al tiempo que se detenía. A unos metros había el único árbol que crecía en medio del trigal, aunque en ese sector no había plantación alguna. Era un terreno elevado, pero desde ahí podían observarse los campos de trigo que invadían el este y el oeste.

—¿Llegamos? ¿Adónde? —pero Lourdes no me contestó. Se limitó a seguir mirando hacia el horizonte. Como no respondía miré para donde ella lo hacía. Ahí comprendí qué hacíamos en ese lugar: el sol estaba a punto de salir.

- Son adictivas estas series. Con razón todo el mundo se copa.
- ¿Viste? Esta me encanta. Es mi preferida.
- Aunque no creo que llegemos a terminar la primera temporada esta noche.
- Seguramente tendremos más findes para terminarla.
- Ojalá.

Eran alrededor de las cinco de la mañana y los únicos que quedábamos despiertos en el sofá éramos Lourdes y yo. Alta juntada la nuestra. Nos habíamos reunido en mi casa por la tarde, a matear un rato con las facturas que habían llevado las chicas.

Nosotros, además de la bebida, nos habíamos encargado de las hamburguesas que Maxi hizo más tarde en la parrilla. Fue lindo poder volver a juntarse después de tanto tiempo que no lo hacíamos.

Después de cenar, jugar un rato a las cartas, ponernos al día, sobre todo con Lola y Mariana, nos ubicamos en el living, juntamos los sillones y empezamos a ver la serie en la tele.

—Quiero estar con vos así siempre —le dije de pronto. Lourdes me miró y me sonrió.

—Portate bien, esto te dijo tu papá.

—Uf, como si no lo tuviera presente. Pero no quiero hacerte nada. Solo estar, así, como estamos ahora.

—Es lindo, ¿no? —me dijo al tiempo que recostaba su cabeza sobre mi hombro.

Nuestros amigos varones seguían en el living, desparramados, uno acostado en el sofá cama, el otro como podía se mantenía sentado en otro sillón. Las chicas hacía un rato nomás habían decidido irse al dormitorio que había sido de mis hermanas.

Y nosotros, entre capítulo y capítulo, charlábamos. Era nuestro pasatiempo favorito cuando estábamos juntos.

—¿Y cómo te está yendo con las materias?

—Re bien. Tus clases me ayudaron muchísimo. Ya sabía, pero con vos mejoré bastante.

—Me alegro.

—¿Sabés que mis abuelos me pidieron que te lleve otra vez?

—¿En serio?

—Sí, quedaron re contentos con vos.

—Yo también, son re piolas.

—Sí, yo los quiero mucho.

—Bueno, seguramente podamos volver otro día. A mis viejos les encantó también.

—¡Genial! Quizás para algún finde largo, ¿qué te parece?

—Dale. Esperemos que los viejos se enganchen. Y que no sospechen nada.

—¿Sospechen?

—Sí. Que no sospechen que cada día te quiero más.

- Con el “forro” solucionas todo.
- Sí, los milicos no te dejan usarlo. Los curas menos. Dicen que no es seguro.
- Bueno, mis viejos también dicen lo mismo.
- ¿Y si se rompe? ¿Y si no te da el tiempo para que te lo pongas?
- Además las minas a veces te insinúan algo pero cuando estás en el momento se echan para “atriqui”.
- Para mí sí es seguro el “forro”. Si sabés ponertelo...
- ¿Y quién sabe ponérselo bien si lo hacés la primera vez?
- Eso, ¿cómo llegás sabiendo la primera vez?
- Qué cagada si la teoría no te la aprendiste.
- Terminás con sida o alguna otra enfermedad fulera.
- Nada eso, imaginate si queda embarazada.
- Algunos debutan con las “chicas malas” como dice mi tío.
- Los de cuarto segunda dicen que fueron en banda a debutar con una de El Bajo.
- Así dicen, que fueron cinco. Pero no todos se animaron.
- ¿Y qué tal? ¿Contaron algo? ¿Cómo les fue?
- Algunos dicen que fue una cagada.
- En el colegio no tienen drama con el tema de los preservativos. Fueron médicos el otro día a dar una charla.
- Sí, es más relajado ahí me parece.
- ¿Y las chicas? ¿Qué onda? ¿Qué dicen ellas?
- Se ríen nada más, cuchichean entre ellas. Se hacen las boludas...

La charla a veces se hacía descontrolada, sin pausa, con muchas dudas en la cabeza, muchas preguntas, pero nada cierto. Pero el tema del sexo se había instalado desde principio de año. Era una cuestión de hormonas seguramente. La cosa se hacía más evidente por el relato de los más grandes. Empezábamos a tener más contacto con los de los otros cursos, compartíamos más momentos, y eso avivaba la charla sobre el sexo.

Por mi parte, me desesperaba estar con Lourdes y no poder hacer más que charlar, aunque me encantaba. No entendía la prohibición absurda de mis papás de no tener novia. ¿Acaso no confiaban en mí? ¿Por qué no se animaban a darme una responsabilidad que podía asumir perfectamente? ¿Qué tan malo podía ser el asunto? ¿Qué había de malo en un beso? ¿En estar con una chica? ¿Qué cosas terribles podían pasar para que llegaran a prohibírmelo?

De todos modos no quería encararlos otra vez con ese tema, porque no dejarían que me juntara con Lourdes. Entonces tenía que hablar con Mauricio.

Habíamos quedado que él me buscaba para que lo ayudara con unas cosas del departamento. Ya en su casa pudimos hablar más tranquilo y que él me respondiera algunas cosas.

- ¿Y ella? ¿Qué pasa con ella?

—Nos gustamos. Una vez lo hablamos y pudimos decirnos algunas cosas... yo le había pedido perdón incluso, y ella me confesó que también gustaba de mí.

—¿Y qué le hiciste a esa chica para que le tuvieras que pedir perdón?

—Nada... bueno, en realidad yo pensaba que nada.

—A ver, contame —me dijo mi hermano.

Habíamos estado en la cocina. Yo lo ayudaba a arreglar una cañería mientras conversábamos. Ahí le conté todo lo que me pasaba con ella. Le conté el fin de semana en el campo y cómo a partir de ahí la cosa se había intensificado. Con mi hermano podía hablar más abiertamente de estos temas. A él también podía cuestionarle eso de no poder tener novia, de que no había nada de malo un beso, o dos, o los que uno quisiera darse. Yo no le veía nada malo.

Pero de pronto Mauricio se incorporó de donde estaba y nos mandamos al comedor. Me hizo sentar y me pidió que le contara ese “nada” que le había hecho a Lourdes.

Le conté todo lo que había pasado. Incluso cómo es que empecé a darme cuenta que me gustaba, luego de lo que había pasado en aquella juntada del día del estudiante. También le conté cómo nos habíamos distanciado, cómo me bloqueó en el celular. Y después lo que ella me dijo, cuando me contó llorando todo lo que había pasado.

Mauricio me escuchó atentamente, sin decir nada, sin emitir opiniones. Solo cuando terminé de hablar, él me preguntó:

—¿Y vos no sabías por todo lo que había pasado ella?

—¿Cómo iba a saber? Si yo me hubiera imaginado que por esa respuesta que le di se iba a armar semejante bola de nieve, me hubiera mordido la lengua. Hoy me arrepiento de no haber dicho otra cosa.

—Bueno Joaco, mirá... vos decís que un beso no tiene nada de malo. Y es cierto. No tiene nada de malo. Lo malo no es el beso sino cuando lo damos, con quien, en dónde... y ahí la cosa se complica un poco más.

—Bueno, Lourdes es una buena chica. Además piensa como yo sobre el tema del sexo...

—¿Sí? ¿Y qué pensás vos acerca del sexo?

En realidad, no eran mis pensamientos, sino las órdenes que recibíamos de los viejos. A eso me había querido referir.

—Bueno, no es que yo piense, es lo que dicen los viejos.

—Ya sé lo que piensan los viejos. Decime qué pensás vos. ¿Qué pensás sobre la castidad? ¿De llegar virgen al matrimonio?

Me descolocó la pregunta. La verdad, no me había puesto pensar en el asunto.

—La verdad, creo que hoy en día es imposible pretender que alguien puede llegar así al matrimonio. Aparte no tiene mucho sentido, no sé, creo que no es necesario. Si las cosas se dan... tampoco vas a hacerlo con cualquiera. Eso lo tengo claro... si tuviera que debutar sería con alguien a quien yo quisiera... no sé... tendría que ser especial...

—¿Y por qué tendría que ser especial? —me preguntó, dejándome confundido nuevamente.

—Bueno... no sé, ¿qué me querés decir?

—Eso, te pregunto por qué crees que tendría que ser especial.

—No sé... me imagino que ese momento es algo único, importante... ¿o no?

—Seguro. Ahora decime. Si es algo único, importante, especial. ¿Quién se te ocurre que puede ser la persona que viva con vos un momento así? ¿Podría ser tu amiga Lourdes?

—Podría ser...

—¿Y qué tiene ella para que vos la elijas como la mujer con la que tengas tu primera vez?

Pfff, me quedé pensando en la pregunta que me hacía mi hermano. Me lo decía como si ese momento fuera el más importante de mi vida. ¿Era para tanto?

Y luego me quedé pensando unos segundos en mi respuesta. Tampoco me había puesto a pensar en eso. Pero bueno, dadas las circunstancias, y viendo que Mauricio me hacía estas preguntas un tanto complicadas, me tomé el tiempo para reflexionar. ¿Qué tenía ella?

—Bueno, creo que tiene todo lo que a mi me gusta, no sé... te podría hablar de ella todo el día.

—Ya... doy fe. No parás de hablar de ella —me dijo riéndose.

—Bueno... eso responde tu pregunta.

—Sí. Ahora, dejame que te haga otra pregunta. ¿Vos crees que con todo lo que te queda por recorrer en la vida no te vas a cruzar con alguien que sea mejor que Lourdes? Bah, no digo que ella no sea excelente. Si vos la elegiste debe ser por algo. Pero quizás tengas la oportunidad de encontrarte con alguien más especial que ella.

—¿Vos decís?

—Claro. Ahora uno lo ve y cree que el mundo es ella y vos. Y ahí se termina. Pero cuando seas grande te vas a dar cuenta que no es así.

—No sé...

—Incluso quizás ella sea la mujer más especial que conozcas, pero no lo sabés todavía. Te falta mucha sopa en el camino de la vida. Y como vos decís, “ese” momento es especial, es único, es importante.

—Bueno, puede que tengas razón... puede ser que me equivoque... pero en todo caso no será tan grave. ¿O sí? Si yo debuto con ella, si ella también lo quiere, aunque no sé si ella también quiere. Pero, si pasara, y con el tiempo nos dejamos de querer... ¿qué habrá sido lo malo?

—Malo, como malo... bueno... recién vos me contabas lo que pasó con Lourdes aquella vez.

—Sí.

—¿Pensaste que haberle dicho que no te gustaba esa vez era tan grave? —me preguntó.

Ahí me di cuenta de lo que me estaba tratando de decir todo ese tiempo. Porque con tantas preguntas se me había hecho un lío en la cabeza el tema. De a ratos presentía como que nos íbamos por las ramas, como que hablar de varios temas juntos no tenía sentido, no había conexión entre una cosa y otra.

—Entiendo —le dije —pero explicámelo vos.

Mauricio se rió antes de hablar.

—Bueno, creo que no hace falta. Se me hace que comprendiste adónde quiero llegar. Pero tu amiga te lo dejó bien claro aquella vez. Algo tan insignificante para vos desató algo que le causó mucho dolor a ella, a quien vos más querés en este momento. Y te querés matar cuando te acordás, ¿o no?

—Trato de no acordarme.

—Bueno, es así. Porque te das cuenta que a vos también te duele. Te duele por ella, porque le hiciste daño. Esa vez quizás eras inconsciente de lo hacías, no te dabas cuenta, y que fue sin malicia.

—Es que así fue.

—Seguro, y ella también debe pensar igual. Tampoco ella se imaginaba todo lo que iba a pasarle, cómo iba a sentirse. Pero pasó, pasó por algo que en realidad, “aparentemente” no tenía

conexión. Pero ya ves que una cosa lleva a la otra. Como el efecto mariposa.

—¿Efecto mariposa?

—Sí, ¿nunca escuchaste hablar de eso?

—No.

—Dicen que si una mariposa empieza a aletear puede provocar un huracán en otra parte del mundo.

—¡Qué loco! ¿Cómo puede ser?

—En realidad es una metáfora. Hay una película sobre eso. Te la recomiendo. El asunto es que la metáfora te explica que toda acción tiene su reacción en otro lado, y que tu acción desencadena otros sucesos, y así de manera indefinida.

—Como lo que dice el papá: “Todo acto conlleva una responsabilidad”.

—Algo así, aunque el papá con eso te quiere enseñar que hay que hacerse cargo de las cosas que uno hace. Y que a veces, por más que lo queramos, no podemos hacernos cargo de lo que hacemos.

—Como conducir un auto sin tener la licencia.

—Exacto.

En ese instante le sonó el teléfono a mi hermano. Era su novia avisándole que llevaba la cena.

—Dale, Joaquín está conmigo —escuché que le decía —¿Te quedás a cenar verdad? —me preguntó después.

—Si no molesto... —le dije, a lo que él contestó con un chirlo en la nuca.

—Traé para tres... sí, para Joaco con mayonesa nada más —y cortó.

Bajamos a comprar una gaseosa y un agua mineral. Cuando volvimos seguimos charlando.

—Está bien —le dije yo —pero decime... aun así no lo veo tan malo. Porque en todo caso lo que hagamos será algo que hayamos elegido los dos. No como la otra vez...

—Sí, puede ser que tengas razón. Mirá, los viejos tienen un estilo de vida que vos ya conocés y ellos están convencidos de que es el mejor. Así nos lo enseñaron a todos. Pero ellos jamás nos ataron para que le hiciéramos caso. Cada uno puede hacer con su vida lo que quiera.

—¿Y entonces?

—Y entonces queda en vos, en lo que decidas. A mí también me costó.

Esa confesión por parte de Mauricio me dio pie para preguntarle algo que tenía guardado desde que habíamos comenzado la charla.

—Mauri... y vos... ¿sos virgen?

Mauricio se rió mucho antes de contestarme.

—Pensé que no te ibas a animar nunca. Sí campeón, todavía no me llegó el debut.

—¿Y tu novia?

—Eso le vas a tener que preguntar a ella.

—Ni loco —le dije, riéndonos los dos esta vez.

—Mirá, hoy en día, y creo que desde hace mucho tiempo, la virginidad es algo que está subvalorado. Pero es algo bueno. No creas que no me cuesta. Es complicado, pero no es algo que

tengas que llevar solo. Podríamos hablar mucho de esto, pero no creo que sea necesario ahora. Lo que sí puedo decirte es que vale la pena esperar.

—Aunque no sea tan malo no esperar...

—Aunque no sea tan malo... el asunto es que si esperás podés ganar más cosas.

“Ganar mas cosas”... qué loco. Es como retroceder para tomar impulso. Perder un poco para ganar algo más valioso. Me detuve unos segundos con esa frase en mi cabeza. Intuí que la charla había llegado a su fin.

—Gracias... —le dije abrazándolo —te quiero.

—Yo te amo.

La charla con Mauricio me había aclarado algunas ideas y otras me las había dado vueltas. Además, había agregado otras preguntas, pero de momento podía lidiar con ellas. De todos modos, me sentía más tranquilo. La idea del noviazgo de a ratos me había puesto un tanto perturbado. Por instantes en el curso uno se sentía presionado a contar si ya habías debutado el fin de semana anterior, si habías chapado a alguna, si te habías puesto de novio... en fin, todo eso era algo que de a poco dejaba de ser atractivo, si alguna vez había tenido alguna atracción.

En la mayoría de los casos, cuando nos juntábamos en el pabellón, deducíamos que las historias que contaban eran puras mentiras, o por lo menos exageradas. Pero desde el principio me sentía incómodo porque sabía que en algún instante llegarían hasta mí y me preguntarían: “¿Y vos? ¿Ya chapaste alguna?”. Y mi respuesta era siempre la misma. Entonces, cuando la ronda terminaba, los que quedaban hablando eran los que sí habían tenido algo para contar. Y luego las burlas, los apodos. Yo me la bancaba, pero dejaba de ser gracioso en cierto punto. Entonces no veía la hora que llegara el toque de queda que nos mandaba a dormir. Por suerte, eso solo pasaba los lunes.

Por otro lado, mi relación con Lourdes era cada vez más linda. Nos extrañábamos más, nos decíamos cosas más personales por el chat. Y los fines de semana casi siempre organizábamos algo en la casa de algunos para que pudiéramos estar juntos, vernos, charlar.

—No sé si me estoy enamorando. Pero no dejo de pensar en vos. Es como si estuviera hechizado.

—No pensarás que soy una bruja...

—Una bruja hermosa en todo caso.

—Yo tampoco sé si estoy enamorada. Pero sí tengo resuelto que el día que quiera estar de novia va a ser con vos.

—Espero que ese día nos dejen a ambos.

—Bueno, yo te llevo un año. A mí me van a dar permiso antes que a vos —me dijo con caritas sonrientes.

—¿Qué pícara! ¿Y si se te cruza alguien y te enamoras de él?

—Perdiste —me contestó volviendo con sus caritas.

—¿No me esperarías?

—Siempre. No tendría problemas en esperarte.

—Me quedo más tranquilo entonces.

—¿Nos juntamos en tu casa el finde?

—Sí, y hablando de eso... me gustaría que veamos una película.

—¿Cómo se llama?

—Algo de una mariposa... no me acuerdo.

—No ayuda ese dato.

—Bueno, ¿cuántas películas puede haber que tengan esa palabra?

—Acabo de buscar y hay varias: “La mariposa”, “La mariposa verde”, “La mariposa negra”,

“La mariposa azul”... ¿sigo?

—¿Por cada color hay una película?

—Parece...aquí hay otra: “El efecto mariposa”.

—¡Esa! ¡Es esa!

—Bueno, la veamos. No la conozco. ¿De dónde la sacaste?

—Mauricio me la recomendó. ¿Estará en Internet?

—Yo la busco. No te preocupes. Sábado de juntada con peli y pochoclos.

—Yo me encargo de los pochoclos y de avisarle a los chicos.

—Yo a las chicas.

—Dale. Un beso.

—¿Solo uno?

—¿Cuántos querés?

—Muchos. Quiero muchos. Pero borrará estos mensajes porque tu mamá me mata si te los ve.

—Vos también borrará el que sigue.

—A ver...

—Cada día me enamoro más de vos.

—Es espectacular.

Solo eso había alcanzado a decir, para después contemplar el comienzo del amanecer. El cielo parecía pintado. Los tonos naranjas se confundían con el campo que se perdía en el horizonte.

—En unos minutos empieza a salir el sol —me aclaró ella.

Para mí era como estar en una película. ¡Qué bello paisaje! Tan bello como imposible de describir. Algunas aves revoloteaban entre nosotros, haciendo el momento más mágico de lo esperado. De pronto sentí cómo la mano de ella se entrelazaba con mis dedos. Sin dejar de mirar el horizonte, aferré con suavidad sus dedos finos y fríos. Mi corazón empezó a latir intensamente y las ganas de mirarla fueron más fuertes.

—Al horizonte. Ahí está el espectáculo —dijo ella percibiendo mi mirada en su rostro. Yo volví mi mirada hacia la inminente salida del sol.

—No sabría decidir qué es más hermoso, si el amanecer o tu rostro.

—Shhh.

Le hice caso y nos quedamos callados. Ella se envolvió con mi brazo en el preciso instante en que el sol empezaba a asomarse. El aire frío también nos envolvió, pero a mí me trajo aquel aroma tan exquisito de Lourdes. Toda ella se apoderó de mí.

La tarde había transcurrido tan linda...

Antes de comenzar con el campamento anual en el liceo, debía realizar varias compras. Mi mamá finalmente había aflojado y me dejó salir con Lourdes. Durante la semana le había pedido que me acompañara. Ella aceptó enseguida y también, extrañamente, sus padres la dejaron salir conmigo. Quizás porque no era técnicamente una cita, sino una salida para ayudar. Y en eso los padres de ella se sentían siempre en deuda conmigo.

Disfrutamos aquella tarde como nunca. Recorrimos el centro primero buscando las cosas. Lourdes me paseó por varias casas para comparar precios, marcas, y un sin fin de cuestiones, pero terminamos comprando la mayoría de las cosas en el primer lugar que habíamos ingresado.

Yo no me quejaba. El “tour de compras” invitaba a la charla, a la risa, a la alegría. Me moría por besarla, abrazarla. La veía tan feliz conmigo. Yo era tan feliz con ella.

A eso de las seis de la tarde compramos unos helados y nos fuimos al parque. Allí encontramos un banco desocupado, en medio de los juegos de los más chiquitos. Nos quedamos observando cómo un grupo de niños hacía fila para subir al tobogán. El aire cada vez se hacía más fresco.

—¡Qué lindo es estar con vos! —le dije.

Ella apenas sonrió y se quedó mirando a los niños, pero parecía que tenía la mirada un tanto perdida. La noté como cansada. En realidad, una vez que terminamos de hacer las compras, la vi un tanto agotada. Suponía que había sido el cansancio de la tarde, pero en realidad lo que me había llamado la atención había sido su silencio repentino.

—A mi me encanta estar con vos. Siempre, ¿sabés?

—¿Siempre?

—Sí, desde que nos conocimos, cuando entré al colegio y me mandaron a sentarme con vos, ¿te acordás?

—Claro, imposible olvidar a la chica nueva. Habías llegado el segundo día de clases. Te presentaron delante de todos. Y ese día el asiento de al lado estaba desocupado.

Lourdes calló un instante.

—Me venía acordando en el colectivo cuando venía al centro.

—¿Y por qué te acordaste de eso?

—¿Te acordás cómo me costaba aprender las operaciones combinadas? — me dijo sin prestar atención a mi pregunta.

—A veces se te escapaba una puteada.

—Es que no entendía, no entendía nada.

—Pero después saliste a flote. Te costó pero aprendiste.

—Porque vos me ayudaste... ¿te acordás aquella vez que expusimos en la feria de ciencias? Yo era más alta que vos todavía.

—¡Ja! Sí me acuerdo, era sobre la vinchuca.

—¡Sí! ¡Cierto! ¡Era ese tema! ¿Cómo podés acordarte?

—¿Te acordás que esa semana nos reunimos todos los días en mi casa con Lola y Maxi? Me acuerdo porque fue una de las mejores semanas. A partir de la feria de ciencias vos empezaste a ir todos los miércoles para que estudiemos juntos.

—Me acuerdo... me acuerdo de la chocolatada de tu mamá, siempre a horario.

—Cómo olvidarse de algo tan rico...

De pronto a Lourdes se le llenaron los ojos de acuosidad. De pronto su cara tan blanca se empezó a mojar con sus lágrimas. De pronto mi corazón empezó a presentir algo, aunque no sabía qué.

—Me voy Joaquín —me dijo de golpe, con la voz entrecortada, llena de angustia. Una voz resfriada suave y delicada, pero dolorida.

—¿Te vas? ¿Cómo que te vas?

—Hace una semana que sé que me voy y que me siento como muerta.

—Pero no entiendo... ¿por qué te vas? ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo?

—Quizás me voy para siempre. Quizás por un año, no sé.

—¿Por qué te vas? —le pregunté aturdido y sin entender absolutamente nada, solo sintiendo cómo el corazón me salía por la boca.

—A mi papá le salió un trabajo re goso en Estados Unidos. Es un trabajo por el que estuvo luchándola hace tiempo. No puede rechazarlo. No tiene por qué, es lo que había estado buscando.

—No puede ser... —atiné a decir, sin creer lo que estaba escuchando.

—Sí. Desde el año pasado que anda con eso. Yo sinceramente me había olvidado. No le había dado importancia. Hace un año me daba igual quedarme o irme. Para mí era una aventura. No contaba reencontrarte —me dijo llorando.

Yo escuchaba y no creía. ¿Podía ser cierto? ¿No se trataba de una broma? No, Lourdes estaba llorando.

—No esperaba encontrarte otra vez y que te hayas convertido en algo tan importante para mí.

—Pero... ¿no hay forma de que te quedes?

—¿Sabés qué es lo peor? —me dijo sin haberme escuchado —Yo siempre te quise. Te odié, pero porque te quería, porque te quiero. Y ahora me voy y también te odio porque te quiero. No quiero sentirme así, no quiero sentir que te dejo y voy a estar sin vos —me dijo y hundió su rostro en mi pecho.

—Pará... no puede ser... no podés irte.

—Sí puedo, no quiero, pero me tengo que ir.

La tarde se fue oscureciendo. Había que regresar. Nos quedamos en silencio, ella apoyada en mí, yo apoyado en la nada, mirando al vacío, sintiendo que la estaba perdiendo, ¿para siempre?

De pronto todo el mundo se redujo a la espera cruel del 20 de mayo. Ese día Lourdes se iba. El trabajo que su papá había conseguido era en la embajada de los Estados Unidos. En realidad, la embajada era la de Argentina, pero en aquel país.

Lourdes no tenía idea durante cuánto tiempo tendría que vivir allí. Así como podían ser meses, también podían transcurrir años. Si tenía que pensarlo sin egoísmos, lo mejor que podía pasarle a su papá es que pudiera estar muchos años allí.

Durante tres días ni me dieron ganas de hablar con ella o escribirle algún mensaje. Fue Lola la que intervino.

—Amigo, sé que estás dolido, pero hablala, ella está mal.

—Es que no sé qué decirle. Siento que si estoy con ella, más me duele.

—¿Y te pensás que ella no sufre? Ella sufre más que vos. Porque es ella la que se va.

—¿Y qué le puedo decir? No se me ocurre nada.

—Decile que la querés. Ella cree que vos estás enojada con ella. No seas tonto Joaquín. Llamala.

Así lo hice durante la noche.

—Perdoname. Estaba aturdido.

—Está bien. Pensé que estabas enojado o algo así —me dijo medio llorando.

—Nada que ver. Estoy triste como vos. No sé qué pensar. A mí también me duele que dejemos de vernos.

—¿Te duele como a mí?

—No sé cómo te duele a vos. Pero a mí me duele un montón.

—A mí me duele tanto como te quiero. Y creo que te quiero tanto que cuando me acuerdo me quedo sin aire. Ahora mismo quiero abrazarte.

—Yo también... ¿Sabés de qué me acabo de acordar?

—¿De qué?

—Del amanecer en la casa de tu abuelo.

A medida que el sol salía, todo el cielo se iba transformando, mutando en sus colores. A pesar de que hacía años me levantaba a las cinco de la mañana, en el cuartel nunca había tenido la oportunidad de ver cómo salía el sol. Tampoco había allí un campo de trigo que convirtiera la escena en una obra de arte.

La mañana seguía fresca, pero entre mis brazos estaba cobijada Lourdes con su cuerpo cálido aferrado al mío. Su cabeza se apoyaba levemente en mi pecho. Yo la rodeaba por el cuello, sosteniendo su mano todavía entre la mía.

Lourdes se iba y yo seguía sin creerlo. Faltaban exactamente dieciséis días para que ella me dejara, para que se fuera y me dejara solo. No podía pensar en otra cosa y ese pensamiento me dejaba sin poder hacer nada más. Solo cuando me llamaron la atención en el liceo me di cuenta que si no trataba de acomodar mis ideas y sentimientos, podía recibir algún castigo de parte de mis superiores. Y uno de esos castigos era quedarme sin el franco semanal. Eso sería terrible. No poder verla durante los fines de semana. Nos quedaban nada más que dos. Ella se iría un domingo bien temprano, en el primer vuelo de la mañana.

Faltaban dos viernes para que ella se fuera y le pedí que nos viéramos en el centro. De mi casa salí con una mentira, ella quizás también.

—Todavía no caigo, ¿sabés? No me hago la idea de no poder verte más.

—A mí me duele cada vez que pienso en todo lo que dejo. Me duele todo, mis amigos, el colegio, las juntadas, mis abuelos, el campo, pero lo que más me lastima, lo que me hace llorar apenas lo pienso, sos vos. Sos vos Joaquín, no dejo de llorar cuando me veo allá tan lejos y sin vos.

La abracé apenas comenzó a llorar. La abracé para consolarla, pero también para que yo no empezara a llorar. No entendía por qué tenía tantas ganas de llorar. O sea, sí sabía que me dolía, pero era raro, tan extraña la sensación que se me subía a la garganta... no quería sentirme así, con ese dolor agudo que provocaba que mis ojos empezaran a nublarse, como los de ella.

—¿Qué podemos hacer? — le pregunté cuando pude recomponer mi voz.

—No sé.

—No te quiero perder.

No quería perderla, era cierto, aunque no sabía qué estaba perdiendo. ¿Qué era Lourdes para mí? ¿Solo una amiga? ¿Más que una amiga? ¿Mi futura primera novia? ¿Mi primer amor? ¿La primera chica de quien me enamoraba? ¿Estaba enamorado?

—Yo tampoco quiero perderte Joaquín. No quiero extrañarte pero cuando pienso ya te extraño.

—No quiero perderte —le repetí mientras seguía abrazándola, como si diciéndolo varias veces evitara lo que parecía un hecho.

—Me gustaría estar así para siempre, que me abracés así de fuerte siempre —me dijo llorando y a mí se me hacía un nudo en la panza, en la garganta, hasta en los ojos y en la nariz. Parpadeaba rápido para que las lágrimas no se escaparan. Me aclaré la garganta para poder decirle algo.

—¿Qué tonto fui aquella vez! ¡Perdí tanto tiempo! Si esa vez te hubiera dicho que sí me gustabas quizás... quizás... —pero no pude seguir. ¿Habría servido de algo?

Fue Lourdes la que respondió mi pregunta y terminó la frase.

—Quizás nos hubiera dolido más que ahora.

Por la noche nos juntamos en mi casa. Aunque el clima era distinto. No había ganas de hacer nada. Lola había conseguido la película de la mariposa para verla.

Habíamos quedado que trataríamos de aprovechar el tiempo, evitar conversar sobre la partida de Lourdes y hacer como si ella no fuera a irse.

Pero mirar la película me hacía pensar todo el tiempo en ella, en nosotros. Mauricio tenía razón. Cada cosa que uno hace tiene su consecuencia. A cada instante me imaginaba cambiando mi respuesta, pero cualquier respuesta que daba me llevaba al mismo final: no poder evitar que Lourdes se fuera. De todos modos, no se podía cambiar la historia. Uno no tenía la capacidad para regresar al pasado o volver el tiempo. No dejaba de pensar en todo lo que sentía por Lourdes y en lo mucho que me dolía cada vez que me acordaba que ella se iba.

—Linda película —me dijo llorando. Nuestros amigos ya se habían dormido.

—Sí, pero no se puede vivir pensando en volver el tiempo, ¿no te parece?

—Es verdad. Tampoco en cómo será el futuro.

—Entonces, dejemos de estar tristes pensando en cómo hacer que algo no ocurra o en cómo hubiera sido nuestra vida si hubiéramos actuado de otra forma.

—Vivamos el presente —me dijo resuelta.

Pero en ese instante, el presente también dolía.

—No, no quiero.

—¿Por qué?

—No me gusta. Nunca me gustaron las despedidas. Aparte... seguro que me van a dar ganas de llorar, y van a estar mis papás... no Joaquín, no vayas.

—Como si fuera tan sencillo para mí dejarte ir.

—Hacelo por mí, ¿puede ser?

Me quedé mirando la pantalla del celular un instante. Ella volvió a escribir.

—Es más, es mejor que nos empecemos a olvidar el uno del otro.

—Es un chiste, ¿verdad?

—En serio, va a ser lo mejor. Olvidarse, hacer de cuenta que nunca nos conocimos.

—Tendría que golpearme la cabeza y ver si pierdo la memoria.

—Hubiera sido mejor no haber regresado. No haberte vuelto a buscar. Haberme quedado con la bronca.

Yo me quedé mirando la pantalla.

—Seguro hoy estaría contenta como estaría cualquiera que se va de viaje. ¿Entendés? ¿Entendés que si vos no estuvieras yo estaría feliz? Estados Unidos, Disney, NY, un montón de cosas y en vez... aquí llorando como una tonta.

Seguí sin contestar, mudo y paralizado por la sorpresa.

—Eso es lo que soy, tonta, yo me lo busqué.

La pantalla de a poco se nubló de mi vista. No pude contener las lágrimas esta vez. De alguna forma me lo tenía merecido. Me merecía el dolor por perderla. Merecía llorar por todo lo que ella también había llorado. Bien ganada tenía su furia, su reproche, su bronca.

Antes de decidir apagar el teléfono lo sentí vibrar unas cuantas veces. Pero ya no tenía ganas de leer más reproches. Quizás era mejor empezar a olvidar después de todo.

Los días pasaban pesadamente, de manera inaguantable. Faltaban apenas cinco días, pero yo ya me había hecho la idea de no volver a verla nunca más. Mi teléfono continuó apagado el resto de la semana. No valía la pena torturarme.

En cierto sentido a mí me entristecía tanto como a ella, pero no daba echarle la culpa. Agradecía todo lo que había vivido en este tiempo. Aunque me dolía, recordarla me hacía feliz.

El viernes apenas llegué a casa encendí el celular. Los mensajes de Lourdes se habían prolongado bastante, pero ella los había borrado. Eran quince aproximadamente, incluidos los que yo había leído. ¿Se habría arrepentido? En ese momento no tenía idea.

Mis papás me habían invitado para que los acompañara a hacer unas compras. Les dije que no me sentía con ánimos. Ellos ya sabían que Lourdes se iba al día siguiente, así que no me preguntaron nada, dejándome solo. Cuando percibí esa soledad, me sentí más triste. Pero a los diez minutos, Lourdes se apareció en la casa.

Apenas abrí la puerta se me colgó del cuello abrazándome fuerte y pidiéndome perdón. Yo, como un tonto, como casi siempre, me quedé helado, duro en la puerta. Ella, quizás percibiendo que mi quietud se debía a mi enojo, no dejaba de repetir: “perdóname, perdóname”, llorando, con una voz nasal que a mí, increíble y absurdamente, me resultaba divertida.

—Perdóname Joaquín, perdóname, no te quise decir todo eso, perdóname, por favor, no me quiero ir enojada con vos... perdóname —sin dejar de llorar, secando sus lágrimas con mi pecho.

Hasta que me estremecí de tristeza. Escucharla decir, otra vez, que se iba, finalmente provocó que yo también llorara. O quizás era el dolor por perderla, o tal vez porque sabía que todo eso que empezábamos a vivir juntos, se acababa para siempre. No habría más noches de sábados tirados en el sillón de casa viendo series, o juntadas en casa de Maxi o Lola. No habría más charlas nocturnas en el chat hasta el toque de queda. Si a ella le iba mal en matemáticas, yo no podría ayudarla... nunca más. Y nunca más iríamos a la casa de su abuelo.

Lloré y al fin la abracé. Ella pareció calmarse, pero no dejó de llorar. Nos abrazamos más fuerte. Quería decirle muchas cosas y también escucharla, aunque sea por última vez, porque ya nunca más iba a poder hacerlo. O quizás sí, pero de seguro que iban a pasar muchos años hasta que volviera a verla y a estar con ella. Por eso, en vez de hablar, me envolví en sus brazos y hundí mi rostro entre sus cabellos. Sin dejar de llorar.

—Te voy a extrañar —me dijo ella, luego de una eternidad entre sus brazos.

—Yo también... yo también... perdón por todo... perdón por aquella vez... perdón por no decirte lo que sentía...

—Está bien, está bien Joaquín... ya pasó, en serio. Vos me devolviste mucho más, te juro. Soy feliz de haber vuelto, de verdad. Muy feliz. Me llevo el recuerdo más feliz que tengo en toda mi vida.

—Te juro que te voy a esperar. Vos vas a volver, algún día nos vamos a cruzar y vamos a poder seguir con esta historia y... —ella acercó sus dedos a mi boca y me hizo callar.

—Ni se te ocurra esperarme. No vas a perder el tiempo por mí. Te lo prohíbo.

—¿Qué más puedo hacer si no es esperarte?

—Guardá nuestro recuerdo, nuestros momentos, nuestras charlas... guardalas, pero no me esperes, por favor. Me sentiría culpable si perdés tu tiempo esperándome. No me lo merezco.

En ese momento me acordé de lo que había hablado con mi hermano. “Quizás sea ella la mujer más especial que conozcas”, me había dicho Mauricio. ¡Vaya si no!

—Te mereces todo...

—No, no puedo, no me sentiría bien. Por favor, no hagas eso. Hacelo por mí.

—No querés que te espere... no querés que vaya a despedirte... ¿por qué?

—Me muero —me dijo, volviendo a llorar —por eso. Me muero tener que irme. Y creo que si no vas, si no me esperas, morirme no va a ser tan duro.

—Entiendo —le dije, sabiendo que a mí me pasaba lo mismo.

—Por eso no quiero que vayas a despedirme. Lo que sí puedo decirte es que recuerdes que me voy mañana con la salida del sol.

Quise abrazarla, pero ella me detuvo.

—Esperá... vine a despedirme. Ya sabés que me voy. Pero no quiero irme llorando. Decime algo lindo, algo que me lleve de recuerdo para siempre, algo que nunca me olvide...

—Te amo —le dije sin pensar, pero ella volvió a llorar. Hasta a mí me resultó extraño decirlo. ¿La amaba en realidad? ¿Qué era el amor después de todo? ¿Podía saber qué era el amor? ¿Lo que sentía era eso? Algunos decían que eran como mariposas en la panza, pero yo en ese instante sentía que me arrancaban el corazón. Eso dolía, no eran cosquillas, era tristeza.

—No, eso no... no me digas que me amas —me dijo, y se largó a llorar otra vez.

—No sé... es que... me salió así. Pero es la verdad.

Lourdes volvió a abrazarme. Nos quedamos un momento así hasta que percibí que alguien nos observaba. Era su papá, detenido a unos metros de donde estábamos.

—Lourdes... —le dijo —nos tenemos que ir. Nos soltamos algo asustados, avergonzados. Yo traté de disimular mis lágrimas pero me había agarrado de sorpresa. No tenía idea que ella había venido con él.

—Joaquín —dijo dirigiéndose a mí —yo solo quería darte las gracias por todo lo que hiciste por Lourdes. Sos una gran persona. Ella te quiere mucho —y se acercó a darme la mano.

—Bueno, nos vamos —interrumpió Lourdes —Chau, no te olvides... mañana me voy con la salida del sol —me dijo luego, dándome un beso en la mejilla.

La vi, esa última vez, yéndose hacia el auto. La vi cuando abrió la puerta y cuando entró. Vi cómo cerraba la puerta. Vi la calle vacía por varios minutos, después que el auto arrancó y se la llevó, quizás para siempre.

El sábado me desperté, como de costumbre, a las cinco de la mañana. Estaba entre hacerle caso a Lourdes o mandarme. No me importaba lo que ella pensara. Sin embargo ella había sido insistente. Es más, esa noche por celular me escribió un último mensaje, otra vez prohibiéndome que fuera a despedirla.

Tal vez era lo mejor, no solo para ella. Una parte de mí, de todos modos, quería volver a verla, pero a la vez ya comenzaba a dolerme su ausencia. ¿Qué es lo que tenía que hacer?

Le pregunté a Lola en qué horario salía su vuelo. Ella, como buena amiga suya, no me lo dijo, aunque me cansé de insistirle. Seguramente sería por la mañana porque estaba despierta muy temprano y ella la acompañaría. Pero si no sabía el horario... tampoco iba a hacer una escena de película, corriendo por los pasillo gritando “¡Lourdes, Lourdes, no te vayas!”. No daba. Quería verla, pero... ¿ganaría algo con verla por última vez? ¿Y si hacía de cuenta que anoche había sido la última? Al menos había podido decirle lo que sentía por ella. Eso bastaba. Para mí era suficiente. Mejor sería no torturarme, ni torturarla. Guardar ese recuerdo como el último estaba bien.

Me levanté como pude a tomar agua en la cocina. Por poco tropiezo con una silla debido a la oscuridad. Me acordé sin querer en ese instante de aquella mañana, más o menos a la misma hora, en casa de sus abuelos, cuando fue a buscarme para mostrarme la salida del sol...

¿La salida del sol? Me quedé paralizado un segundo. ¡Claro! ¡La salida del sol! Corrí a buscar mi celular y luego de unos segundos de buscar, salió el dato: la salida del sol era a las 7:56 ese día. Ese debía ser el horario en que salía su vuelo, quizás un poco después. ¿Podía ser cierto? ¿Acaso ella...?

No seguí pensando más. Me cambié, escribí un mensaje a mis papás y salí. Si corría con tiempo, seguramente llegaría con el horario justo. Debía tomar dos colectivos, pero todavía faltaban un par de horas.

Corrí hasta la primera parada. El transporte llegó a los cinco minutos de espera. Cuando llegué a la estación terminal eran las seis y media. Compré el boleto del que salía en diez minutos. El viaje demoraba cuarenta minutos y me dejaba en la puerta de la casa de los abuelos de Lourdes. Pero la ansiedad no me dejaba ni respirar.

No sé cuántas veces habré mirado mi reloj, pero a medida que pasaba el tiempo, se me hacía que el micro iba más lento, el camino se me hacía más largo, y los minutos corrían más rápido que de costumbre.

Cuando me bajé eran las 7:50 y la claridad se hacía más evidente. Llamé varias veces, pero no había nadie. Seguro que los abuelos habían ido a despedirla. A cada instante me decía si estaba haciendo bien, si esto era lo que ella me había querido decir, si era esto lo que ella quería que hiciera.

Corrí como un loco hacia el trigal, el cual estaba distinto a como lo había visto la primera vez. Había grandes surcos, señal de que hacía poco nomás se había sembrado. Todos los recuerdos vividos aquella mañana se me vinieron encima, y no pude contener las lágrimas.

Con el poco aliento llegué hasta donde estaba el árbol solitario. El sol ya estaba saliendo, pero el avión no aparecía. Por unos minutos creí que al final ella no se iría. No ver el avión me

ilusionó al extremo de creer que en cualquier momento la vería aparecer por detrás del árbol, o sentiría su mano tocando mi hombro para decirme que ella se quedaba, que había hablado con sus padres y había decidido quedarse con sus abuelos, o que todo lo del trabajo se había pinchado y ya no tendría que irse.

Pero el avión apareció. Primero escuché el ruido estruendoso. Luego apareció el armatoste. ¿Me vería? Quizás sí, así que comencé a saludar, como un tonto, llorando como un bebé, sin dejar de agitar, primero una mano, luego las dos con todas mis fuerzas, por si ella era capaz de ver desde alguna ventanilla. Por ratos me decía “¡Qué tonto!, no puede ver desde ahí”. Pero tenía que hacer el intento. Quizás si llegara a verme.

El avión pasó sobre mi cabeza por unos cuantos segundos mientras yo agitaba los brazos. Luego lo seguí con la vista nublada por el llanto y la tristeza. Lo miré hasta que desapareció en el cielo. En ese instante me sentí terriblemente solo. Pero detrás de mí salía el sol.

FIN

Apéndice 1

“Igual que se espera como esperan en la Plaza de Mayo, procuro encender en secreto una vela no sea que por si acaso, un golpe de suerte algún día quiera que te vuelva a ver, reduciendo estas palabras, a un trozo de papel”.

Joaquín:

Hace unos días que llegamos a New York con mis papás. Todavía no nos terminamos de instalar, pero no quería dejar pasar más tiempo para escribirte esta carta, que seguramente te llegará por nuestra amiga Lola.

Me quedé pensando en lo que me dijiste la última vez que nos vimos. Yo no sé si te amo. Creo no haber conocido ese sentimiento antes como para poder saberlo. Pero el dolor que siento a cada instante me dice que si esto no es amor... quizás con el tiempo descubra lo que siento por vos.

Lo mejor fue no verte en el aeropuerto. Te agradezco que me hayas hecho caso. Yo no pude verte, pero si entendiste (seguro que sí), habrás visto el avión que me trajo lejos de vos.

Fui feliz cada día que pasé con vos, cada día, con sus segundos, minutos y horas. Si estar enamorada, si amar significa estar pensando en una persona todo el día, reírse como loca sola acordándose de tus tonterías, de nuestras charlas, quiere decir que yo también te amo. Y te amo todavía, porque me sigue pasando igual, aunque esos recuerdos me hagan llorar más que reír.

Lo que te propongo, para no sufrir, es que nos olvidemos. Que hagamos la prueba. Que no nos mandemos mensajes, que no tratemos de averiguar nada del otro. Al menos por un tiempo, probemos vivir así. Porque tampoco quiero una amistad a la distancia. No lo soportaría. No podría olvidarte, y así no podría dejar de amarte. ¿Y para qué sentir esto? ¿Vale la pena? Si ya no te tengo. Mi mamá me dice que somos chicos, que nos vamos a olvidar rápido, que va a pasar. No le creo, pero a lo mejor ella lo dice por experiencia.

Prefiero pensar que nunca más voy a verte para que si un día te vuelvo a encontrar pueda sorprenderme. Y que vos no me esperes nunca, que no te ilusiones con volverme a ver y si llegaras a cruzarte conmigo otra vez, podemos hacer de cuenta que nos conocemos recién.

Alguna vez quizás nos volvamos a encontrar. Como dice la canción (la escuché de casualidad hace unos días y me llevó a acordarme de vos, de lo nuestro), voy a dejar una vela encendida, en lo secreto, por si acaso, pero no me haré ilusiones de volverte a ver.

Es por eso que lo último que te digo, para que empieces a olvidarme, no es “te amo”, sino “te amé”. Te amé mucho, tanto que fui feliz como nunca lo había sido.

Hasta siempre,
Lourdes.

Apéndice 2

*“Love of my life, you've hurt me
You've broken my heart and now you leave me
Love of my life, can't you see?
Bring it back, bring it back
Don't take it away from me,
because you don't know
What it means to me”*

Lourdes:

No sé si te llegará esta carta. Nuestra amiga Lola es muy estricta con tus instrucciones. Ella dice que vos le dijiste que no recibiera ningún mensaje de mi parte. Que vos ya no querías saber nada de mí y no sé cuántas cosas. Pero tengo a mi favor que ella también es mi amiga, así que terminé por convencerla de que me recibiera al menos una carta para poder contestar la tuya. Así que quedará en vos que quieras o no aceptarla.

Apenas terminé de leerla, empecé a buscar la canción que mencionás. Me costó un poco porque al principio busqué así como la habías escrito y no era de ese modo la letra. Después de escucharla, lloré un poco. Es desesperante ponerme en el lugar de las madres de la Plaza, sabiendo que quizás ese reencuentro no se dé nunca.

A veces pienso que es mejor hacer como vos decís, no vernos, no buscarnos, no mandarnos mensajes, ni nada. Así uno se olvida más rápido. Pero hay días en que no aguanto y me largo a llorar. La mayoría de las veces me aguanto, me trago los mocos y hago de cuenta que estoy bien. Pero como son muchísimas las veces, en algunas no lo soporto.

Por suerte, no tengo ningún recuerdo tuyo. O sea, algún objeto, salvo las fotos que nos sacábamos. Cuando estoy en mi casa paso todo el día mirándolas. Pero es tan triste que al rato dejo de verte.

A todo esto ya pasó más de un mes que te fuiste y a lo mejor no entregue esta carta. No lo sé todavía, estoy dudando de darte noticias mías y de alguna manera romper este pacto tan feo y tan triste. Aunque yo no te prometí nada, así que después de todo no estaría haciendo nada malo.

Lo último que te dije salió de mi corazón, no tengo que aclarártelo. No sé desde cuando te amo. Quizás desde ese día en que te apareciste a pedirme que volviéramos con las clases de apoyo. Ahí supe que podía recomponer lo mal que te había tratado. Me diste una nueva oportunidad y creo que la pude aprovechar.

De todos modos, no quiero seguir escribiéndote, porque a medida que lo hago me acuerdo más y más de vos, de nuestras cosas, y ya se pudre todo. Es tan triste todo esto... no sé cuándo estaré bien.

Yo no dejé de amarte. No sé si algún día lo haga. Lo que sí quiero que sepas es que yo también fui feliz con vos, intensamente e inmensamente. No pude tenerte como novia, pero siempre serás mi mejor amiga, la primera en todo, o bueno... en casi todo.

Será hasta alguna vez,

Joaquín

Apéndice final

*“Y no me dejes solo que contigo estoy mejor.
Quédate un ratito que ya pronto sale el sol”.*

De a poco, el sol comenzaba a aparecer. Todavía su luz no encandilaba y se podía ver el pequeño punto rojo que se asomaba. Mi corazón latía fuerte. La mano de Lourdes sostenía con fuerzas la mía y todo era mágico. Los ruidos típicos de la mañana desaparecieron por completo mientras observábamos el amanecer. Mi primer amanecer, de la mano con ella, de Lourdes.

Pero de a poco la magia se fue diluyendo. El sol ya comenzaba a brindarnos su luz y su calor.

—¿Es lindo?

Me volteé a mirarla. Su rostro estaba iluminado, más bello que nunca. Su boca pequeña se extendía lo que podía, mostrando una sonrisa cándida y fantástica, que al verla me hizo más feliz que nunca. La magia no se había ido, sino que se había trasladado de lugar.

—Es lindo, maravilloso... pero vos sos lo más hermoso que había visto —le dije sin dejar de mirarla.

Ella sonrió un tanto avergonzada, bajando la mirada.

—¡Mirá que decís tonterías! Siempre decís tonterías...

—Jamás había tenido un amanecer tan bello.

Esta vez ella también se volteó y levantó su mirada para verme. Nos quedamos mirando, por unos segundos tal vez, sintiendo el calor más intenso del sol a medida que éste terminaba de salir.

El silencio vaticinaba lo que a continuación queríamos que pasara. Por eso mi corazón empezó galopar, como queriendo salirse por la boca.

Ella no dejaba de mirarme, bajando y subiendo los ojos, también nerviosa seguramente.

—Nunca besé a nadie, ¿sabés?

—Yo tampoco.

Nos acercamos sin dejar de mirarnos. Ella sonrió.

—Creo que en algún momento tenemos que cerrar los ojos.

Pero yo no quería dejar de mirarla.

—¿Y cómo voy a hacer? No podría ver... —le dije a mi vez, divertido.

—Tonto.

Seguimos acercándonos haciendo el más sublime silencio. Como cuando empezaba a salir el sol, siempre con las manos juntas, todo el ruido desapareció. También el tiempo seguramente.

Si alguien hubiera estado viéndonos de frente, podría haber observado como el sol volvía a ocultarse mientras nuestros rostros se acercaban el uno hacia el otro. Con los ojos cerrados no podía saber en qué momento mis labios iban a tocar los suyos. Pero de pronto la mañana se volvió totalmente mágica, fantástica... y húmeda.

“Cuando todo acabe y el silencio hable, solo tus pupilas sabrán que fue verdad.”